

Siete Minutos

MAGGY MCANDREW

- Serie Sphere España -





SIETE MINUTOS

Maggy McAndrew

Derechos de autor © 2025 AMM

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Para mi esposa.

Versión en castellano

- Serie Sphere España -

CAPÍTULO 1
¿Suficiente para qué?

ELEONOR

"¡ No tienes ningún derecho a seguir mandándome! ¡No te metas en mi vida, es lo único que te pido!", exclamo, casi gritando, y miro a mi alrededor para asegurarme de que mi arrebato no ha atraído miradas indiscretas. Afortunadamente, en el tranquilo rincón de la librería donde estoy sentada no hay casi nadie. Le sonrío, una disculpa silenciosa por haber perturbado su calma.

Al fondo, junto a la caja, Irene atiende a dos clientes. Oigo su voz melodiosa hablando ya con uno, ya con otro, y el sonido familiar de una carcajada, cálida y contenida. Inspiro profundamente; el aroma familiar del papel y la tinta impresa me reconforta un poco.

"No me estoy metiendo en tu vida", me responden con calma desde el otro lado del teléfono, devolviéndome de golpe a la conversación y a la irritación. Siento que el calor me sube al rostro y mi mano aprieta el móvil con más fuerza. Siempre tan serena, su voz pausada al otro lado de la línea, la misma calma exasperante que usaba en nuestras discusiones, la misma lógica implacable que me hacía sentir inadecuada; lo único que consigue es

provocarme cada vez más. "Hasta podría no ser mala idea que se quedara por aquí; por lo que tengo entendido, contigo las cosas no le van muy bien." La velada crítica es el golpe bajo de siempre, su forma de mantener el control, incluso a distancia.
Impresionante cómo Laura consigue sacarme de mis casillas con tan pocas palabras. Sin darme tiempo a rebatir, es ella quien prosigue: "Lo que te estoy diciendo es que nuestra hija ha pedido pasar una semana más aquí en casa, nada extraordinario, no se va a mudar aquí definitivamente, ni va a emigrar al otro lado del mundo."
"Por ahora...", murmuro entre dientes.
"Sofía tiene diecisiete años, ¿cuándo vas a entender que es ella quien decide? Cualquier tribunal le daría la razón, es ella quien elige dónde quiere vivir y, por mucho que te irrite, en este momento quiere estar aquí en casa. Deberías estar de acuerdo sin armar jaleo; cuanto más le impones reglas, más quiere saltárselas." Sus argumentos son perfectos, como siempre. Y odio eso.
"Nunca dejas de ser psiquiatra, ¿verdad?", pregunto, un poco más serena, sabiendo que, en el fondo, tiene razón.
"Lo dice quien nunca para de trabajar. No ayuda tener esta profesión, ¿no? Pobre Sofía", concluye, riendo.

La risa de Laura es tan sincera, tan pura, un sonido dolorosamente familiar, que a pesar de todo, me hace sonreír también. Me despido aceptando que Sofía pase el fin de semana en su casa. Cuelgo. El silencio de la librería parece amplificado. Respiro hondo e intento alejar la imagen de Laura. Antes de que pueda volver a hojear el libro de fotografía que saqué de uno de los estantes, siento la mano amable de Irene posándose en mi hombro.

"¿Buenas noticias?", pregunta, sentándose en el sofá a mi lado, con una mirada que mezcla curiosidad y preocupación. La miro. El pañuelo de seda azul y violeta, cuidadosamente anudado al cuello, contrasta con la sencillez de la camisa blanca y los vaqueros. Irradia una serenidad y una energía que desmienten sus sesenta y tres años. "Por fin, puerta cerrada y tienda vacía", declara recostándose hacia atrás, con un suspiro satisfecho. "Es genial tener la librería llena, no me puedo quejar, pero hay días que se hacen interminables."

Conoció a mi padre en un club de lectura hace más de dos décadas y se hicieron amigos. Irene presenció la enfermedad de mi madre y estuvo presente en los complicados días que siguieron a su muerte. Poco a poco, la amistad entre ellos fue tomando otra forma, otra cercanía; para mí era evidente, pero nunca dije nada y ellos tampoco. Recuerdo perfectamente que

estábamos todos cenando, Sofía era pequeña, y mi padre declaró solemnemente que él e Irene habían decidido vivir juntos, como si eso fuera una sorpresa para nosotras. Laura, como siempre, fue la primera en reaccionar, y lo hizo con un entusiasmo acorde a la solemnidad de las palabras, alzando la copa, brindando y riendo, derramando parte del vino sobre el mantel. Todo lo que mi madre tenía de exuberancia, Irene lo tiene de sobriedad; creo que fue ese contraste lo que encantó a mi padre.
"¿Cenas con nosotros?", pregunta Irene, interrumpiendo mis divagaciones.
"i¿Por qué no?! Sofía no viene, ha decidido quedarse en casa de Laura hasta el domingo."
"¿Era con ella con quien estabas hablando?", Irene nunca pierde detalle.
"¿Con quién? ¿Con Sofía?"
"No, con Laura."
" ¿Tanto se me nota? ", indago, cerrando, con más fuerza de la necesaria, el libro que aún permanecía abierto en mi regazo.
"Tú eres la psiquiatra, pero creo que la sonrisa que te vi hace unos minutos solo existe en el universo 'Laura'."
Trago saliva, sintiendo que la sangre se me va del rostro por un instante. La puntería certera de Irene, a veces, me desarma. Me levanto, quizás demasiado

deprisa, sin seguir con el tema. "¿Nos tomamos un café o también has apagado la máquina?", ironizo, colocando una cápsula en la ranura y pulsando el botón.
Con la taza de café en la mano e Irene detrás de mí, cruzo la puerta que da acceso al piso de arriba.
"¿Puedo ayudar?", pregunto, pillando una patata asada de la fuente, caliente y salada, y besando a mi padre, aún masticando. Con un delantal negro sobre la camisa y una copa de vino tinto sobre la encimera, ultima los preparativos de la cena, al son de Mozart.
"Has llegado justo a tiempo, podemos sentarnos a la mesa."
"No he llegado a tiempo", bromeo. "Estuve abajo, haciendo tiempo, para asegurarme de no estorbarte."
Durante la cena, la conversación salta entre temas tan diversos como el mal genio de Sofía, los nuevos libros que llegaron a la librería y el vino con cuerpo que estamos bebiendo.
"¿No le vas a contar la novedad a Eleonor?", pregunta Irene, guiñándome un ojo, cuando se levanta para ir a la cocina.
"¿Qué novedad?", pregunto sorprendida, encarándolo.
"Me han invitado a dar una conferencia sobre el papel de la inteligencia artificial en la escritura..."

"Eso es fantástico", suelto antes incluso de que termine la frase. Mi padre se jubiló el año pasado, después de haberse pasado toda la vida como profesor de literatura.
"¡Lo es! Pero estoy un poco nervioso."
"Te has pasado los últimos años defendiendo..., más bien defendiendo activamente, y contra muchos de tus ilustres colegas, que la inteligencia artificial no era una amenaza para la literatura, sino una fuerte aliada. Ahora que te invitan a compartir tu visión, ¿estás 'nervioso'?", digo, enfatizando la palabra.
"Está contento, muy contento de hecho, no te dejes engañar", declara Irene, regresando a la mesa con una tetera y tres tazas. "Como diría Laura, tu padre no puede vivir sin una buena dosis de estrés, es lo que le da energía, lo que le da la genialidad que todos le reconocemos." Mientras habla, posa la mano sobre el brazo de él y le hace una caricia afectuosa. "Nada puede ser completamente bueno si es tranquilo y sosegado, ¿verdad? Las cosas solo son geniales si tienen una buena dosis de adrenalina", añade con ironía.
"A propósito de Laura, ¿cómo está?", pregunta mi padre, aprovechando para cambiar de tema y haciendo que Irene suelte una carcajada.
"No debería haber hablado de ella, ¿verdad?", pregunta de forma retórica, encogiéndose de

hombros y mirándome, sin dejar de reír.
"¿Por qué? ¿De qué te ríes?" En este tipo de conversaciones, mi padre es verdaderamente ingenuo.
"No es nada, papá, Irene solo está intentando sacarme de quicio. Hace un rato, yo estaba al teléfono con Laura y me enfadé un poquito. Ella anima a Sofía a quedarse cada vez más tiempo en su casa, fue solo eso."
"Un poquito que se oyó desde el otro lado de la librería", replica Irene, demostrando que al final no pasé tan desapercibida como pensaba. "Tienes que olvidar a Laura; ella siguió adelante, tienes que hacer lo mismo."
"Es más fácil decirlo que hacerlo", afirmo, apurando lo que queda de vino en mi copa.
"Quizás, pero si sigues viviendo entre la consulta y tu casa, sin permitirte conocer a nadie más, diría que más que fácil o difícil, es simplemente imposible."
"Podrías haber sido psiquiatra", respondo, forzando una sonrisa.
"Y tú podrías haber tenido una librería", devuelve sin perder el sentido del humor.
Es mi turno de cambiar el rumbo de la conversación y hacerla volver al tema anterior: "Si crees que dar una conferencia causa estrés, deberías haber oído las historias de la paciente que fue hoy a la consulta. Es

periodista de investigación. No os lo imagináis. He oído muchas cosas, pero nada parecido. Atentados, fugas, un poco de todo y, por supuesto, ahora que ha vuelto a casa, no consigue dormir."
"¿Estrés postraumático?", pergunta Irene, añadiendo: "Yo veo muchas películas."
"Tal vez, tal vez sea estrés postraumático. Pero, al mismo tiempo, como dices, parecía una película. Todos los síntomas, todas las piezas en su sitio..."
Recuerdo la consulta, el rostro simétrico de Renata, su piel morena, los ojos negros, enormes y expresivos, y un anillo plateado en el dedo índice, que giraba incesantemente: "Ha sido complicado estar de vuelta. En muchos momentos es como si estuviera allí, como si mi cerebro no fuera capaz de asimilar esta nueva realidad y mi cuerpo estuviera constantemente en alerta. No bastan las pesadillas, los sudores fríos... Cualquier sonido más fuerte es suficiente..."
"¿Suficiente para qué?", pregunté algo perpleja con la descripción, intrigada por la intensidad controlada de su voz.
"Suficiente para que mi corazón se desboque. Es síntoma de algo, ¿no? No me va a decir que es normal, ¿verdad? Necesito entender qué es lo que me está pasando, qué es lo que estoy sintiendo."

Más que angustia, su voz transmitía ansiedad, tal vez incluso una nota de irritación. Una interpretación casi perfecta del dolor. ¿O sería solo mi mente proyectando, buscando patrones donde tal vez no existían?

CAPÍTULO 2

Era previsible que fuera Shakespeare

RENATA

"¡Fue increíble! No os lo podéis imaginar, debió de ser el mejor papel que he interpretado en toda mi vida. Y mirad que he tenido algunas buenas actuaciones, ya sabéis…", entre dos tragos de cerveza fría, hablo atropelladamente, sin parar. A mi alrededor, los de siempre, mi tribu, beben sus cervezas, alimentándose de mis palabras, de mis dramas escenificados. Siempre ha sido así, y siempre lo será. Nos conocimos en la escuela de teatro y cine y, a día de hoy, consideramos sagrados estos encuentros: siempre el mismo bar, el mismo olor a fritanga y alcohol, muchas copas y mucha cháchara.

"¿Estás diciendo que pediste cita para estudiar el papel de una mujer con estrés postraumático?" Elga tiene los ojos como platos y el ceño fruncido, sin disimular su estupefacción.

"Parece que no la conoces", interviene Andy, con una sonrisilla burlona. "No tiene límites a la hora de crear un personaje. ¿Te acuerdas de cuando pasó dos semanas viviendo literalmente en la calle?"

"No fue para tanto", respondo, sacudiendo la cabeza y mis rizos. "Iba a casa todos los días a comer y ducharme, pero ¿cómo iba a interpretar a una sintecho si no podía sentir, oler, sufrir lo mismo que ella? Es imposible hacer ciertas cosas sentada en un sillón cómodo, bebiendo un té."

"Si no existieras, habría que inventarte", declara Elga, que entretanto parece haber logrado asimilar lo que estaba contando, con un suspiro que es mitad resignación, mitad admiración. "Sigue. ¿Era guapa? Por favor, no nos prives de tu actuación; al fin y al cabo, no tenías público."

"Pedí cita con una psiquiatra de renombre; no fui precisamente buscando una tía buena, eso se encuentra en otros sitios", bromeo, girando la cabeza en todas direcciones, como si buscara a alguien entre la muchedumbre del bar. "La consulta fue diferente de lo que

había imaginado. Muy distinta a lo que tenemos en nuestro guion, ¿sabéis? Quizá deberíamos cambiar algunas cosas. Me gustó aquel espacio, iluminado por una luz amarillenta que lo volvía todo más tenue, muebles de madera clara a juego con el suelo, dos sofás con cojines de colores cálidos, un sillón, una estantería repleta de libros y, en las paredes, fotografías en blanco y negro, sencillas, pero con carácter. Me presenté como Renata Meire, una periodista recién llegada de Sudamérica. Conté hechos aislados: que me habían amenazado, que había oído disparos y explosiones cerca de donde estábamos escondidos y que habíamos tenido que huir en mitad de la noche."

"¿Y te creyó?", pregunta Andy, pidiendo otra ronda de cervezas al camarero que pasa, mientras aprovecha para arrimarse a Mark, su novio más reciente. "¿Convenciste a una psiquiatra de renombre con tus síntomas inventados?"

Es nuevo en el grupo y joven, pienso, fijando la mirada en la camiseta blanca de Mark, en sus ojos claros y su expresión atenta. Por mucho que pase el tiempo, Andy no cambia: es un amigo maravilloso, un guionista fantástico, pero en el amor es un auténtico desastre.

"¿Por qué no iba a creerme? No me conoce de nada y todo lo que conté podría haber pasado de verdad", afirmo, provocando una carcajada general.

"¡Nadie lo pondría en duda!", exclama Elga, alzando el vaso.

"En fin, inventé algunas historias más: dije que había vuelto a casa, que vivía sola y que, desde que había regresado, tenía pesadillas, terrores nocturnos, pensamientos obsesivos… No todo era mentira, pienso para mis adentros, sintiendo una opresión familiar en el pecho al hacer una pausa. Las pesadillas, la sensación de no ser nunca lo bastante buena, la presión silenciosa de tener que demostrar mi valía… eso es muy real."

"¿Y te diagnosticó estrés postraumático?" Elga se inclina, expectante.

"No. Me cosió a preguntas, sin responder a ninguna de las mías. Tenía una mirada muy penetrante, muy analítica. Podríamos usarla como inspiración para nuestra película. Quizá deberíamos cambiar y

que la psiquiatra fuera una mujer, ¿qué te parece?" La pregunta va dirigida a Elga, pero es Andy quien responde.
"Un psiquiatra hombre y gay, en mi opinión."
"Si por ti fuera, todos los hombres de la película serían gais, ¿no?", Elga sigue bebiendo su cerveza, pero no pierde la ocasión de meterse con Andy.
"Sabes que los gais están infrarrepresentados en la ficción, ¿verdad? ¿Qué tiene de malo intentar cambiarlo?"
"Habla el catedrático en estadística etílica", digo con ironía, irritada por cómo se está yendo la conversación. "Lo más importante es presentar la enfermedad de forma verosímil y, para eso, nada mejor que resultar creíble a ojos de la doctora Eleonor Marin; la semana que viene vuelvo a la consulta", concluyo con una sonrisa triunfal.
"Hablando de la semana que viene…", empieza Andy.
Sin dejarle continuar, lo interrumpo con una mueca de sufrimiento: "¡No me hables de la semana que viene!"
"Pobre Renata, mientras todos nos partimos el lomo por un empleo más estable, a ella le ofrecen en bandeja una invitación para pasar un año en la Escuela Superior de Arte Dramático."
"Un semestre", corrijo.
"Da lo mismo, te pagan, ¿no?", protesta, bebiéndose el resto de la cerveza de un trago y pidiendo otra.
"Deberías ir parando, ¿cuántas llevas ya?", pregunto, más por costumbre que por preocupación real.
"¿Me las estás contando? Ah, ya se me olvidaba que, al contrario que nosotros", hace una pausa teatral y extiende el brazo señalando en círculo al resto, "al contrario que nosotros, los simples mortales, a ti no te hace falta el dinero. Cuando te falta, solo tienes que llamar…"
"¡Para, Andy! ¡Corta el rollo, te estás pasando de la raya!", el tono de Elga es lo bastante áspero como para que se detenga. Siento que me arde la cara y me escuecen los ojos; detesto que saque este tema.
"Perdona, no quería ofender a nadie. Solo decía que la vida es más fácil cuando tus padres son millonarios."

"El día que decidí seguir mi propio camino, como yo quería y no como ellos creían que debía, asumí también que nunca viviría a su costa. Tú lo sabes de sobra, así que no me vengas con gilipolleces. Estás frustrado porque no te dieron el papel que querías. Ya vendrán otros, no la pagues conmigo."
Disimulando mal las lágrimas que le asoman a los ojos y evitando la mirada de desaprobación de Mark, Andy se levanta bruscamente para ir al baño, dejando que se instale un tenso silencio, roto poco después por su nuevo novio, que hasta entonces no había abierto la boca: "¿De verdad vas a trabajar en la Escuela? Mi madre es profesora de teatro, da clases allí desde hace años. Es buena en lo suyo, pero clásica donde las haya."
¡Dios mío! Espero que no me toque nadie así, pienso al instante, sin verbalizarlo. "Solo voy a dar unas clases durante unos meses y ya está, se acabó, y yo vuelvo a mi rutina de siempre. Tenemos una película que preparar, ¿os acordáis?", añado, harta de hablar del tema. Nunca debería haber aceptado esta maldita invitación.

**

Cruzo la puerta del imponente edificio de la Escuela y siento un escalofrío en el estómago parecido al que me invade los días de estreno. No está fuera de lugar; al fin y al cabo, se trata justo de eso, de un estreno. El despacho de la directora queda al fondo de un pasillo amplio y silencioso. Camino lentamente, dejando que mis botas resuenen en el suelo encerado y observando a las pocas personas que, a esta hora, circulan por aquí. Deben de estar en clase, pienso, haciendo girar el anillo en el dedo, de un lado a otro, un tic que me acompaña desde siempre.
"Entre", se oye inmediatamente cuando doy un golpe seco con los nudillos en la puerta de madera, entreabierta. Sentada en el borde de una mesa repleta de papeles, la directora de la escuela me hace señas con la mano para que me siente, mientras sigue hablando por teléfono. Por lo que deduzco de la conversación y de su tono exasperado, hay alguien que no va a poder presentarse a un ensayo. Haciendo lo que me indica, cojo un montón de folletos de un espectáculo que no conozco y los coloco en una estantería detrás de mí, liberando la silla para poder sentarme.

Durante un par de minutos, ella sigue al teléfono. Miro alrededor: hay papeles esparcidos por todas partes, un caos organizado que me resulta extrañamente familiar. Cruzo y descruzo la pierna, impaciente, y, sin darme cuenta, hago girar el anillo sobre la mesa desgastada por el tiempo.
"Disculpa, Renata. Hoy parece ser el día en que todos me dicen que no vienen. Esta vez, es más grave", declara con un suspiro cansado cuando finalmente cuelga. "Estamos preparando un conjunto de obras para un concurso de uno de nuestros teatros más importantes; si ganamos, nos dan la posibilidad de estar en cartel durante seis meses, es una oportunidad única para nosotros. Y ahora…" Sin terminar la frase, inclina la cabeza hacia adelante y apoya la frente en las manos, en un gesto de desesperación contenida.
"¿Qué ha pasado?" En realidad, no sé qué me lleva a hacer la pregunta, ni siquiera estoy interesada en escuchar la respuesta, medito, sin evitar que las palabras me salgan por la boca.
"Se supone que son fragmentos de obras originales o adaptaciones. No es teatro experimental, pero creo que tenemos más posibilidades si somos un tanto disruptivos. En la dosis justa, nada excesivo. Martha es la responsable. No la conoces, ¿verdad? Martha Rupper es fantástica, es una profesora como pocas. Bueno, quizá demasiado rígida, apegada a los clásicos del teatro y… de la enseñanza", añade, esbozando, por fin, una sonrisa. "Cuando empezamos el proyecto, decidí que Paul trabajaría con ella; él es de cine, un hombre innovador, con ideas muy propias. Pensé que estaba yendo bien, al menos mucho mejor de lo que esperaba, y ahora, de repente, me llama para decir que no viene."
"No debe de ser grave, falta a algunos ensayos y después se reincorpora. En estos procesos es más importante la calidad que la cantidad", aseguro sin tener la menor idea de lo que está pasando, pero intentando sonar profesional.
"No lo estás entendiendo: no me ha llamado para decir que no viene hoy o esta semana; ha desistido y ya ha aceptado otro proyecto."
Esta vez no soy capaz de pronunciar ninguna frase hecha, ninguna palabra de consuelo, y me quedo simplemente callada. La situación

es peor de lo que imaginaba.
"Basta de esta charla, al fin y al cabo es tu primer día y no son maneras de recibirte", declara poniéndose de pie. "Vamos a dar una vuelta, ven a conocer la escuela."
El edificio es magnífico, antiguo. Una de las alas, recuperada hace poco tiempo, mezcla una arquitectura de piedra original con madera y vidrio, propiciando un espacio acogedor y sofisticado. Durante más de media hora, ella va caminando y describiendo los lugares por donde pasamos, las actividades y los proyectos, con un orgullo evidente en la voz.
"Es sublime, al nivel de las mejores escuelas de Europa", declaro con sinceridad cuando nos sentamos a tomar un café en un pequeño patio interior, oyendo a lo lejos el sonido de un piano.
"También lo creo", afirma convencida, asintiendo con la cabeza. "Tenemos todas las condiciones, a veces no tenemos…"
Una vez más deja la frase a medias; no sé si es una forma de ser o si el estrés le ha trabado la lengua. Es irritante.
"¿Qué es lo que no tienen?", acabo por preguntar, incómoda por el silencio que se ha instalado.
Ella desvía la mirada de la taza que tiene delante y me encara directamente: "…no tenemos a las personas adecuadas", concluye, volviéndose a sumir en el silencio.
"No entiendo por qué, todos deben de querer trabajar aquí", intervengo, no sé si por creer en lo que estoy diciendo o por sentir que ella necesita que yo diga algo.
"Renata, sé que aún ni has empezado y que la propuesta era para que dieras clases en el curso de maestría, pero estaba pensando…"
Esta vez me alegro de que la frase se quede a medias y, durante un instante, considero la posibilidad de levantarme y huir, no dejando que profiera lo que anticipo que va a decir.
Me mantengo inmóvil e, inevitablemente, las palabras se hacen oír: "…estaba pensando si aceptarías quedarte en el lugar de Paul. No en el lugar de Paul, sino como compañera de Martha; tú y ella con la responsabilidad compartida de crear y escenificar este espectáculo."
"No trabajo en teatro desde hace décadas", mascullo entre dientes, sintiendo que el pánico se instala.

"No es una obra convencional, es lo que queráis que sea; puede ser teatro, cine, ambos o cualquier cosa intermedia. El único compromiso es que sea bueno."

*

Me encuentro sentada en las butacas rojas del público en una de las salas de ensayo. A mi lado, la directora, ahora con una sonrisa de oreja a oreja, tiene la mirada fija en el escenario donde un grupo de alumnos trabaja bajo las órdenes de una mujer alta, de porte impecable y pelo recogido en un moño severo, que deduzco debe de ser Martha. Es un ejercicio de proyección de voz, y los alumnos, sentados en el suelo, en semicírculo, se levantan por turnos para pronunciar dos o tres frases antes de volver a sentarse, cediendo el lugar al siguiente. Podrían estar diciendo cualquier cosa, leyendo cualquier texto o tal vez no; dado el contexto, era previsible que solo pudiera ser Shakespeare. Mierda.

CAPÍTULO 3

Nos vamos a encontrar todas las semanas

MARTHA

No logro entender por qué se les ocurrió que era buena idea entrar en mi aula y plantarse en la platea. Esto no es un espectáculo, es una clase, y deberían tomársela más en serio, medito, ajustándome el cuello de la camisa, un gesto automático para restaurar el orden, mientras intento mantener la concentración en los alumnos sentados frente a mí en semicírculo.

"¡Para, para! ¡Así no! No estás en tu cuarto hablándole al espejo. Estás en un teatro, en el teatro más grande del mundo, ante una platea abarrotada que llora y ríe, paladeando cada palabra tuya hasta el más ínfimo de los sonidos. ¿Cómo va a entenderte la gente si te comes las sílabas y hablas con los labios en lugar de proyectar con la garganta?"

La joven, petrificada frente a mí, contiene la respiración y su rostro se vuelve aún más pálido de lo que ya suele ser. Julia tiene talento, pero le falta disciplina, rigor. Le falta entender que la libertad solo llega tras el dominio absoluto de la técnica. No está haciendo el ejercicio correctamente, eso es un hecho, pero mi irritación es totalmente desproporcionada a la importancia de sus errores. Sin poder contenerme, sigo con el mismo tono cortante, que atraviesa las tablas del escenario: "¿A qué le tienes miedo? ¿A tu propia voz? ¡El público no ha venido a adivinar lo que dices! ¡Respira hondo, desde el diafragma, siente las palabras! ¡Tienen que salir de ti como si llevaran el peso del mundo! ¡Otra vez!"

Julia repite sus frases una y otra vez; primero, trémula y vacilante, pero poco a poco va ganando confianza bajo mi atenta mirada. Mientras hago breves observaciones, no consigo abstraerme de lo que pueda estar pasando en la platea. ¿Quién será la mujer sentada al lado de nuestra directora?

Cuando terminamos, la sala queda envuelta en una mezcla de alivio y tensión. Camino lentamente hasta el centro del grupo, mirándolos

a cada uno a los ojos. "¿Creéis que estoy siendo cruel?", pregunto, y el silencio es mi única respuesta. "Pues bien, el público será mucho más cruel que yo. Si queréis merecer estar aquí, tenéis que conquistar a cada persona de la platea. Con la voz. Con el cuerpo. Con el alma."

Me quedo sola en el escenario, recogiendo los guiones esparcidos y, aunque no miro hacia la platea, oigo pasos que se acercan. No pasa mucho tiempo hasta que la directora me pone la mano en el hombro: "Martha, quiero presentarte a Renata, Renata Brick. Renata, esta es la profesora Martha", continúa, mirándonos alternativamente.

La imagen de Renata es impactante: una mujer de unos cuarenta años, piel color chocolate y ojos negros que destacan por su tamaño y profundidad, con una energía que parece vibrar incluso en la quietud. Viste colores alegres, lleva pendientes de plata voluminosos y luce una sonrisa amplia, contagiosa. Demasiado contagiosa. Demasiado… todo.

"Perdona que invadiéramos tu clase, me ha encantado. Hacía años que no estaba en un ambiente así. Ya me había olvidado de estas sesiones."

"¿A qué te refieres?", pregunto sin entender, recelosa.

Ella no dice nada, y es la directora la que interviene: "Renata no es profesora, al menos no es su ocupación principal. Antes era directora, y ahora es actriz, guionista y realizadora. Quizá conozcas alguna de sus películas."

"No me suena, pienso, mirándola de reojo mientras permanece inmóvil, con la misma mirada, la misma sonrisa, como si supiera algo que yo ignoro. Incómoda por su presencia, por la facilidad con la que parece adueñarse del espacio, intento volver a concentrarme en las palabras que la directora va desgranando: "Ella venía a dar clases en el máster, pero la he invitado a sustituir a Paul. No sé qué ha pasado, pero él no va a volver."

Doy un respingo, sorprendida por el anuncio, y se me caen un montón de papeles, que se desparraman a nuestro alrededor con gran estrépito.

"¿Quieres que trabaje conmigo en la obra? ¿Sustituir a Paul? ¡No puede ser! No conoce nada de aquí; además, es de cine, no tiene nada que ver con nuestro enfoque. ¿Cómo vamos a arriesgar un proyecto como este con alguien de fuera? ¡Es imposible!", argumento, elevando el tono con cada palabra.
"Toma, son tuyos", dice Renata, que se ha agachado a recoger los papeles, como si hiciera falta confirmarlo, antes de tenderme las hojas desordenadas.
Su calma ante mi desesperación me crispa aún más.
"No creo que sea imposible", afirma, con una seguridad pasmosa. "Probamos. Dos semanas. Si no nos entendemos, yo vuelvo a las clases del máster y vosotros buscáis a otra persona para el puesto", propone, como si tal cosa.
"¡Perfecto, decidido entonces!" Con estas palabras, la directora da por zanjada la conversación, ignorando mi mirada suplicante y arrastrando a Renata consigo hacia la puerta.

**

"¿Estás bebiendo vino un día laborable a las seis de la tarde?" El asombro en el rostro de Celine es tan genuino que se me escapa una carcajada.
"Un capuchino", pide, dándome dos besos y sentándose a mi lado en nuestra cafetería de siempre.
"Solo espuma, sin leche", añade la camarera, una vieja conocida.
"¿Qué ha pasado? ¿A qué tanta prisa? Por tu tono al teléfono, pensé que había ocurrido algo grave." Celine se quita la gabardina y la deja caer sobre el respaldo de la silla. "Ni siquiera me ha dado tiempo a pasar por casa a cambiarme", alega, mirando la manga de su camisa azul oscuro mientras intenta en vano limpiar una pequeña mancha de tinta ocre.
"Sí, es grave. Es urgente. ¡Y es increíble!"
Mientras da sorbos a su capuchino, con la espuma manchándole los labios, le cuento con todo detalle la aparición de Renata.
"No sé por qué te ofendes tanto; a mí me parece una oportunidad excelente para que conozcas gente nueva, que buena falta te hace. Me parece genial que te veas obligada a tratar con alguien diferente

y, por lo que me cuentas, hasta es 'alguien' con muchas posibilidades."
"Suenas igual que mi hijo, siempre diciéndome que necesito conocer gente nueva", respondo irritada, dando un sorbo al vino que me abrasa la garganta. "Solo si son posibilidades de desastre; tiene toda la pinta de que va a salir mal. Oportunidades como esta no se presentan a menudo y, por si fuera poco todo lo que puede salir mal y la competencia de las otras obras a concurso, ahora también tengo que lidiar con los experimentos de la directora. Con Paul al menos sabía a qué atenerme."
"He vuelto a soñar con ella."
La frase es apenas audible, pronunciada mientras remueve la taza ya vacía con la punta de la cucharilla, pero me saca de mi propio discurso como si una campana sonara junto a mis oídos. Tardo un segundo en procesar el abrupto cambio de tema. Sin añadir nada más, Celine apoya el codo en la mesa y la frente en la mano, con la mirada fija en la taza.
Le acaricio el pelo despeinado, apartándoselo a un lado para poder verle la cara. Tiene ojeras profundas y la piel pálida. ¿Cómo no me he dado cuenta cuando ha entrado? Estaba demasiado metida en mi propio drama.
"Perdona", digo.
"¿Perdona por qué? No tienes el poder de controlar los sueños, ¿o sí?"
"Tengo el deber de fijarme en ti, de preguntarte cómo estás, antes de soltarte mis problemas. Perdona." Le toco el brazo con suavidad, acariciándoselo.
"Creo que he llegado a mi límite. He pedido cita."
"¿Cómo que has pedido cita?", la sorpresa hace que me enderece en la silla.
"Llamé a una clínica y pedí cita. Va a hacer un año, ¿cuánto más voy a aguantar? No consigo dormir una noche entera, no consigo pintar. Cualquier día de estos pierdo el trabajo."
"Eso no va a pasar, eres fantástica. Los premios hablan por sí solos; aunque en esta etapa no produzcas mucho, tienes una obra…"

"Tenía una obra. ¿Sabes cuánto tiempo hace que no pinto nada realmente bueno?" La amargura en su voz es palpable.
Suspiro profundamente, cierro los ojos y, de inmediato, acuden a mí imágenes sueltas: el día en que mi marido invitó a una compañera de su oficina a cenar en casa y ella vino acompañada de su esposa, Celine; mi divorcio y las noches en vela, con ella a mi lado, jurándome que todo saldría bien; su divorcio, el miedo estampado en su rostro, el viaje y la muerte, la muerte de Anna.
"Probablemente es lo que deberías haber hecho hace mucho tiempo. Me alegro, de verdad. ¿No quieres que te acompañe?", termino por decir.
"No, es una misión que debo cumplir sola, pero gracias por preguntar." Finalmente levanta la mirada, y veo una frágil determinación tras la tristeza.
Miro el reloj y confirmo lo que ya me temía: voy con retraso. Antes de que diga nada, Celine se adelanta: "Tienes clase de yoga."
"Ven conmigo."
"¡Ni hablar! Por ahora, el psiquiatra; quién sabe si algún día no me encuentras en una de esas clases", dice con una carcajada un tanto forzada.

**

Llego al estudio y la clase ya ha empezado. Con el mínimo ruido posible, me instalo al fondo de la sala, dejo la toalla en el suelo y extiendo la esterilla en un hueco libre. Después de venir aquí durante más de cinco años, me conozco de memoria no solo la rutina de la clase, sino a casi todas las personas que la frecuentan. En pocos minutos, me evado de la realidad que me rodea y me concentro en la respiración, oyendo a lo lejos la voz de la instructora y pasando de un ejercicio a otro como si de una danza coreografiada se tratase. Aquí, al menos, hay orden, hay control.
"En parejas, por favor. Poneos espalda con espalda con la persona que tengáis al lado y flexionaos hacia delante…"
La explicación continúa, pero no necesitaría escucharla, pues me sé cada palabra. A quien no conozco es a la mujer que tengo a mi lado. Nunca la había visto por aquí y, por su postura rígida y sus movimientos vacilantes, juraría que es la primera vez que asiste a

una clase de yoga. Con timidez, se apoya en mí e intenta lentamente ejecutar lo que la instructora va indicando.
"Perdona, creo que he estorbado más que ayudado", declara cuando la sesión termina, tendiéndome la mano con una sonrisa algo avergonzada. "Eleonor."
"Martha", digo, devolviéndole el saludo y encaminándome hacia el vestuario, con ella pisándome los talones.
"Es mi primera vez. El cardiólogo me dijo que tenía que encontrar una manera de reducir el estrés. Eso o, tarde o temprano, un infarto."
"Dicho así, el yoga parece la elección obvia", respondo, sin sonreír, observándola de reojo. "Si vienes a esta hora, nos veremos todas las semanas."

CAPÍTULO 4

Miedo

ELEONOR

Sentada en un largo banco de madera, con la espalda apoyada en los fríos azulejos que recubren la pared del vestuario, la sigo con la mirada, revolviendo una y otra vez la ropa dentro de mi bolsa, intentando disimular mi curiosidad.

¡Martha! ¿Cuál será su historia? Dentro del estudio, segura y confiada, sin duda alguien que lleva entrenando desde siempre, un cuerpo atlético, una flexibilidad envidiable. Aquí fuera, se ha transformado, incluso su porte se ha vuelto menos altivo, casi defensivo. Con torpeza, se quitó los pantalones y la camiseta de entrenamiento, cubriéndose de inmediato el cuerpo con una toalla antes de meterse apresuradamente en la ducha. Un curioso contraste con su seguridad física de momentos antes.Qué extraño, no puedo evitar pensar, mirando a todas las demás mujeres que, vestidas o completamente desnudas, antes o después de una vigorizante ducha, conversan relajadamente. Poco a poco, yo también me desvisto, hasta quedar desnuda, y me meto en la ducha. Cuando salgo, esta vez envuelta en una toalla, Martha ya está completamente vestida. Sigo sus movimientos mientras me seco el pelo, y no se me escapa que saca un fino cordón de oro con un delicado crucifijo de un pequeño bolso y se lo coloca al cuello, rozando levemente la cruz con los labios al hacerlo.

**

Finalmente, el sonido de las puertas del ascensor al cerrarse, un momento de silencio, y la llave girando en la cerradura. Me levanto del sofá, y se me cae el teléfono que tenía en equilibrio sobre mis rodillas.

"Buenas noches, mamá. Me voy a mi cuarto".

"¡Eh! ¡Calma ahí! Ven aquí".

A regañadientes, Sophia gira sobre sus talones, con la lentitud típica de su edad y su humor actual, y da dos pasos hacia mí.

"Estoy cansada, me voy a dormir".
Me acerco para darle un beso, nunca dejará de ser mi bebé, por muy irritada que pueda estar. "Vaya fin de semana habrás tenido", no me resisto a provocarla. "Anoche te llamé varias veces, pero siempre tenías el teléfono apagado, y hasta ahora ni una llamada".
"Sabías que estaba bien, te envié varios mensajes. Y sé que hablaste con mamá L., así que ¿a qué viene tanto reproche? Solo para molestar, ¿no? Me duele la cabeza, me voy a la cama".
"¿Por qué te duele la cabeza? ¿Estás enferma? ¿O serán las copas de anoche?" La pregunta se me escapa, más acusadora de lo que pretendía.
La voz de Laura suena inesperada: "¡Basta! Vete a la cama, Sophia. Ahora voy yo a darte un beso".
No sé si me había olvidado de su presencia, o si mi cerebro simplemente la bloqueó. En un impulso, me giro hacia ella: "Tú sigues alimentando todo esto, ¿no? ¿Te parece bien que ella, con 17 años, salga hasta altas horas de la madrugada, a saber con quién y para hacer qué!", respiro profundamente, pero no me detengo, "¿cuál es tu objetivo? ¿Quieres ser la favorita? No te basta con todo..." No concluyo la frase, las palabras mueren en mi garganta al ver la expresión de su rostro, un destello de la mujer que una vez amé. En este momento, hasta yo me doy cuenta de que estoy yendo demasiado lejos.
Laura mira fijamente la mesa junto al sofá, donde reposa una copa de vino, ahora solo con una pequeña cantidad en el fondo. Aunque no dice nada, siento la necesidad de justificarme: "He cenado aquí, me olvidé de llevar la copa a la cocina". Patético.
Ella sacude la cabeza, se da la vuelta y camina por el pasillo hacia el cuarto de Sophia. Nunca deja de resultarme extraño verla aquí en casa, la casa que fue suya durante tantos años, moviéndose con una familiaridad que me inquieta y reconforta a partes iguales.
"Buenas noches, yo también me voy a acostar, que ya es tarde. Cuando salgas, cierra la puerta".
No me responde, pero deduzco que me ha oído, al fin y al cabo, la casa no es tan grande.

Con paso apresurado, como si estuviera huyendo, camino hasta mi habitación, al fondo del pasillo en el lado opuesto del salón. Entro al baño, me cepillo los dientes, y miro mi imagen reflejada en el espejo. Ojeras, líneas de expresión cada día más marcadas. El tiempo parece no tener efecto sobre ella, reflexiono, empezando a desvestirme. Hace frío aquí en casa, pienso, decidiendo darme una ducha caliente. Me meto en la cama reconfortada, y me acurruco, apagando la luz del techo, y dejando solo encendida la de la mesita de noche. Laura ya debe de haberse ido, al fin y al cabo tiene a su mujer esperando en casa. Vuelvo a sentir un escalofrío, pero esta vez no es de frío. Tomo el libro, y pienso en Sophia, tengo que encontrar una forma diferente de actuar con ella. Si sigo así, un día de estos se mudará definitivamente a casa de Laura, lo sé. Lo sé, pero eso no me impide reaccionar por impulso, con el ansia de protegerla de todo el mal que le pueda suceder, sin medir la violencia de mi protección. Tardo más de quince minutos hasta que logro sumergirme profundamente en la novela que estoy leyendo, y olvidar a Sophia y a Laura. Cuando, algún tiempo después, siento la puerta de la habitación moverse, sé exactamente lo que pasa, pero aun así mi corazón se acelera. Cierro el libro y apago la luz, como si eso pudiera evitar lo inevitable.

"¿Estás despierta? Sé que sí". Su voz suena primero más lejos, luego justo junto a mi oído, en un susurro cálido que me provoca escalofríos.

"Pensé que ya te habías ido, es tarde".

"Demasiado".

No le encuentro el sentido a la respuesta, pero Laura no me da tiempo para más preguntas. Se acuesta a mi lado, el colchón se hunde bajo su peso, el olor de su perfume familiar me envuelve, e instintivamente me hago a un lado para hacerle espacio. La luz de la calle que se cuela por la ventana es suficiente para poder distinguir los contornos de su rostro, de su boca. La siento acercarse, y su aliento en mi cuello. Me toca con la punta de los dedos el brazo que tengo extendido por encima del edredón, tirando de mi mano hacia su cintura. Sin poder resistir, o siquiera intentarlo, la agarro y la atraigo hacia mí, pegando mis labios a los suyos. El mismo sabor, el

mismo deseo. La beso y me dejo besar. Como si los últimos dos años no hubieran existido, ella explora mi boca con la lengua, mordiéndome la oreja con delicadeza, para luego volver a dejar que su lengua se deslice por el interior de mis labios. Un beso conocido, que en segundos reaviva todo lo que creí haber conseguido olvidar.
Como siempre ocurre, ella sabe exactamente lo que quiere, se mueve con una certeza que me deja sin aliento y sin voluntad, y, en este momento, lo que más quiero es tenerla dentro de mí, pase lo que pase.
Alejándose, se pone de pie, y calmadamente se quita cada una de las prendas que lleva puestas hasta quedar, parada frente a mí, desnuda. Sin decir nada, me destapa y me baja los pantalones del pijama, conozco demasiado bien este juego para hacer cualquier movimiento. Cuando logra quitarme los pantalones, se concentra en desabrochar los botones de mi chaqueta de pijama, logrando quitármela también. Solo en bragas, permanezco inmóvil sobre la sábana, debería sentir frío, pero al contrario, siento el cuerpo arder, y los músculos contraerse en anticipación. Sus manos pasean por mi cuerpo como si fuera suyo. Caricias y toques, contrastan con movimientos más impetuosos, haciendo que mi excitación aumente. Me cuesta respirar y suelto un gemido, que sé no le pasará desapercibido.
"¿Qué es lo que quieres?" Su pregunta es un desafío, una prueba.
"Todo lo que tengas para darme". La respuesta sale antes de que pueda filtrarla, una rendición.
"¿Estás segura?" Hay un tono de posesión en su voz.
No respondo, y la atraigo hacia mí, poniendo las manos alrededor de sus hombros. Necesito más contacto, necesito sentir su cuerpo, su calor. Sin negarme lo que busco, se sienta sobre mí, dejando claras sus intenciones. Siento la contracción de sus muslos, el movimiento de su cadera, la respiración agitada, hasta que ella ya no es capaz de contener un orgasmo y se estremece violentamente, soltando un grito que intento ahogar colocando mi mano sobre su boca.
"Te necesito", murmuro, cuando recupera el aliento.
"¿Dónde?"
"Sabes dónde", respondo sin moverme.

"Muéstrame".
Va a hacerme implorar, forma parte del juego, tal como forma parte que yo resista.
"Tú lo sabes".
"¿Eres demasiado pudorosa para eso?", interroga, continuando el papel que le corresponde. "Tal vez no sepas realmente lo que quieres. Tal vez necesites que sea yo quien te lo muestre". Acto seguido, coloca la mano entre mis muslos, separando mis rodillas con sus piernas. El gesto es más que suficiente para que mi cuerpo explote.
"¡Laura!"

**

"¡Sophia, date prisa, por favor! Vas a llegar tarde a la escuela", grito desde la puerta de la cocina, intentando hacerme oír por encima de la música que proviene de su habitación.
Como era de esperar, cuando desperté, aún de madrugada, ella ya no estaba. Claro, tenía a su mujer esperando en casa, pienso de forma grosera, irritada conmigo misma. ¿Cómo pude ser tan idiota? ¿Cómo pude dejar que sucediera? Otra vez.
"¡Sophia!", vocifero, soltando parte de la rabia.
"Deja de gritar como una loca, mamá. Por eso prefiero dormir allí". Aparece en el pasillo, ya vestida, lista para confrontarme.
"Claro que lo prefieres, haces lo que quieres, te acuestas a la hora que te da la gana".
"Me voy en metro a la escuela", declara provocativamente, avanzando apresurada hacia la puerta. Antes de que tenga tiempo de responder, la puerta se cierra de un portazo.
Sin contenerme, doy un puñetazo en la encimera de la cocina. El dolor provocado por el golpe irradia por mi brazo y me hace olvidar todo por un instante.

**

"Buenos días, Eleonor. ¿Todo bien?", pregunta la asistente del consultorio, cuando me extiende una taza de café humeante y ve mi esfuerzo por agarrarla con la mano izquierda, al serme imposible hacerlo con la derecha.

"Sí. Me lastimé ayer, moviendo un mueble", miento, dejando el maletín y el abrigo en una silla, para poder dar un sorbo al café. "Nada grave. ¿Cuántas citas para hoy?"
"Cuatro, antes del almuerzo, y una más por la tarde".
La primera en entrar es una paciente que sigo desde hace años, a pesar de estar muchísimo mejor, insiste en venir a consulta al menos una vez cada dos meses, como si eso garantizara que su depresión no vuelve. Es reconfortante lidiar con lo que nos es familiar, con lo previsible.
Tengo hambre, pienso, antes de atender la última cita de la mañana. Salgo del consultorio y voy hasta la sala de espera, sentada en una de las sillas tapizadas, una mujer delgada y pálida, vestida con jeans y una camiseta negra de cuello alto. Celine. La miro, ella en un primer momento no me ve, distraída, con la mirada perdida en la ventana del fondo. Tiene algo especial, un magnetismo difícil, si no imposible, de explicar, un aura de fragilidad y fuerza combinadas, que me hace quedarme unos segundos sin decir nada. En el momento en que voy a llamar su nombre, gira el rostro, cruzando su mirada con la mía. Tiene unos ojos marrón claro, con profundas ojeras, y una de las miradas más tristes que he visto en los últimos tiempos.
Ya estamos sentadas dentro del consultorio, cuando habla por primera vez. Tiene un timbre ronco, y una energía que contrasta con la melancolía de todo lo demás.
"¿Por qué pedí una cita?", pregunta retóricamente repitiendo las palabras que acabo de proferir.
"Sí, Celine. ¿Cómo puedo ayudar?", insisto, intentando desbloquear la conversación. "¿Qué sientes?"
"Miedo".
"¿Miedo?", es mi turno de repetir lo que acabo de oír. Extrañamente ella no dice nada más, como si esa única palabra fuera más que suficiente para que yo pueda entender su situación.
"Debo parecer completamente idiota, disculpa. Yo no suelo ser así", completa, sonriendo por primera vez.
"¿Miedo a qué?", pregunto, desviando los ojos de su sonrisa y su boca, y tomando algunas notas apresuradas, casi ilegibles, en mi

bloc. Necesito mantener la distancia profesional.
"A no volver a ser la persona que fui un día".
Durante una hora, me cuenta que es artista plástica y que, desde hace varios meses, no consigue trabajar, no logra dormir. Aunque en algunos momentos el discurso es fluido, en otros el silencio se impone como si las palabras fueran demasiado difíciles de pronunciar. Sé que no puedo insistir, no avanzaremos más hoy.
"¿Marcamos para dentro de una semana, a la misma hora?", pregunto cerrando la tapa del bloc y dejando el lápiz en el brazo del sofá.
Celine asiente con la cabeza, y mira hacia el suelo, mordiéndose el labio inferior con los dientes, de tal forma que el rojo se transforma en blanco.
Afortunadamente, la próxima cita es sólo dentro de una hora, no conseguiría atender a nadie ahora, cavilo mientras me dirijo hacia la cocina para ir a comer mi ensalada.
La paciente de la tarde está ligeramente retrasada. De vuelta al despacho, releo las notas que tomé durante la consulta de Celine y agrego algunas más. Mis pensamientos son interrumpidos por un golpe en la puerta, que se abre enseguida.
"Renata Meire ya está aquí, ¿puedo hacerla pasar?

CAPÍTULO 5
Siete Minutos

RENATA

Entro en el consultorio y enseguida la Dra. Eleonor se levanta, tendiéndome la mano. Un saludo sencillo, pero firme, que acompaña con una sonrisa cortés, pero que no le llega a los ojos. Ambas nos sentamos en los mismos sitios de la semana pasada. Es ella quien inicia la conversación; ni siquiera parece una consulta. Si no fuera por el contexto, se podría decir que simplemente estamos intercambiando impresiones sobre países lejanos y realidades distintas a la nuestra.

No sé por qué, pero Eleonor me parece distinta a como estaba la semana pasada. Si en algo soy buena, es en leer las emociones de los demás y, decididamente, hoy ha pasado algo. Hay una sombra en su mirada que antes no estaba, una ligera palidez que el discreto maquillaje no consigue ocultar del todo.

"¿Cómo ha ido la semana?", pregunta de pronto, cambiando el rumbo de la charla e interrumpiendo mis divagaciones.

Me gustaría poder hablarle sobre lo difícil que está siendo mi entrada en la Academia, sobre las conversaciones o las "no conversaciones" que he

intentado tener con Martha, sobre la presión constante que siento —aunque nadie la vea—, la presión por demostrar que no soy solo la 'hija de'. Pero no es por nada de eso por lo que he venido. Respiro hondo y vuelvo a meterme en mi personaje, recordando que estoy aquí por trabajo: "No ha sido buena", mascullo, negando con la cabeza. "Todas las noches los mismos sueños, las mismas pesadillas. Es como si hubiera vuelto allí, y…"
"¿Y?". Su voz es sosegada, profesional, pero atenta.
"Y que puedo morir en cualquier momento".
"¿Durante el día también le ocurre?"
Sin pensarlo, me viene a la mente Martha gritando en el escenario, exasperada ante cualquier imprecisión de los alumnos mientras recitan, una y otra vez, los mismos versos de Shakespeare.
"Durante el día estoy trabajando. Todo es nuevo, lo que me obliga a estar siempre atenta".
"¿Cómo dice? La semana pasada me dijo que iba a tomarse un tiempo libre, ¿o entendí mal?".
La sorpresa en el rostro de Eleonor es evidente. Deja el lápiz y el bloc sobre las rodillas y me mira fijamente. Ha vuelto su mirada analítica.
Viéndome sin salida, me doy cuenta del malentendido que acabo de provocar: "Quiero decir, no es que esté trabajando formalmente, pero la vuelta está siendo difícil, todo me parece diferente,

todo nuevo. Eso es lo que quería decir". La justificación suena falsa incluso para mí.
"De acuerdo, pero no me ha respondido: ¿durante el día también siente momentos de pánico?".
"¿Pánico? ¿Cree que sufro de pánico?".
"¿Por qué? ¿Cree que es otra cosa? ¿Se siente triste, deprimida?".
"Pensé que tenía estrés postraumático", respondo aturdida, atrapada en mi propia red.
"¿Debería tenerlo? ¿Quería tenerlo?".
"¿A qué se refiere?", replico irritada, alzando la voz. "¿Alguien quiere estar enfermo?".
"A veces". La respuesta, escueta y serena, me desarma.
"Yo no. Yo daría cualquier cosa por estar bien, por dormir una noche entera sin despertar sintiendo que estoy fracasando, pero no lo hago".
"Quizás estemos de acuerdo en ese punto".
Sin decir nada más, Eleonor permite que se haga el silencio. Se levanta del sofá y camina lentamente hacia la ventana, dándome la espalda. Observo su porte erguido, cómo la luz acentúa la tensión en sus hombros. Jugueteo nerviosamente con el anillo entre los dedos, pero no soy capaz de articular palabra. Cuando finalmente se da la vuelta, atisbo una sonrisa en la comisura de sus labios.

"Renata Meire, ¿o será Renata Brick? La joven directora que sorprendió al mundo del cine cuando realizó un cortometraje mudo con apenas veintiséis años?".
Eleonor vuelve a sentarse en su sofá. A juzgar por su postura y un ligero arqueo de ceja, casi podría decir que la situación le divierte.
"¿Es una película nueva? ¿Un personaje?", pregunta con un tono casi despreocupado.
"¿Cómo lo ha descubierto?"
"¿El qué? ¿Que no tenía estrés postraumático o que es Renata Brick?".
"Que voy a hacer una nueva película", respondo, ya con más confianza y siguiéndole el juego.
"Lo deduje. Es un arte que se perfecciona tras años en esta profesión. ¿Por qué sus síntomas parecían sacados de un manual de medicina desde el primer momento? ¿Por qué su rostro me resultaba familiar? Busqué en internet, "Renata Meire", y me llevó algún tiempo, pero acabé encontrando a 'otra' Renata, mismo rostro, distinto apellido. Y Meire, Meire es uno de los apellidos de su madre, ¿verdad? Isabelle Meire Glisse. ¿ Qué la habrá llevado a venir a mi consulta con un nombre falso? ¿Quería ocultar una enfermedad o venía con otra misión? Hace un momento, me dio la respuesta". Se inclina

ligeramente. Admiro su inteligencia, su aplomo ante mi farsa.
"Disculpe", murmuro, sintiéndome expuesta, desarmada por su serenidad.
"¿Por qué?", pregunta, genuinamente curiosa.
"Por haberle hecho perder el tiempo".

**

Sentada en el bar de siempre, con el bullicio habitual como banda sonora, les describo con detalle mi consulta. Frente a mí, ellos se parten de risa.
"Pagaría por haberlo visto", dice Andy, soltando otra carcajada estridente.
"¡Touché por la doctora Eleonor! ¡Un trabajo magistral!", interviene Mark, que hoy parece mucho más distendido. "Si necesito una psiquiatra, ya sé a quién recurrir".
"Pero al final, ¿ella lo descubrió, te encaró y luego qué? ¿Cómo acabó la consulta?". A Elga nunca le faltan las preocupaciones prácticas.
"Me invitó a tomar un café la próxima semana".
"¿Qué? ¿Te invitó a tomar un café?". Los ojos de Elga parecen salírsele de las órbitas.
"Eso es lo que acabo de decir. La semana que viene vamos a tomar un café…"
"¿Ella es lesbiana?", interrumpe Andy, con los ojos brillando de curiosidad.

"Y yo qué sé si es lesbiana", respondo negando con la cabeza. "¿Por qué lo preguntas?".
"Se puso a investigar todo sobre ti, te invita a un café, ¿qué quieres que piense?".
"Cualquier otra cosa, ¡si eres capaz!".
"¡No lo es!", exclama Mark, provocando nuestras risas de nuevo.
"Después de que le conté sobre nuestra película y el porqué de todo este tinglado, se ofreció a ayudar. Es una cinéfila —es fanática de mi madre, pienso— y quiere ayudarme a construir nuestro personaje".
"Perdiste una psiquiatra y encontraste una amiga; no sé si tomaste la decisión correcta. ¡Amigas ya tienes muchas!". Mientras habla, Elga ladea la cabeza ligeramente hacia una mujer de pelo corto, camisa negra y cazadora de cuero que, sentada en uno de los taburetes de la barra, nos mira fijamente.
Todos vuelven a reír a coro.
"Debería ir para allá, necesito animarme un poco", añado solo por el placer de oírlos y de ver a Elga poner los ojos en blanco.
"Nunca vas a cambiar, ¿verdad?". La pregunta de Elga es retórica.
"¿Cambiar por qué?".
"¿No echas de menos a alguien, alguien más permanente, más constante?". Ha dejado de reír y

me mira, sosteniendo el vaso de cerveza a medio camino entre la mesa y la boca.
"Os tengo a vosotros", respondo, esquivando la pregunta.
"En serio. Una noche y nada más, ¿hasta cuándo? ¿Hasta cuándo vas a pensar que es suficiente?".
"Hasta que alguien me demuestre que no lo es". Antes de dejar que prosiga con su interrogatorio, me levanto y camino con seguridad hacia la barra.
"¿Qué estás bebiendo?", pregunto, sentándome en un taburete junto a la mujer que nos miraba fijamente la mesa. De cerca aparenta más edad.
"Renata", murmuro, sabiendo que el dato no es relevante, mientras me inclino para darle un beso en la mejilla. El juego vuelve a empezar.

**

De vuelta en la sala de ensayo, tengo el estómago revuelto; quizás debería haber bebido menos anoche, o tal vez nunca debería haber aceptado este trabajo. A unos metros de mí, Martha coloca a los alumnos en filas; si no fuera por el contexto, parecería un ejercicio militar, pienso, sonriendo para mí.
Siete minutos. Es el escueto nombre del fragmento de la obra que intentamos recrear. Para Martha, todo se reduce a seguir el guion de la obra clásica, representada infinidad de veces en los teatros más

famosos del mundo. Pero, ¿por qué? ¿Por qué recrear lo que ya se ha hecho, y bien hecho, sin intentar añadir ni cambiar nada? Sin darme cuenta, pienso en voz alta, y mi voz resuena en el escenario, haciendo que todos se queden quietos: "Siete minutos, poco tiempo para contar una historia, pero más que suficiente para transformar una vida".
Alzo la cabeza y, como era de esperar, me encuentro con la mirada severa de Martha, con los labios fruncidos y una expresión de desagrado grabada en el rostro.
"¿Quieres decirnos algo, Renata? ¿No estás contenta con la obra?".
"Podríamos intentar algo diferente".
"Podríamos. Podríamos convertirlo todo en experimentación. El teatro tiene estructura, tiene reglas, hay cosas bien y cosas mal hechas; no podemos limitarnos a dar unas piruetas, decir cuatro tonterías y llamarlo arte".
"Estoy de acuerdo", afirmo, asintiendo con la cabeza para enfatizar mis palabras. "Pero el teatro también tiene vida, Martha".
Avanzo a grandes zancadas hacia el centro del escenario, mientras me pongo y me quito el anillo del índice derecho. "Quieres lanzarlos directamente al escenario: ejercicios de voz, lecturas, coreografía, y listo. Ensayamos hasta alcanzar la precisión de un

reloj suizo y hacemos lo que todos esperan de nosotros. La seguridad de una buena actuación". Los alumnos no se atreven ni a respirar; poco a poco han abandonado sus posiciones y ahora forman un semicírculo.
"No te sigo, ¿no es eso lo que se busca, una buena actuación?". No la conozco bien, pero diría que he conseguido irritarla. Martha se coloca las gafas en la cabeza, apartándose el pelo de la cara, pero ni con eso relaja el semblante.
"No. Ser buenos no bastará para ganar. Tenemos que ser óptimos, excepcionales, desafiar los límites, comprenderlos y atrevernos a ir más allá, atrevernos a sentir".
Me callo de golpe, sin saber cómo seguir. Están todos tan pendientes de mis palabras que se hace un silencio denso.
Martha parece haber recuperado su habitual rigidez y camina hacia una de las alumnas, cogiéndola del brazo: "Antes de sentir, necesitan comprender la obra, cada sonido, cada movimiento; de lo contrario, lo único que podrán hacer será improvisar, sin ton ni son, sin propósito alguno, sonidos y movimientos aleatorios. ¿Crees que eso es arte?". Suelta el brazo de la alumna, que se ha quedado pálida del susto pensando que la iban a poner en un aprieto, y da un paso hacia mí: "¿Crees que eso nos hará ganar?".

"Quieres que diseccionen la obra como si fuera un cadáver, que la desmonten pieza por pieza, en lugar de poder vivirla".
"¡Y tú quieres que vivan sin saber lo que están viviendo!", grita, cogiendo una de las sillas del escenario y sentándose exasperada. "En esos siete minutos todo cambia, ¿cómo quieres que puedan ensayar eso sin preparación?".
'Basta de discusiones', pienso, tomando las riendas de la situación. "Acercaos, vamos a hacer un ejercicio diferente". Sorprendida por mi súbito cambio de actitud, Martha no dice nada.
"Práctica antes que teoría, emoción antes que acción. ¿Qué puede pasar en siete minutos?". Paseo la mirada por el grupo, uno por uno. Los alumnos se miran entre ellos buscando apoyo; algunos miran hacia Martha en busca de un permiso tácito, pero ella sigue sentada, con el ceño fruncido, los brazos cruzados y la mirada perdida.
Julia es la primera en hablar: "El día que recibí el e-mail diciendo que había sido aceptada en esta escuela. Siete minutos fue el tiempo que tardé en creer que era verdad".
"¡Perfecto!", exclamo con una sonrisa, mientras hago un gesto con los brazos para abrir un espacio en medio del escenario. "Ven aquí, muéstranos cómo fue. ¿Qué pasó?".

"El corazón se me disparó, me sudaban las manos y me temblaban las piernas".
"Muéstranoslo", insisto.
Durante unos minutos, no sé si siete, Julia vuelca toda su emoción en el escenario. Cuando termina, otro alumno da un paso al frente: "Siete minutos antes de que mi abuelo muriera, parecía que todo estaba normal. Todos sabíamos que iba a pasar y, sin embargo, todos actuábamos como si tal cosa. Él respiraba, hablaba y nosotros simplemente estábamos allí, hasta que…".
La sala vuelve a sumirse en el más absoluto silencio. Nadie se atreve a romper el momento.
"Conté cada segundo, porque sabía que eran los últimos".
Una alumna en la que hasta entonces no había reparado interviene: "Siete minutos puede ser el tiempo exacto entre el primer escalofrío y la entrega total".
Basta para que todas las cabezas se giren en su dirección, incluida la de Martha.
"El suave roce en una rodilla, la anticipación. Cada segundo se alarga como si fuera un minuto, los músculos se contraen, la respiración se contiene. De pronto, el ritmo cambia, el corazón se acelera, la respiración se vuelve jadeante, el pecho sube y baja cada vez más deprisa. Siete minutos en los que el

mundo se desvanece y, en el último instante, todo se deshace y se rehace al mismo tiempo".
La sala se llena de murmullos, algunos alumnos sonríen y aplauden.
"Bueno…, sin duda, una interpretación interesante", declara Martha, poniéndose en pie.

CAPÍTULO 6

Control

MARTHA

Podría irme, podría tragarme mi frustración y mi orgullo, pero hoy no, de esta vez no. La imagen de esa alumna describiendo un orgasmo, su audacia, la forma en que Renata validó la escena como "arte"... Espero a que todos los alumnos salgan antes de soltarle: "¿Qué demonios fue eso?"

"Un ensayo. Un ejercicio sobre experiencias reales", replica Renata, fingiendo la mayor de las ingenuidades, mientras se quita y se pone el anillo en el dedo, un gesto nervioso que, irónicamente, parece controlar perfectamente. Si tan solo supiera cuánto me irrita ese gesto.

"Espero que estés satisfecha".

"¿Con qué, exactamente?", pregunta, volviéndose hacia mí, con sus ojos negros expectantes.

"Con el tiempo que nos has hecho perder. Con el protagonismo. Eso era lo que querías, ¿no? Ahora puedes estar segura, todos van a hablar de ti y de esta clase, o de estas experiencias reales. Va a ser la comidilla del día, de la semana".

Ella no se mueve. Percibo cómo se le tensa la postura.

"¿Desde cuándo nuestro trabajo es hacer que los alumnos hablen de sus vidas personales, en lugar de enseñarles a interpretar?"

"Desde siempre, Martha. Desde que existe el teatro".

Pongo los ojos en blanco irritada, esta mujer tiene algo que me saca de quicio: "¡Oh, por favor! ¡No me vengas con esas chorradas! El teatro es técnica, ¡es control! ¿Crees que van a ganar este concurso hablando de sus vidas? ¿Crees que es un monólogo sobre un orgasmo lo que nos va a dar la excelencia que necesitamos?"

En lugar de responderme, Renata sonríe. Claro que sonríe, se está divirtiendo a costa mía.

"Creo que fue un momento real, genuino".

"¡¿Genuino?!", exclamo, gesticulando, desesperada, "¡Esto no es una terapia de grupo, Renata! ¡Es teatro, es técnica! ¡Se trata de dominar la emoción, no de ser dominado por ella!"
Ella avanza en mi dirección, haciéndome dar un paso atrás, involuntariamente. "Eso es lo que te asusta, ¿no? Quieres un control absoluto, todo seguro, todo previsible. Ensayos calculados, emociones racionalizadas, tan falsas como perfectas. ¿También eres así en la vida, o te lo reservas todo para el teatro?"
Sus palabras son un espejo cruel, que refleja las acusaciones de Thomas. Aprieto los puños con tanta fuerza que siento las uñas clavándose en las palmas de mis manos. "Haz lo que quieras. Conviértelo en tu circo personal. Pero cuando no funcione, cuando no tengamos nada que mostrar en la audición, no me pidas ayuda". Tan rápido como puedo, me doy media vuelta y salgo casi corriendo por el pasillo vacío. Quizá sea yo la que está equivocada, pero lo dudo mucho.

**

Celine abre la puerta justo antes de que yo toque el timbre. El olor a ajo y orégano impregna la cocina, confiriéndole al espacio un toque cálido y familiar. Sobre la mesa una botella de vino abierta, y dos copas ya servidas, una de ellas a medio vaciar. Cojo la otra y me bebo la mitad de un solo trago. El alcohol me sube rápido, pero no lo bastante como para borrar la imagen de Renata.
Ella sonríe, me da un beso rápido en la mejilla y vuelve a la cocina.
"He tenido un día infernal", declaro, sin soltar la copa, instalándome en la mesa de la cocina, en mi lugar de siempre.
"Déjame adivinar, ¡Renata!"
"¡Pues claro, quién si no! Desde que llegó, ¡no hace más que cuestionar mis métodos!", sirvo más vino en ambas copas, y le doy un sorbo a la mía, antes de continuar. "Tuvimos un ensayo, y decidió convertirlo en una sesión de desahogo colectivo".
Celine se ríe, llevándose la cuchara de madera a la boca para probar el arroz. "Ya casi está", afirma, volviéndose hacia mí y agregando: "Por todo lo que me has contado, eso es muy típico de ella. ¿Por qué te irrita tanto?"

"Es irresponsable. Un alumno describió la muerte de su abuelo, y una alumna..., en fin", me aparto el cabello hacia atrás y bebo un poco más de vino, "Describió un orgasmo".
Ella abre mucho los ojos y, acto seguido, suelta una sonora carcajada: "La verdad, tengo que reconocer que no fue un ensayo al uso".
"No es gracioso, es embarazoso. ¡Es inapropiado! ¿Cómo se moldea, cómo se corrige una escena así? ¿Le digo que el clímax no tiene el timing correcto? ¿Que la respiración necesita una pausa más dramática?"
Celine, aún riéndose, sacude la cabeza de un lado a otro, seguramente imaginándose la situación.
"¿Fue solo eso lo que te molestó?", cuestiona, cambiando de tono y de expresión.
Yo me quedo en silencio, y ella coloca la olla sobre la mesa, sirviendo dos platos de risotto de espárragos, y sentándose en la silla frente a mí.
"¿Cuánto tiempo hace que no tienes uno?"
"¿Un qué?", salto yo bruscamente, sintiendo que el rubor me sube por el cuello, intentando evitar lo que se me viene encima.
"Un orgasmo".
Suelto un largo suspiro, cojo el tenedor y juego con el risotto en el plato, una maniobra de distracción inútil.
"¿En serio, Celine?"
"Sí, en serio", le da un sorbo al vino, apoya el codo en la mesa, y me mira fijamente, mostrando que no va a desistir.
"Eso es ridículo. El hecho de que no hable de eso, no significa..."
"¿No significa qué? ¿Tienes a alguien y yo no lo sé?", indaga, arqueando las cejas con genuina curiosidad.
"No es asunto tuyo". La respuesta me sale más borde de lo que pretendía.
Ella sonríe, sin ofenderse, y coloca su mano sobre mi brazo, en un gesto de insistencia mezclado con una dosis de cariño: "Hace tres años".
"Dos años y ocho meses", respondo sin pensar, odiándome por recordar la fecha con tanta exactitud. "¿Es un interrogatorio?"

"No, pero no te olvides de que yo estuve allí. Vi lo que pasó, vi cómo quedaste, y cómo el teatro te mantuvo viva, te mantuvo cuerda. ¿No crees que es hora de pasar a otra cosa?"
"No va a haber nadie más".
Celine se mete un tenedor en la boca y mastica lentamente: "A lo mejor el problema no era solo él".
"¿Qué insinúas?"
Ella no responde de inmediato, dejando los cubiertos y empujando el plato hacia atrás. "Llevo un tiempo pensando que tal vez te estés aferrando a lo que hizo Thomas, al divorcio, a las acusaciones, para evitar mirar al resto, a ti misma".
"¿El resto?", repito.
"Sí, el resto. Lo que hay dentro de ti", se inclina sobre la mesa y me toca el pecho con la mano, suavemente, "¿Por qué necesitas controlarlo todo, tenerlo todo en su sitio, en el momento preciso? ¿Por qué te asusta tanto la pasión, Martha? Siempre has sido así, incluso con Thomas".
Me quedo en el más profundo silencio, el vino hace su efecto y siento la cabeza un poco mareada.
Celine se recuesta en la silla: "¿Quieres saber de mi consulta?"
El cambio de tema me toma por sorpresa, pero es un tremendo alivio: "¡Por supuesto! ¿Cómo fue?"
"Interesante..."
Dejo escapar una pequeña carcajada, "Interesante. Es una gran palabra para esconder todo lo demás. Y luego dices que soy yo la que busca refugios seguros", ironizo. "¿Qué te preguntó la psiquiatra?"
"Qué sentía, por qué había pedido la consulta".
"Buenas preguntas, debe de ser buena médica", afirmo manteniendo el sarcasmo. "¿Qué le respondiste? ¿Que estabas desbordada por emociones difíciles de explicar, o fuiste aún más ambigua?"
"¡Basta ya!", exclama, tratando de sonreír, pero esta vez sin lograrlo. "Le dije que tenía miedo".
Sé que no es momento para más ironías, y coloco mi mano sobre su brazo antes de volver a hablar, "¿Miedo de qué?"

Ella mantiene los ojos fijos en la copa, no se mueve y no dice nada por un momento.
"De no volver a ser nunca la que fui".
"¿Hablaste de Anna?"
"No. No puedo, si hablo de ella todo vuelve a ser presente otra vez. No puedo. No lo logro". Cierra los ojos, no sé si para huir, si para recordar.
"No hablar de ella no va a hacer que desaparezca lo que pasó".
"Podría haber evitado lo que ocurrió".
"Sabes que no. Puedes empeñarte en cargar con la culpa del mundo, pero en el fondo sabes que si tuviste un papel en toda esta historia, fue el de víctima y no el de verdugo".
"Podría haberme quedado en casa, podría no haber ido a Milán".
"Podrías, y podría haber pasado todo igual. Fuiste porque necesitabas respirar, trabajar, vivir. Yo estaba allí, ¿recuerdas? Yo fui testigo, a mí no tienes que convencerme de nada. Lo recuerdo como si fuera ayer. Recuerdo el día en que las conocí, el día en que Thomas invitó a Anna a cenar a casa, y ustedes vinieron las dos. Anna, siempre brillante y controladora; tú, vibrante, pero ya con una sombra en la mirada. Lo recuerdo, hasta hoy, mi sorpresa. La incomodidad duró solo lo que tardé en conocerte mejor, de tenerte como amiga. ¿Durante cuántos años convivimos los cuatro? ¿Doce? Mark era un niño".
"¿Cómo está él?", me interrumpe, impidiendo que continúe.
"Estupendamente, con novio nuevo", respondo, pensando en lo que mi hijo me dijo cuando cenamos el fin de semana. "Tiene en los ojos el brillo del amor, me hace desear que todos los amores fueran tan simples, tan fáciles".
Celine sonríe, pero percibo que en realidad no está escuchando lo que estoy diciendo. Está perdida en el pasado, como siempre, cuando el tema tiene que ver con Anna.
"Yo estaba allí, yo vi cómo te trataba", reafirmo, volviendo al asunto que realmente importa, porque tal vez tengo tanta necesidad de decirlo como ella de escucharlo. "Sé que sabes exactamente de lo que estoy hablando".

Celine se muerde el labio inferior, con tanta fuerza que lo hace sangrar. Limpia las gotas rojas con la servilleta, inspira profundamente y exhala lentamente, sin proferir una sola palabra.
"Ella se ponía furiosa cada vez que alguien te miraba más de lo que ella consideraba aceptable", continúo, ahora en un tono más firme. "¿Te acuerdas de una vez que fuimos todos al cine? Anna se enojó porque Thomas te pasó el brazo por los hombros. Y tú, tú no hacías nada. Bueno, sí que hacías algo: tratabas de fingir que no pasaba nada".
Celine se levanta y coge los platos, colocándolos dentro del lavavajillas, con el mismo ritmo metódico toma la olla y la vuelve a poner sobre la cocina. Durante unos minutos no digo nada. Me levanto también, y ayudo a retirar lo que aún está en la mesa, dejando sólo las copas de vino.
"Vi lo que estaba sucediendo, Celine. Vi a Anna intentar controlar cada uno de tus pasos. Vi cómo se ponía insegura, agresiva, posesiva. Y tú te quedabas impasible, casi apática".
"Yo lo sabía. Sabía que ella estaba cambiando, pero..., no sabía cómo salir de ahí. No podía. La amaba, y al mismo tiempo..., le tenía miedo. Pero también tenía miedo de estar sin ella. Cuando Thomas se fue, yo quería ayudarte, quería proteger a Mark".
"Fuiste la mejor amiga que alguien puede tener", interrumpo, recordando las noches que Celine pasó a mi lado.
"Anna se aprovechó de la situación, y empezó a montar numeritos todos los días, todas las noches..."
"No podías vivir así. Te estaba asfixiando".
Celine cierra los ojos, y frunce el ceño como si mis palabras le causaran un dolor físico.
"Lo que pasó no fue tu culpa. Sé que ella te hizo creer que no tenías elección, que todo era por amor. Pero aquello no era amor, era posesión. Anna te envolvió en una telaraña, y tú quedaste atrapada".
Ella deja que las lágrimas rueden silenciosamente, pero no hace ningún movimiento para limpiarlas.
"Yo debería haber hecho algo", dice en un susurro, como intentando convencerse a sí misma.

**

El estudio de yoga está más caldeado de lo habitual, se oye la música y lentamente extiendo mi esterilla, recorro la sala con la mirada, y saludo a la instructora con un asentimiento de cabeza. La mujer con la que hice pareja la semana pasada, Eleonor, hoy está en la primera fila, debe de haber llegado más temprano.

Me cuesta concentrarme, la conversación con Celine, la imagen de Renata, pero, poco a poco, consigo centrarme en la respiración, en la alineación del cuerpo, y voy mirando a Eleonor, que con torpeza trata de seguir las instrucciones.

Cuando la clase termina, siento cómo me escurre el sudor.

"¿Qué tal la clase de hoy? ¿Mejor?", le pregunto cuando Eleonor pasa junto a mí.

Ella suspira profundamente antes de responder: "Esto no es para mí".

"Se mejora con el tiempo, y luego se vuelve indispensable", digo, tratando de reconfortarla.

"Nunca imaginé que el yoga pudiera ser tan difícil".

Cuando bajo las escaleras, me siento infinitamente mejor. Me voy a casa a preparar el ensayo de mañana, Renata no va a conseguir arruinar lo que llevo meses construyendo, pienso, con una sonrisa triunfal.De pie junto a la cristalera, de espaldas a mí, Eleonor, con la chaqueta abrochada hasta el cuello y el bolso al hombro, mira hacia la calle. Diluvia, y las gruesas gotas golpean incesantemente contra el cristal. Vuelvo a mirarla; no parece tener paraguas.

"¿Quieres que te acerque?", pregunto deteniéndome a su lado. "Tengo el coche en el aparcamiento".

CAPÍTULO 7

Confesiones

ELEONOR

Jamás hubiera imaginado ir hasta la librería en el coche de Martha, pero la decisión fue inmediata: eso o calarme hasta los huesos. El calor del coche, después del esfuerzo del yoga y del frío de la lluvia, resulta reconfortante. Siento mi corazón, finalmente, latir a un ritmo más sosegado – tal vez el cardiólogo tenía razón sobre la necesidad de manejar el estrés. El trayecto es corto, y llegamos en cinco minutos. Menuda suerte, un sitio justo en la puerta, en una zona de la ciudad donde aparcar es una misión imposible.

"Ha parado de llover", constato, mirando los charcos de agua que reflejan el cielo, ahora más claro. "Gracias."

"De nada, no me desviaba. ¿Conoces esta librería? Ya me había fijado en ella, pero nunca había entrado." Observo la forma en que analiza la fachada del local, y la curiosidad en sus ojos.

"Es de la mujer de mi padre, ellos viven en el piso de arriba. ¿Quieres entrar? Nos tomamos un té. Es lo mínimo que puedo hacer después de que me hayas traído."

Pasamos junto a Irene, que a pesar de estar concentrada atendiendo a una clienta, no deja de seguirnos con la mirada, ladeando la cabeza.

"Ven, Irene tiene una buena selección de tés", la animo, guiándola hacia la familiaridad del espacio.

Nos sentamos en una de las mesas del fondo, y la conversación se centra en la selección de libros expuestos a nuestro lado. Martha está asombrosamente actualizada en cuanto a nuevas autoras. Impresionante, todos los títulos que menciono ella los conoce, y la mayoría hasta ya los leyó. Revela una faceta que no imaginaba, una pasión por la literatura, que contrasta con su aparente rigidez. Casi media hora después, oigo a Irene cerrar la puerta y despedirse del último cliente.

"Martha me salvó de calarme", declaro cuando ella se acerca.

"Es un placer tenerte aquí en la librería, espero que te guste", la saluda Irene, dándole un beso, sin ceremonias, como es habitual en ella.
"Es fantástica. Voy a pasar por aquí más a menudo, me pilla de camino a casa, que, por cierto, está aquí al lado." Responde Martha, con una simpatía que me sorprende.
El sonido de la puerta abriéndose y cerrándose, justo después, un portazo nos toma por sorpresa.
"¡Sophia!", exclamo irritada. "¡Ten más cuidado! ¡No corras! Estás poniendo todo el piso perdido."
"Deja de gritar, mamá, que te oigo perfectamente. Irene, ¿puedes decirle que se calme? Todavía no he llegado y ya está así."
"Modera ese tono y cuida tu lenguaje", digo, sintiendo cómo me enrojece el rostro, ante la presencia de Martha, e intentando remediar la situación, al mismo tiempo que Irene se levanta y abraza a Sophia con un cariño que mi hija le acepta a ella, pero rara vez a mí. "Voy arriba. El abuelo me está esperando", dice Sophia y, sin esperar respuesta, o darme tiempo de preguntarle por el examen de matemáticas, sube la escalera, haciendo resonar a propósito sus botas en la madera.
"Está imposible", murmuro.
No sé si por la situación incómoda, o simplemente porque se le hace tarde, Martha se despide, prometiendo volver en los próximos días, al tiempo que aprovecha para pedirle a Irene que le encargue un nuevo libro del que nunca oí hablar, pero que ambas elogian bastante.
"Interesante tu amiga", afirma Irene, cuando Martha ya está lo suficientemente lejos como para no oírnos.
"¿Por qué lo dices?", cuestiono sin decir nada más. Si yo no la conociera, podría pensar que la declaración era inofensiva.
"Es raro verte acompañada, y más aún con tiempo para tomar un té. ¿Hay algo que me quieras contar?"
"¡No digas tonterías!", exclamo dándole una palmada en el brazo. "Me ayudó en los ejercicios de la clase de yoga, y hoy me acercó en coche, nada de lo que te puedas estar imaginando."
"No pensé en nada, sólo me extrañó."

Suena mi teléfono sobre la mesa: "Sí, está todo bien. Hace un rato no pude cogértelo, estaba en el yoga", me justifico automáticamente. "Los teléfonos tienen que estar en silencio, no vi el mensaje." La dejo hablar durante un rato, oyendo la sarta de quejas e instrucciones veladas, hasta que no aguanto más y la interrumpo, furiosa, sintiendo cómo se instala la vieja dinámica: "No creo que eso sea asunto tuyo. Llama a Sophia. Estoy en la librería con Irene, pero ella está arriba con mi padre. ¡Llámala tú! Y de paso dile que no sea maleducada, que ahora solo te hace caso a ti."
Cuando cuelgo, Irene niega con la cabeza, en un gesto de desaliento: "¿Laura?"
"¿Quién si no?", respondo, exhausta.
"Esto no va a acabar nunca. Nunca vas a ser capaz de cerrar esa puerta definitivamente, ¿verdad?"
"No puedo. Está Sophia de por medio, eso nunca va a cambiar."
"Sabes perfectamente que no hablamos de Sophia. Esa pasión tuya por Laura, esa disponibilidad ilimitada... Todo se detiene, nada importa cuando ella aparece, cuando te pide algo."
Recuerdo a Laura tumbada en mi cama, la habitación en penumbra, mi mano en su espalda, la piel caliente, ligeramente sudada, sus dedos entre mis muslos.
"¡Eleonor! ¿Estás aquí? ¿Te habías quedado absorta? Al menos serán buenos pensamientos."
"¿Cómo sabes?", cuestiono sintiéndome enrojecer, atrapada en flagrante.
"¡Porque sonríes!", exclama, sonriendo también.
"¡Tienes razón!"
"¿En qué?"
Nuestras conversaciones siempre fueron así, preguntas que se responden con más preguntas, frases cortas que esconden más de lo que muestran, sabiendo de antemano que la otra va a comprender aquello que no fue dicho. Pienso muchas veces que no podría tener mayor complicidad con Irene, ni aunque fuera mi madre.
"Laura durmió en casa", afirmo, pronunciando las palabras despacio.

Al contrario de lo que cabría esperar, esta vez, Irene no emite ni un solo sonido, no dice nada, no hace preguntas, ni ironiza, se queda en silencio con los ojos fijos en mí.
"No sé qué quieres que te diga. Tal vez me guste, tal vez sea sólo costumbre, dependencia. Es el amor de mi vida", continúo, intentando ocupar el espacio del silencio y, de paso, convencerme a mí misma.
"Te gustaba. Era el amor de tu vida. Pasado. Laura te dejó, y fue clara, no te traicionó, no mintió, quiso tomar un rumbo diferente en la vida y te lo dijo. Lo único que puedes hacer es seguir con la tuya. Acostarte con ella puede ser genial", Irene cruza y descruza las piernas y bebe un sorbo del vaso de agua que ha dejado sobre la mesa. "Voy a reformular la frase", declara con una breve carcajada. "Acostarte con ella es, sin duda, más que genial, extraordinario, pero dura un instante, el tiempo efímero de un orgasmo, y después te deja hecha polvo durante meses, años. Tienes que encontrar a otra persona; puede que no sea el amor de tu vida, pero al menos será tuyo."

**

"Adelante, Celine", afirmo, recorriendo a grandes zancadas los pocos metros que separan mi consulta de la sala de espera. Cuando llego a la puerta, ya ella está de pie. Sostiene en la mano una mochila negra, demasiado llena, y una chaqueta de cuero marcada por el tiempo.
Ella camina frente a mí en dirección al sofá. Siento la garganta seca, y las manos sudorosas. No entiendo lo que despierta en mí. No la conozco, sé muy poco de ella y, sin embargo, hay algo en su melancolía que me atrae, una fuerza que adivino bajo su fragilidad y que la razón no alcanza a explicar.
Nos sentamos las dos, y, esta vez, arranca ella sin necesidad de que la anime.
"La semana pasada no fui capaz de decir nada de lo que había ensayado una y otra vez, but hoy, he decidí que no voy a salir por esa puerta sin haberlo soltado todo."
A pesar del vigor de las palabras, la frase va perdiendo intensidad a medida que ella la pronuncia, y cuando termina se instala un

momento de silencio.
"No tenemos prisa, Celine. Hay cosas que son difíciles de decir, porque nos hacen sentir emociones para las que no estamos preparadas para lidiar." En realidad, podría estar diciéndome estas palabras a mí misma, pienso, y continúo: "Me dijiste que tenías miedo de no volver a ser la persona que fuiste. ¿Qué pasó? ¿Quién era Celine y en quién se ha convertido?"
Le doy tiempo para que organice sus ideas, y tomo algunas notas en el bloc, más para combatir el nerviosismo que, de repente, se ha apoderado de mí, que por tener algo útil que anotar. Quizá podríamos habernos conocido en otro contexto, cavilo, dejándome llevar por la fantasía de rodearla con un abrazo.
"Murió. Yo debería haber previsto que podía pasar. Podría haberlo evitado."
"¿Quién murió?", indago espantada por sus palabras un tanto inconexas.
"Anna."
Sin decir nada más, como si un nombre fuera suficiente para que yo pudiera comprender toda la situación, Celine levanta la mirada, hasta entonces fija en el suelo y, con los ojos anegados en lágrimas, me encara. Siento que me ve más allá de mi apariencia, como si su mirada pudiera alcanzar lo más hondo de mi alma. Tengo, otra vez, las manos sudorosas, y me las seco disimuladamente en los pantalones, dejando el lápiz y el bloc en el brazo del sofá.
"Anna, mi mujer. O mejor dicho, mi exmujer. Murió. Yo no estaba allí. Creí que la separación, el divorcio, lo zanjarían todo, error mío. Pero, la distancia..., la distancia funcionó. Creo que ella nunca supo a dónde me había ido. Cuando finalmente salí de casa, me refugié en la casa de la playa. Estaba a menos de una hora de casa, de nuestra casa, pero creo que ella se convenció de que me había ido a Milán", hace una corta pausa, y continúa: "Todos creyeron que yo había viajado para poder trabajar, para encontrar inspiración. ¡Al diablo con la inspiración! ¡Huí! Huí de ella. Si yo hubiera seguido en nuestra casa, ella nunca habría dejado de insistir."
Su discurso sale a tropezones, y las lágrimas corren ahora libremente, sin que ella haga el menor esfuerzo de su parte para

contenerlas, ni siquiera para limpiarlas. La vulnerabilidad cruda es casi palpable. Le ofrezco un pañuelo y espero pacientemente a que lo coja. Poco a poco, la respiración de Celine parece volver a la normalidad, hago un esfuerzo y trato también de controlar la mía. Mi corazón late desbocado, como si supiera algo que yo desconozco.
"¿De qué huías? ¿Le tenías miedo a Anna?"
"Ella fue la persona que más amé..., y también, la que más odié", responde, volviendo a bajar la cabeza, al mismo tiempo que juega con un botón de la camisa.
"No me has respondido. ¿Le tenías miedo a ella? ¿Por qué se divorciaron?", el movimiento de las manos ha dejado un botón de la camisa desabrochado, exponiendo claramente las clavículas, y la sombra de un sostén negro. Aparto la mirada, y me esfuerzo por enfocarme en su rostro.
"Vine a Barcelona a los 18 años, dejé Bilbao, o mejor dicho, un pueblecito cerca de Bilbao. Nadie quería que yo viniera, pero yo tenía la certeza de que mi sitio era aquí, en la Escuela de Bellas Artes. Estaba en el último año de carrera cuando conocí a Anna. Me enamoré perdidamente, y no fui capaz de ocultarlo. Yo sabía que no debía, pero las ganas pudieron más. Ella era mayor que yo. Abogada, casada y con éxito. Era amiga de una amiga mía, nos conocimos en una fiesta de Nochevieja, y empezamos a quedar. Yo la invité a ver la preparación de mi primera exposición. Ella me descubrió un lado chic de la ciudad que yo desconocía. Durante más de dos años no pasó nada, o mejor dicho, pasó de todo, compartimos proyectos, ideas, sentimientos, hasta el día, en que el deseo venció. Anna se separó, alquiló un piso y, poco después, me mudé con ella. Durante los primeros años todo fue bien, yo gané una beca por mérito y una residencia para poder pintar a tiempo completo. Expuse en Bruselas y luego en París. Anna estuvo a mi lado, aplaudió cada éxito, y me apoyó en cada fracaso, hasta..."
Cuando Celine interrumpe su narrativa me doy cuenta de que estaba conteniendo la respiración, suelto el aire en un suspiro, y trago saliva: "¿Hasta qué?"
"Hasta que gané mi primer premio internacional. Anna cambió, o tal vez cambié yo, y empecé a ver las cosas como eran, como siempre

habían sido."
"¿Cómo es eso?", cuestiono perpleja, sin entender adónde quiere llegar.
"Ella elegía con quién salíamos, a dónde íbamos, qué hacíamos, y..."
Celine vuelve a parar abruptamente lo que está diciendo. De un salto, se pone en pie, haciéndome levantar también.
"Se me ha hecho tarde, ¿no? Seguro que ya ha pasado la hora de nuestra consulta. Seguimos la semana que viene."
Sin darme oportunidad de replicar, agarra torpemente la mochila apoyada en el suelo, se la cuelga del hombro y coge la chaqueta, cruzando la puerta, sin despedirse.
Como si fuera lo más normal del mundo, miro el reloj: han pasado más de cuarenta minutos de la hora a la que debería haber terminado la consulta. Me dejo caer exhausta en el sofá haciendo que el bloc y el lápiz caigan al suelo. ¿Por qué esta mujer tiene este efecto en mí?

**

"Es mucho mejor conversar contigo aquí que en la consulta. No es que la consulta no sea agradable, por cierto tienes que ver cómo está ambientada la consulta del psiquiatra de la película, creo que podríamos cambiar algunas cosas."
Había quedado para cenar con Renata, y, a pesar del cansancio, no tuve valor para cancelar. Sentada frente a mí, ella habla tan rápido que me cuesta seguirla, pero en una cosa tiene razón, es mucho mejor charlar aquí que cuando actuaba su papel de falsa enferma.
"¿De qué te ríes?", me cuestiona, bebiendo un sorbo de vino.
"Estaba pensando en ti en la consulta, o mejor dicho, estaba pensando en Renata Meire."
El teléfono suena sobre la mesa. Ella mira la pantalla, y cuelga, sin descolgar, siguiendo como si nada nos hubiera interrumpido. "Tienes que ayudarme con este personaje. Ella es periodista, estuvo en zona de guerra, y vuelve a casa. No duerme, no come... Dime, ¿qué es lo que no interpreté bien? ¿Qué te hizo sospechar?"
"Ya te lo dije", respondo llevándome a la boca un trozo de carne, y haciendo una pausa para masticar, "Todo demasiado perfecto, síntomas, discurso, tics. Demasiado perfecto."

El teléfono vuelve a sonar, y esta vez, ella coge el móvil, y teclea algo.
"Perdona. Una compañera de la Academia, que no debe de tener nada mejor que hacer por la noche, que darme la lata. Si al menos fuera sólo por la noche...", añade suspirando, y llevando la copa a los labios, apurándola.
"Debe de ser una compañera bastante insistente", bromeo. "Los enfermos no son perfectos, no son claros y transparentes. Porque quien está enfermo, se siente mal, tiene miedo, tiene emociones contradictorias, y eso impide la perfección. Si quieres que la gente crea en tu personaje, ella tiene que ser falsa, incoherente, tal vez incluso mentirosa."
Marcando el ritmo de nuestra conversación, su teléfono vuelve a sonar. Esta vez ella saca la servilleta, apoyada en el regazo, se limpia la boca con demasiada fuerza, y atiende.
"No puedo hablar ahora. Mañana hablamos", declara secamente, colgando enseguida.

CAPÍTULO 8

Contrastes

RENATA

Cuando el teléfono suena en el bolsillo de mi abrigo, caigo en la cuenta de que mis palabras de hace un rato en el restaurante no bastaron. Modero el paso; no debería haber rechazado que Eleonor me llevara, hace un frío que pela. Cojo el móvil y miro el nombre en la pantalla: Martha. Es la cuarta vez que llama. Suspiro, ignorándolo hasta que el sonido cesa. Por desgracia, no pasa ni un instante antes de que vuelva a sonar.

"¿Qué quieres, Martha? Pasa de la medianoche", contesto, con la voz cargada de irritación, pero también con una curiosidad que no puedo disimular.

"Tenemos que hablar". Su voz suena firme, ignorando por completo todo lo que digo. "Tenemos que hablar sobre la obra, no voy a permitir que sigas llevando los ensayos así. La audición es en pocos días, ¿te das cuenta? ¡Claro que te das cuenta! Pero te da igual, ¿verdad? Para ti es solo un juego, una aventura pasajera de la gran directora, pero para mí no; para mí es el trabajo de muchos años. Dentro de unos meses te irás, pase lo que pase, con o sin función, pero yo seguiré aquí. No vas a tirar por tierra mi esfuerzo, no lo permitiré. El teatro es eso: trabajo, esfuerzo, disciplina. ¿Sabes al menos lo que significan estas palabras?"

Martha sigue gritando y no parece tener el menor interés en saber mi opinión. Mi ira se va aplacando poco a poco, dominada por el inesperado ardor de su emoción, presente en cada palabra descontrolada. Es raro oírla así, despojada de su coraza de compostura, y hay algo fascinante en esta crudeza.

"¿Me has llamado a estas horas para quejarte de mis métodos?", pregunto finalmente, en voz baja, casi en un susurro. "¿O simplemente querías oír mi voz?", añado con ironía.

Durante unos segundos, la oigo respirar profundamente antes de que vuelva a hablar: "Te crees muy lista, ¿no?"

"Y lo soy. Soy lista, soy mujer, soy negra, soy lesbiana; a veces hasta genial, según los críticos. ¿Te basta o necesitas algo más para completar la ficha?" Lanzo las palabras como dardos, una defensa automática.
Entro en el portal y decido subir por las escaleras; si cojo el ascensor, se cortará la llamada.
"Necesito que dejes de jugar, que te tomes la obra en serio, que me tomes a mí en serio". El tono de su voz ha bajado, pero la intensidad persiste.
Me paso la lengua por los labios resecos y saco la llave del bolso, sin poder evitar una sonrisa.
"Te tomo muy en serio, mucho más de lo que imaginas".
Se hace de nuevo el silencio. Parada en el descansillo de la escalera, aprieto el teléfono contra la oreja con la esperanza de oír algo más. Giro la llave en la cerradura y entro en casa, dejándome caer en el sofá sin quitarme siquiera el abrigo. La respiración de Martha parece más agitada, más audible, y no resisto la tentación de provocarla: "¿Estás en casa? ¿Estás sola?"
"¿A qué viene esa pregunta?", replica al instante.
"Solo curiosidad. Tu voz suena distinta, más suave, más… más cálida".
"¡Eres insoportable!", grita, y cuelga.
No sé dónde va a acabar este juego, pero de una cosa estoy segura: estamos lejos del final, pienso mientras me tapo con la manta y cierro los ojos.

**

Estos dos últimos días han sido una pesadilla; los ensayos parecen interminables y nada mejora con el paso del tiempo. Martha apenas me dirige la mirada, los alumnos andan despistados; quizá mi estrategia haya sido mala, debería haberla dejado hacer a su manera. Al fin y al cabo, en una cosa tiene toda la razón: dentro de unos meses yo ya no estaré aquí. Pero la idea de ceder, de no luchar por mi visión, me revienta.
Permanezco de pie, con los brazos cruzados y la espalda apoyada en la pared lateral del escenario. Martha saca de quicio a gritos a una pareja que escenifica una discusión que acaba en un beso

apasionado. Nunca he visto nada más torpe, mecánico y falto de vida. Ella, por su parte, intenta en vano corregir las posturas, la velocidad de los movimientos, pero cuanto más interviene, más ridículo resulta todo. Si no fuera trágico, sería cómico, pienso, y se me escapa una carcajada sin querer. De inmediato, todos se giran hacia mí.
"¿Qué pasa, Renata? ¿Tienes algo que añadir?", pregunta Martha, visiblemente irritada. "Más te vale que sea rápido; quizá no hayas mirado el calendario, pero nuestra audición es dentro de tres días. Te das cuenta, ¿no?"
"Lo siento", declaro en un tono falsamente compungido, irguiéndome. "Solo estaba apreciando el método. Continúa, por favor, no te interrumpas por mi culpa".
"No, ahora es tarde, ya hemos interrumpido. Quizá tú puedas hacerlo mejor. Ven, acércate", ordena, haciéndose a un lado cuando me aproximo.
"Discuten, él se aleja y ella lo atrae, dándole un beso apasionado, ¿cierto?", pregunto con fingida inocencia.
Los alumnos intercambian miradas nerviosas y Martha respira hondo: "Sí, eso dice el guion. ¿Vas a querer improvisar?", pregunta con sarcasmo.
"No. Vean cómo se hace ". Sin mediar palabra, doy un paso firme hacia ella, la tomo del brazo y, pillándola totalmente desprevenida, estampo mis labios contra los suyos, colocando la mano libre en su nuca y atrayéndola hacia mí. El beso es intencionado, técnico al principio, una demostración. Pero siento la inesperada suavidad de sus labios, su calor, una leve vacilación antes de una respuesta casi imperceptible.
"Así es como tenéis que hacerlo, ¿entendido?", pregunto, apartándome bruscamente, quizá demasiado rápido, y mirando al público, sin atreverme a mirarla a ella.
Nadie en el escenario se atreve a moverse; creo que ni a respirar, tal es el pasmo. Aunque intento convencerme de que todo no ha sido más que un gesto técnico, una demostración pedagógica, una oleada de deseo me recorre el cuerpo.

"¡Vamos, moveos! No vamos a repetir esta escena, no ahora. Formad parejas, ensayad besos, el movimiento. El gesto de agarrar a alguien de quien estáis enamorados, el poder de un beso". Mi voz suena más alta y autoritaria de lo habitual.
Poco a poco, la sala parece recuperar cierta normalidad y los alumnos van haciendo exactamente lo que les he pedido. Terminamos con la promesa de volver a ensayar mañana esta misma escena; esta vez, quizá, con la emoción necesaria.
Cuando recojo mis cosas, esparcidas por varias sillas de la primera fila del patio de butacas, reparo en el bolso de Martha, apoyado en una de ellas.
"¿Todo bien? ¿Algún problema?", le pregunto cuando se acerca. Desde la escena del beso, no ha vuelto a articular palabra.
"Ninguno. Pero me gustaría que no usaras los ensayos como excusa para tus bromas de mal gusto".
Avanzo un paso hacia ella; estamos tan cerca que percibo el discreto aroma de su perfume. Le pongo la mano en el brazo y la miro a los ojos: "¿Y si te digo que no ha sido una broma?" La pregunta se me escapa, más sincera de lo que me gustaría.
Ella me planta cara, pero no dice nada. Se da la vuelta y coge el bolso: "Buenas noches, Renata".
Miro el armario y, justo después, el montón de ropa que descansa sobre mi cama. Sé perfectamente que es solo una celebración en la Escuela, pero no consigo decidirme.
Cuando llegó la noticia, ni me lo quería creer. ¡Nos han seleccionado! La directora me ha llamado esta mañana para darme la noticia; después de la actuación de anoche, confieso que pensé que no lo íbamos a lograr. ¡Fantástico! ¿Un triunfo de "mi" método? ¿O a pesar de él?
El comedor ha sido completamente transformado, está irreconocible. Una mesa lateral cubierta con todo tipo de viandas y bebidas; en una de las esquinas, una mesa de mezclas improvisada y varios altavoces repartidos por la sala la inundan con una música alta y vibrante que se mezcla con el murmullo de las conversaciones y las risas.

Cojo una copa de vino blanco y me recuesto en la pared, observando. Los alumnos parecen críos, saltando, riendo a carcajadas, viviendo la adrenalina propia de la mezcla de sensaciones: el escenario, el miedo, la victoria. Entre ellos, varios profesores se felicitan con entusiasmo. Sonrío, contagiada por el ambiente. De repente, siento que se me tensa la mandíbula cuando, en el otro extremo de la sala, diviso a Martha. No parece ella: lleva un vestido ajustado, largo, de color oscuro —quizá azul marino—, el pelo recogido y un chal azul claro sobre los hombros que realza su cuello. Conversa con nuestra directora, bebiendo algo que no logro distinguir, ni siquiera cuando alzan las copas y brindan.
"Menuda cara traes…, ¿ha pasado algo?", pregunta uno de los compañeros de iluminación al acercarse.
"Observando la escena", respondo.
"O analizando a Martha", me provoca, lanzando una mirada cómplice en su dirección.
Niego con la cabeza, pero no puedo evitar una sonrisa.
"Está distinta hoy, ¿verdad?", me aventuro, sin apartar la mirada de ella.
No es solo por el vestido o por estar bebiendo con ese aire displicente; es por cómo se mueve, parece más suelta, más accesible. Menos… Martha.
Él gira la cabeza y esta vez me clava los ojos: "Cuidado, Renata, ese es terreno pantanoso".
" No te pases, solo estoy comentando ".
"Claro, solo comentando. Como el beso…, solo ensayando".
"¡Anda ya! ¡Estás diciendo un montón de chorradas!"
"Vale, vale", responde, levantando las manos en señal de rendición. "Es divertido observaros, es como juntar fuego y hielo y esperar a ver…"
"¿Y yo soy el fuego o el hielo?", interrumpo.
"Depende del día…"
Antes de que pueda terminar la frase, la voz de Martha suena tras él: "Querida profesora, ¿no brindas con nosotros? Esconderte de la

fiesta no parece propio de ti", declara con sarcasmo, levantando la copa.
Él me mira, frunciendo el ceño, con una mirada que, sin palabras, dice: "Te lo advertí", y aprovecha para escabullirse de inmediato, entablando conversación con otro compañero.
"¿Es un desafío?", pregunto, inclinando mi copa hacia la suya.
Antes de permitir que las copas se toquen, Martha entrecierra los ojos como si quisiera escrutarme, y luego completa el movimiento, dejando que tintineen los cristales.
"Los desafíos son tu especialidad, ¿verdad?", ironiza, llevándose la copa a los labios y apurándola de un trago.
"Me gusta tantear los límites".
"Ya me he dado cuenta", masculla entre dientes, en un tono casi imperceptible.
Me permito observarla de cerca; no hay duda de que algo es distinto, como si hoy se permitiera algo que normalmente se prohíbe.
"¿Crees que hemos ganado por ser clásicos o por arriesgar?", pregunto, deslizando el dedo por el borde de la copa.
"¿Arriesgamos tanto?", replica al instante.
"Más de lo que tú querrías".
Ella ríe, mostrando una hilera de dientes blancos. Es raro verla sonreír así. "Nunca te das por vencida, ¿verdad?"
"No suelo, pero siempre puedes intentar hacerme cambiar de opinión". La provocación es casi una invitación.
Ella se inclina hacia mí; su perfume se mezcla con el aroma del vino, haciéndome estremecer. Bajando el tono de voz, susurra con una cadencia inesperadamente sensual, y esta vez teniendo la certeza de que voy a oírla: "Si fuera para hacerte cambiar de opinión, Renata, no sería con palabras".
No podría haber anticipado el poder de esa frase; en un instante, el corazón se me dispara y me tiemblan los músculos de las piernas. Haciendo un esfuerzo supremo, mantengo la expresión impasible.
"Fascinante, quizá quieras intentarlo".
"Quizá", dice, acercándose a la mesa que tenemos al lado y volviendo con una copa llena.

"¿Quizá?", repito sonriendo. "A ver hasta dónde nos lleva esto".
"Quizá cuando dejes de jugar con fuego".
"O quizá cuando dejes de fingir que te da miedo quemarte".
Ella detiene la copa en el aire, a medio camino de los labios, y deja que se cree un momento de tensión antes de dar un largo trago, como si hubiera decidido ignorar mis palabras.
"Deberías ir a por más vino, o quizá algo más fuerte", articula, arqueando una ceja en un gesto premeditado. "Siempre pensé que eras de las que se cansan rápido de los juegos". Prosigue, sin mirarme directamente.
"Depende del contrincante", respondo, volviendo a recostarme en la pared.
"¿Y yo? ¿Soy una contrincante a la altura?" Más que una pregunta, la frase suena a confirmación.
"Eres un caso curioso, Martha. Te pasas la vida dictando reglas, but hoy parece que se te ha olvidado el manual de instrucciones".
Ella vuelve a arquear la ceja, en una mezcla de diversión y desafío.
"Quizá he decidido improvisar".
Suelto una carcajada: "Vaya, vaya… La señora ‘disciplina y método’ hablando de improvisación. ¿Quién lo diría?"
Martha niega con la cabeza y deja la copa vacía. Observo cómo sus dedos se deslizan por el cristal, un gesto inconsciente pero que parece cargado de indecisión.
La música cambia de ritmo; en el centro de la sala se baila con animación, una mezcla de alumnos y profesores. El compañero con el que había estado charlando antes de su llegada reaparece a mi lado y me tira del brazo.
"¡Deja de acosar a Martha y ven a bailar!", dice riendo.
"Primero, no la estoy acosando", replico. "Segundo, estás dando por hecho que sé bailar".
Él me lanza una mirada escéptica: "Eres profesora de teatro. Tienes que saber bailar".
Pongo los ojos en blanco pero, antes de que pueda responder, la voz de Martha interrumpe:
"A Renata le van más los bailes mentales".

Me giro y me encojo de hombros. "Y tú prefieres quedarte siempre fuera de la pista". Sin volver a mirarla, me dejo arrastrar hasta el centro de la pista y me dejo llevar por el sonido de la música. Adoro bailar y, en poco tiempo, sigo el ritmo, olvidándome del compañero que me ha traído hasta aquí.
Exhausta, me siento en una de las sillas libres y aprovecho para beber, esta vez, solo agua. Algunas de las alumnas que forman parte del elenco de la obra se sientan también y nos ponemos a debatir los próximos pasos; al fin y al cabo, la siguiente audición es dentro de poco.
Cuando la directora se acerca, me doy cuenta en seguida de a qué viene.
"Renata", dice, tirando ligeramente de mí hacia un lado. "Necesito un favor".
Suspiro incluso antes de oír la petición.
"Déjame adivinar…"
Ella sonríe.
"Martha ha bebido, claramente, más de la cuenta. Y yo tengo que irme a casa. Me preocupa dejarla sola, ¿puedes llevarla?"
Miro a Martha, que está apoyada en una mesa, escuchando con atención cómo uno de nuestros alumnos le cuenta algo con demasiado entusiasmo. Tiene un brillo distinto en la mirada, y no estoy segura de que sea solo por efecto del alcohol.
"¿En serio? ¿Yo?"
La directora suspira. "Por favor. Id en taxi. Asegúrate de que entra en casa, se acuesta y está a salvo. Luego coges otro taxi para tu casa. Invita la Escuela".
Me paso la mano por la cara y asiento, capitulando.

**

El taxi se detiene frente al portal de Martha y respiro hondo, preparándome para la tarea de acompañarla hasta su casa. Durante el trayecto, se ha mantenido callada, dejando escapar solo algún que otro comentario mordaz, la mayoría sobre la fiesta, sobre cómo "no suele beber tanto" y cómo "lo de esta noche es una excepción".
Cuando bajamos del coche, ella vacila un instante antes de dar el primer paso. En un acto reflejo, la sujeto del brazo.

"Estoy bien", murmura, pero no aparta mi mano. Siento su piel caliente bajo la tela del vestido.
El ascensor tarda en llegar; mientras esperamos, ella se apoya en la pared, cerrando los ojos. Hay un rictus de tensión en su rostro, no sé si debido al cansancio o a alguna otra cosa.
"¿Te arrepientes?", pregunto de repente.
Ella entreabre los ojos, claramente desconcertada por la pregunta.
"¿De qué?"
Me encojo de hombros. "De haber bebido tanto. De haberme estado desafiando toda la noche. De… qué sé yo, de haber improvisado".
Ella suelta un suspiro y me dedica esa mirada que usa cuando parece sopesar cada palabra antes de pronunciarla. "No es cuestión de arrepentimiento. Es que… no estoy acostumbrada".
Antes de que pueda preguntar "¿acostumbrada a qué?", la puerta del ascensor se abre, interrumpiendo la conversación.
Cuando llegamos a su piso, abre la puerta y entra en silencio delante de mí, encendiendo solo una lámpara de pie. El ambiente es ordenado y minimalista, pero hay detalles humanos que me hacen sonreír: un libro olvidado en el brazo del sofá, una chaqueta dejada descuidadamente sobre una silla, una taza solitaria en la mesa, una fotografía de ella con un chico cuyo rostro me resulta familiar.
"Misión cumplida", digo, cruzándome de brazos. "Ahora, a beber agua, y después a la cama a dormir".
Ella se vuelve hacia mí e inclina la cabeza ligeramente. "¡Siempre estás dando órdenes!" Hay un deje de humor en su voz.
"Se llama sentido común. Pero, si quieres, puedes ignorarme y despertarte mañana con una resaca de caballo".
Se dirige hacia la puerta que imagino que da a la cocina y desaparece un instante. Vuelvo a mirar a mi alrededor; la casa huele a su perfume mezclado con aroma a café. La luz tenue le da un aire inesperadamente acogedor.
Oigo sus pasos de vuelta y me subo la cremallera de la chaqueta, disponiéndome a marchar.
"Ya he hecho mi buena acción de la noche. Ahora, si me disculpas…"
Avanzo hacia la puerta y pongo la mano en el picaporte. A mis espaldas oigo pasos rápidos y decididos.

"Renata".
Me vuelvo y, antes de que me dé tiempo a abrir la puerta, sus dedos aferran mi mano, tirando de mí hacia atrás. El movimiento es súbito, pero no brusco y, al instante siguiente, su boca está pegada a la mía.
La sorpresa dura solo un instante. Lo suficiente para sentir el calor de su cuerpo, la vacilación, una fracción de segundo antes de que el beso se vuelva más profundo. El olor a alcohol se percibe, pero quiero creer que no se trata solo de eso.
"Martha…", murmuro contra su boca, pero no termino la frase.
Instintivamente, le pongo las manos en los hombros, sintiendo la tensión de sus músculos bajo la fina tela; no sé si para apartarla o para atraerla más. Quizá ambas cosas.

CAPÍTULO 9

Después del beso

MARTHA

La puerta se cierra con un clic seco. El silencio se adueña del apartamento, súbito y pesado, apenas perturbado por el eco apagado de la música que aún resuena en mi cabeza. Mi pecho sube y baja a un ritmo descompasado. ¿Qué demonios he hecho?

Corro hacia el dormitorio, tropezando con mis propios pies, y me dejo caer en la cama sin encender la luz. La oscuridad parece más segura, como si pudiera borrar el sabor de sus labios de los míos, el calor de su piel contra la mía.

La besé, sentí su cuerpo y, por un momento… por un momento, no existía nada más. ¿Y si no nos hubiéramos detenido? ¿Si ella no me hubiera preguntado si estaba bien? ¿Hasta dónde habría llegado?

El pensamiento surge nítido, un torrente de imágenes indeseadas y vívidas: mis dedos en la curva de su nuca, descendiendo lentamente por su brazo, explorando el contorno de su blusa de seda, desabrochando los botones uno a uno. El roce de su piel suave y cálida, mi boca en sus hombros, la blusa caída en el suelo. La respiración agitada, jadeante, el sabor dulce de su lengua, mis labios sobre la fina tela del sujetador, la piel erizada de su vientre. Sus manos atrapadas en las mías, y luego su tacto entre mis muslos.

Detengo la fantasía bruscamente, con el cuerpo temblando. ¿Qué he hecho? ¿Qué he estado a punto de hacer?, pienso, abriendo los ojos de golpe en la oscuridad y escondiendo el rostro entre las manos frías y temblorosas.

Una oleada de culpa me hiela el pecho, aplastando cualquier resquicio de deseo. He perdido el control. Yo, que siempre supe exactamente dónde trazar los límites, dónde poner las reglas. Y ella, ella debe de haber leído cada vacilación en mi rostro, debe de haber sentido mi cuerpo reaccionar antes de que yo hubiera podido poner punto final. Necesito borrar esta noche antes de que se convierta en algo más. Antes de que sea imposible de ignorar.

**

Sentada en la mesa del rincón, lo más lejos posible de la puerta y de miradas indiscretas, observo el capuchino humeante sobre la mesa, sin fuerzas siquiera para moverlo, y menos aún para llevarme la taza a la boca. Siento un nudo en el estómago y opresión en el pecho. Después de una noche dando vueltas en la cama, aún no eran las siete cuando le envié el mensaje a Celine, pidiéndole que se reuniera conmigo aquí.

Por la cristalera, al otro lado de la sala, la veo cruzar la calle con su paso amplio, gabardina beis, vaqueros y botas, y el pelo ondeando alborotado por el viento.

"¡Martha!", su voz irrumpe con entusiasmo. "¡Dios mío, lo conseguisteis! ¡Enhorabuena!"

Me levanto para saludarla, un beso rápido y un abrazo firme.

"Lo sé… ¿quién lo diría?", sonrío, intentando relajar la tensión del rostro, forzando una normalidad que no siento.

Cuando nos sentamos, ella pide un café y un cruasán, como de costumbre.

"Y bien, ¡cuéntamelo todo! ¿Estuvo bien la fiesta? Traes mala cara", concluye, mirándome como si por fin reparara en mí.

Bajo la mirada y la fijo en la taza. "Fue… fue una noche animada. Estaban muy entusiasmados, y yo… yo bebí demasiado." La excusa fácil.

Ella arruga la nariz, en una expresión muy suya.

La camarera se acerca, dejando sobre la mesa el café y el cruasán. En ese mismo instante, me mira a mí y a la taza de capuchino intacta. "¿Todo bien?", me pregunta.

"Está perfecto. Me he despertado con dolor de cabeza, nada especial", me apresuro a decir, disculpándome.

"Martha, ¿qué pasa?" Celine me conoce demasiado bien como para contentarse con esa respuesta.

Respiro hondo e intento ordenar mis pensamientos caóticos antes de soltar finalmente: "La besé."

Por un momento, ella no reacciona. Luego, deja la taza despacio. "¿A quién besaste?", pregunta con voz calmada, pero con los ojos muy abiertos.

"Besé a Renata", digo lentamente. Decirlo en voz alta lo vuelve todo aún más real, más confuso.
"Oh…"
Celine se calla, como si estuviera procesándolo. Luego, me mira, esperando más.
"Fue… raro", continúo, en un tono más firme. "Me acompañó a casa porque había bebido demasiado. Estaba a punto de irse y… y yo tiré de ella. Y la besé. Fui yo, no fue ella", insisto.
Celine se inclina ligeramente hacia mí: "¿Y solo fue eso?"
Trago saliva. "¡¿Cómo que solo eso?!", exclamo irritada.
"Un beso es solo un beso." La ligereza en la voz de Celine me irrita.
"¡No, no lo es!", casi grito, sintiendo cómo mi cuerpo protesta con el recuerdo de la sensación. ¿Cómo puede no entender la gravedad de la situación? Un beso es mucho más que un beso.
Ella me observa con atención. Sé que está sopesando las palabras antes de hablar, pero acabo siendo yo quien prosigue: "Quería más. Lo sentí. Todo mi cuerpo lo sintió. Sé que no debía. Pero después… después, no podía parar."
"Bueno", dice Celine con una sonrisa, "quien te conoce sabe que, cuando tú decides algo, es difícil hacerte cambiar de idea."
Esta vez, yo también esbozo una sonrisa. Tiene razón. Suelo ser terca, controladora, y siempre he sido así, pero ahora… "Estuve casada, Celine, soy madre", afirmo de forma incoherente, intentando, sin conseguirlo, evitar las dudas que me asaltan. "Mi vida siempre se ha guiado por un camino… un camino de fe. ¡Esto no encaja!"
Celine se reclina en la silla y se cruza de brazos.
"¿Recuerdas cuando un día me hablaste de tu matrimonio con Thomas? ¿De cómo nunca te habías sentido verdaderamente feliz? ¿De cómo te sentías atrapada en una caja que no te servía? 'Hice lo que tenía que hacer', fueron tus palabras. Controlaste la situación, pero tal vez solo fuera eso: lo que creías que tenía que ser, y no lo que querías que fuese."
Siento un dolor en el pecho, pero no quiero dejar que la tristeza venza. "Sí. Y yo siempre acepté eso." Desvío la mirada. Una corriente de aire fresco entra por la puerta, haciéndome subir la

cremallera del abrigo. "No puedo simplemente cambiar aquello en lo que siempre he creído."
"Creíste en un matrimonio para toda la vida y te divorciaste", replica, sabiendo que entra en terreno peligroso.
"No fue decisión mía. Nunca lo habría sido."
Ella asiente, suavizando un poco la expresión del rostro.
"No puedo quedar con ella. No puedo simplemente volver allí y seguir ensayando como si nada hubiera pasado, no puedo", declaro, trayendo de nuevo la conversación al tema: Renata.
"Cierto, creo que tienes razón. Necesitas apartarte un tiempo. Vete a la casa de la playa. Di que estás enferma; en parte es verdad. La casa está impecable, yo estuve allí hace dos semanas. Solo tienes que llevar comida, y puedes instalarte allí el tiempo que quieras."
Ella posa la mano sobre mi brazo y sonríe con esa sonrisa comprensiva que tantas veces he visto en su rostro. Por un momento, me transporto a una época en que ella era solo la mujer de Anna, y yo, la esposa de Thomas. Ambos, abogados brillantes, meticulosos y controladores.
"¿Recuerdas la primera vez que fueron allí a cenar?", pregunto, sabiendo de antemano que ella sabe a qué me refiero. "Aún me asombra la forma en que Thomas y Anna se relacionaban."
Celine intenta sonreír, pero la sonrisa no le llega a los ojos: "Él la veía como a un igual, creo que muchas veces se olvidaba de que era una mujer. Solo era alguien tan bueno como él, y por eso la admiraba."
"Siempre supimos cómo eran ellos", intervengo.
"Peor aún, siempre lo consideramos normal."
Sí, normal, pienso. Thomas se empeñaba en recordarme lo afortunada que era por estar a su lado. Al mismo tiempo que, siempre que podía, acentuaba mi falta de espontaneidad, mi falta de pasión. "Durante años acepté sus infidelidades, como si fueran inevitables."
Celine aprieta los labios, formando una línea fina. "Anna no era infiel…", afirma, mirándome con una expresión cargada. "Sé bien lo que Thomas te hizo, la forma en que intentó manipular a Mark. Sé

que eso aún te atormenta. Pero la verdad es que tu hijo se puso de tu lado y tú seguiste con tu vida."
"Mark… ¿Cómo puedo explicarle que, después de todo, estoy aquí pensando en alguien como Renata?" Cierro los ojos, intentando recuperar algo de calma, pero las imágenes me invaden. "Yo no soy esa mujer, Celine. Tengo mis principios. No soy una mujer que… que se permite sentir estas cosas. No puedo serlo."

**

Esta casa es tan pequeña como acogedora; parece realmente sacada de un cuento de hadas. El olor a mar y a madera vieja me calma momentáneamente. No es difícil entender por qué a Celine le gusta tanto estar aquí, pienso mientras subo las escaleras de la sala al altillo. Allá arriba, un colchón grande y un armario empotrado en la pared ocupan el espacio. Me quito los zapatos y me tumbo sobre el suave edredón. Cojo el teléfono y llamo a Celine.
"¿Cómo estás?", pregunta en un tono falsamente despreocupado, contestando de inmediato.
"Bien… bien dentro de lo que cabe", corrijo. "El mar está tranquilo, precioso. Ya me había olvidado de lo mágico que es todo esto", digo, mientras miro por la pequeña ventana sobre mi cabeza. "Pasé por el supermercado del pueblo y compré comida para varias semanas."
Al otro lado suena una carcajada. "¿Vas a tener visitas o piensas mudarte allí?"
"Ni una cosa ni la otra, quiero ir sobre seguro."
"¡Claro, o no serías tú!"
"Hablando de visitas, podrías venir el fin de semana."
"Tal vez. Mañana tengo consulta…"
"Perdona, ni siquiera te he preguntado, ¿cómo fue la semana pasada? Al menos aún no has desistido, eso es bueno. Ya me cae bien esa doctora."
"Eleonor es buena. Es genial. Pero hay cosas que son difíciles. Quiero hablar, pero no encuentro las palabras. Ella murió, y yo no estaba presente."
"No podrías haber hecho nada", digo intuitivamente.
"Estaba enferma, y yo lo sabía."

"¿Cómo que estaba enferma?" Es la primera vez que oigo a Celine decir que Anna estaba enferma.
"Tenía una malformación cardíaca; podría no haber pasado nunca nada, pero existía el riesgo de una arritmia, y eso podía ser fatal."
Es la primera vez que oigo hablar de esta historia. En mi cabeza, siempre asumí que Anna se había suicidado. La palabra nunca se pronunció, Celine nunca quiso hablar sobre lo que pasó, pero Anna fue encontrada muerta en casa, sola, con un frasco de pastillas al lado. ¿Una enfermedad cardíaca? Eso lo cambia todo… ¿o nada?
"Estábais separadas, tú llevabas meses fuera de casa. No sabes lo que pasó, pero yo sé que no podrías haber hecho nada para evitar su muerte."
"Basta de hablar de mí", declara de forma autoritaria. "Usa el piano que está en la sala, necesita que alguien toque algo en condiciones."
"No he traído la esterilla", constato.
"¡Pues sí! Vas a faltar a las clases de yoga, aún no había pensado en eso", me responde con una carcajada, como si el tema no fuera realmente importante.

CAPÍTULO 10

Pánico

ELEONOR

Dejo la esterilla en el suelo, hoy hay poca gente hoy en el estudio, y busco a Martha con la mirada, qué raro, no está. A lo mejor solo llega tarde. Irene me comentó que dos días después de que hubiéramos estado en la librería, Martha volvió allí sola. Según entendí, estuvieron charlando un buen rato.

Cuando termina la clase estoy exhausta, pero me siento mucho más ligera, quizás esto del yoga no esté tan mal como pensaba. ¿Será que Martha está enferma? No me la imagino faltar sin una razón de peso.

**

Entro en casa y cierro la puerta despacio, dejando el bolso y el abrigo en la entrada. El apartamento está oscuro y silencioso, avanzo hasta la cocina dispuesta a comer algo. Abro la nevera y me encuentro con una botella de vino a medias, descarto lo de comer y me sirvo una generosa cantidad en una copa. En cuanto me instalo en el sofá, suena un mensaje, y enseguida otro.

El primero es de Sophia: "Llegaré más tarde", sin disculpas ni explicaciones, como ya es habitual.

El otro es de Laura, y dice simplemente "Me paso más tarde". No es una pregunta, es un anuncio, de quien no admite que la respuesta pueda ser otra que no sea 'sí', como si aún estuviéramos casadas, como si no hubiera sido ella quien salió por esa puerta sin mirar atrás, buscando algo que yo, aparentemente, no podía darle.

Dejo los mensajes sin responder y apoyo la cabeza en el sofá, cerrando los ojos. Sé exactamente cómo acabará esta noche si no me controlo. Sé cómo juega Laura, sabe exactamente dónde tocar, dónde besar, cómo mirarme para hacerme olvidar todo lo que detesto de ella. Y la forma en que cedo, en que me dejo llevar por esa familiaridad tóxica. Y lo peor es que funciona. Casi siempre.

*

La llave gira en la cerradura demasiado bruscamente, anticipando la entrada de Sophia, que suelta la mochila en el suelo de cualquier manera.
"Vaya, buenas noches para ti también", comento sin moverme del sofá.
"Ni empieces, mamá, estoy reventada."
Levanto la cabeza, apoyándome en el codo, y miro en su dirección: "Sí, veo que tuviste un día difícil. Tal vez fumar no sea la mejor opción", afirmo irritada por el olor acre que impregna la sala.
Ella avanza unos pasos hacia mí y me mira con descaro: "¿Ahora también me espías?"
"Pero bueno, Sophia, ¿te crees muy discreta?"
Cruza los brazos, de pie en medio de la sala, lista para saltar. En momentos como este, se parece tanto a Laura que llega a ser doloroso.
"Mira, solo quiero ducharme y dormir, ¿vale? Ya sé que vas a decir que estoy evitando la conversación y bla, bla, bla, pero, en serio, hoy no estoy para sermones."
Suspiro y le doy un largo sorbo al vino antes de decir algo: "Si solo fuera hoy..."
Ella traga saliva y susurra: "Siempre con el mismo drama".
Antes de que pueda responder, se da la vuelta y desaparece por el pasillo, cerrando la puerta de su cuarto de un portazo.
Me paso la mano por el cabello y suspiro profundamente. Cojo el teléfono, busco el mensaje de Laura y respondo "No vengas. Me voy a dormir". Casi de inmediato suena el teléfono una, dos, tres veces, y luego el bip de otro mensaje. Esta vez no lo leo. Llevo la copa a los labios y pienso en Celine.
La mirada, la forma en que se sienta en el sofá frente a mí, las piernas cruzadas, los dedos jugueteando distraidamente con los botones de la camisa. El modo en que me mira, como si quisiera decirlo todo y, al mismo tiempo, no decir nada.
Visualizo su boca, los labios entreabiertos, y muerdo mi propio labio. Esto está muy mal. Tan mal. Y tan... perturbador.
Me levanto del sofá, hace rato que descarté cenar. Paso por la puerta del cuarto de Sophia y la oigo hablar animadamente por

teléfono con alguien. Entro al baño de mi habitación y me doy una ducha prolongada, intentando no pensar en nada, menuda tarea.
Me acuesto en la cama con el pelo húmedo y siento el olor del champú mezclarse con el aroma del vino que aún saboreo en la boca. Paso la mano por la sábana fría a mi lado y cierro los ojos.
Laura ya estaría aquí si no le hubiera enviado el mensaje. Entraría sin llamar, dejaría el abrigo en el sofá y, con una sonrisa cargada de promesas, diría algo casual, algo que solo ella podría decir. La camisa desabrochada, las manos buscando mi cuerpo, sin darme tiempo a decir que no. La verdad es que nunca lo digo. Antes de que pudiera decidir si la echaba o no, ya tendría los labios pegados a los míos. Y yo me entregaría, como siempre he hecho. Dejaría que ella dirigiera, porque, por más que la odie a veces, hay algo adictivo en la forma en que me toca, cómo me deshace y me rehace.
Me revuelvo en la cama, impaciente. Mi mente está demasiado activa como para conciliar el sueño.
Cierro los ojos con fuerza, pienso en ella, Laura, en su cuerpo desnudo, en sus manos entre mis piernas. Imagino su cuerpo contra el mío, la forma en que me toca, sabiendo exactamente dónde, dónde apretar, dónde tirar. Sin dudar nunca, sabiendo de antemano que jamás le negaría nada, actuando como si me conociera mejor que yo misma. Sabe que cualquier resistencia por mi parte dura solo lo justo para sentir que tengo un mínimo de control, antes de rendirme por completo.
Pero hoy, a diferencia de tantas otras noches, el recuerdo de Laura no es suficiente para calmarme. Su imagen se mezcla con otra. Celine. Una mirada triste, una fragilidad inesperada, una atracción que me da miedo.
Frustrada, me levanto y voy descalza hasta la cocina. Apoyo la oreja en la puerta del cuarto de Sophia, no se oye nada, sin hacer ruido, giro el pomo y abro solo lo suficiente para echar un vistazo. Totalmente destapada, con el edredón caído a un lado de la cama, duerme plácidamente. En estos momentos aún es una niña, pienso sonriendo, y entro en el cuarto para apagar la luz de la mesita de noche que dejó encendida.

La consulta me parece demasiado caldeada, sofocante, pero debo de ser yo, que no estoy bien. Anoche terminé por quedarme dormida, no con la imagen de Laura, con el sabor de su boca, sino con la imaginación desatada. Soñé con Celine, y desperté sobresaltada, con el corazón acelerado y la piel erizada. No sé cómo voy a reaccionar cuando la vea entrar por esa puerta. Cómo voy a mantener la compostura cuando cada célula de mi cuerpo parece estar en estado de alerta.
Ella entra sin prisa, dejando que la mochila se deslice al suelo. Noto que tiene salpicaduras de pintura seca, azul cobalto, en el cuero de su chaqueta.
Se sienta, cruza las piernas, un gesto calculado o inconsciente, es difícil de decir. Para mí, en este momento, todo en ella parece cargado de significado.
El cabello suelto le cae sobre los hombros, y ella lo acomoda con un movimiento rápido.
"Buenas tardes".
La voz tiene una melancolía que no encaja con la sonrisa que esboza. Sé que si pregunto cómo está, va a evitar la pregunta. Por eso, en lugar de eso, opto por cuestionar: "¿Dormiste?"
La sonrisa se esfuma: "Lo he intentado".
"¿Y lo conseguiste?"
"Lo suficiente para no desplomarme en plena calle".
Cruzo las piernas y me aliso la falda.
"Considero que es un progreso".
Esta vez reacciona a la provocación, niega con la cabeza y, con un brillo irónico en los ojos, declara: "Es gracioso cómo los psiquiatras siempre consiguen encontrar progresos donde no hay nada".
"Quizá puedas intentar hacer lo mismo", afirmo, pasándome la mano por la barbilla.
Ella no responde, me mira por un instante, como si quisiera ver más allá de la superficie, como si supiera de mi noche en vela, y luego desvía la mirada, fijándola en algún punto detrás de mí.
"Hubo un tiempo en que yo creía que Anna era perfecta", dispara, sin más.
Dejo el lápiz y el bloc, y clavo mis ojos en ella: "¿Un tiempo?"

Ella suelta el aire por la nariz.
"Sí. Antes de darme cuenta de que nadie es perfecto".
Aprieto la tela de la falda discretamente con los dedos, percibiendo que se me acelera el corazón. "¿Qué te hizo darte cuenta de eso?"
"El amor debería traer una advertencia de riesgo - 'Puede contener dosis inesperadas de realidad'".
No me río, ni desvío la mirada. "¿Qué encontraste en la realidad?"
Celine entrelaza los dedos distraída.
"Anna era brillante, intensa, y yo le gustaba. De verdad le gustaba. Pero eso... tenía un precio.
"¿Qué precio?"
Ella levanta los ojos y tiene una mirada que nunca le había visto.
"Celos".
La palabra queda suspendida entre nosotras durante algunos momentos. Mi cuerpo reacciona como no debería, y me cuesta mantenerme lo suficientemente enfocada para seguir llevando la conversación. Siento que mi respiración se acelera. Quiero que hable sobre Anna, pero temo lo que voy a oír y, sobre todo, lo que voy a sentir.
"¿Era posesiva?"
Sin dudar, responde simplemente: "En todo".
Sé a qué se refiere. Lo sé, porque ya anticipaba la respuesta, lo sé por su tono de voz, por la forma en que su respiración se altera, aunque sea de forma casi imperceptible.
"¿Eso te molestaba?"
Celine se inclina ligeramente hacia adelante, entrelazando otra vez los dedos, y yo sigo el movimiento involuntariamente.
"Al principio, no. Al principio era... excitante.
Un escalofrío recorre mi cuerpo. Siento mis mejillas enrojecer y solo espero que no lo note. ¿Acaso percibe mi incomodidad? ¿Lo provoca adrede?
"Era excitante", repite, bajando la voz. "Hay algo adictivo en ser deseada de esa manera".
Trago saliva, pero no desvío los ojos. "¿Adictivo?"
"Cuando alguien quiere poseerte por entero. Cuando no acepta menos que todo".

El aire en la consulta parece haberse vuelto más denso, intento respirar hondo lentamente.
"¿Y a ti te gustaba?"
Celine no responde de inmediato, baja los ojos y coloca las manos sobre las rodillas, luego levanta la cabeza y me encara con un brillo desafiante en la mirada: "Me gustaba. Me gustaba el modo en que me poseía, entera, sin pedir permiso. El modo en que me hacía sentir el más profundo de los placeres. Es verdad. Me gustaba. Era como si no hubiera ninguna otra opción, como si no hubiera nada más en el mundo que fuera comparable".
Cruzo las piernas con fuerza, una contra la otra, intentando evitar lo que estoy sintiendo. Siento cómo me laten los músculos y se me acelera la respiración.
"¿Estás bien?", pregunta, dando a entender que ha notado algo.
Asiento con la cabeza, rogando para que la voz no me traicione, y parece que cuela. Por un momento me cuestiono si ella no estará disfrutando de todo esto. Pero inmediatamente vuelvo a concentrarme en sus palabras.
"Durante mucho tiempo creí que era pasión. Ella era una mujer fuera de lo común, exigente, intensa, consigo misma y con el resto. Me ayudó a tener confianza, a ser mejor. A ella le debo muchos de mis mejores cuadros. Pero, con el tiempo..."
Su expresión cambia, y la sonrisa se desvanece: "Con el tiempo, me di cuenta de que no era solo deseo, era control".
Por fin logro recuperar el ritmo de mi respiración, y la atmósfera de la consulta parece más respirable.
"Gané mi primer premio internacional. Una ceremonia en Milán en uno de los museos más importantes de la ciudad. Anna vio a una mujer conversando conmigo. Pensó que yo le estaba prestando demasiada atención. En realidad, yo solo la estaba escuchando, but Anna interpretó la situación de otra manera. Odiaba que yo hablara con otras personas, que les prestara atención. Ella era el centro, y dejaba bien claro que tenía que ser así".
Imagino el poder de control de Anna, la forma en que se imponía, y cómo eso, al mismo tiempo, excitaba y sofocaba a Celine.

"Esa noche fue el principio del fin", la voz de Celine interrumpe mis pensamientos, "Yo era de su propiedad, y, en el fondo, yo dejaba que fuera así. Yo quería... Yo quería que fuera así. Pero esa noche, algo cambió. La forma en que reaccionó me afectó de una manera que no entendí en ese momento".
La voz de Celine es suave, pero firme, como si por primera vez se estuviera permitiendo sentir cosas que intentaba reprimir.
"¿Y qué pasó después?", pregunto, completamente absorta en su relato.
"Después...", suelta una risa seca, sin alegría. "Esa noche, nos quedamos en nuestra habitación, en silencio. Yo no sabía qué decir, no sabía cómo lidiar con aquello. Ella estaba furiosa, tanto que ni siquiera era capaz de dirigirme la mirada. Yo tenía miedo, pero al mismo tiempo, había algo en mí que deseaba ese control. Y me odiaba por eso. Odiaba en lo que me convertía en esa relación."
Celine desvía la mirada por primera vez desde que empezó a hablar, y se pasa la lengua por los labios, llevándome a hacer lo mismo involuntariamente.
"Empezamos a discutir, ella comenzó a alejarse, y yo a refugiarme en el trabajo, sin por ello, producir nada que mereciera la pena. Un día tuvimos una discusión. Grande. Yo quería ir a Milán unos días, sola..., a ella no le gustó."
Celine inspira profundamente, y percibo el esfuerzo que hace por mantener la voz controlada.
"Anna no sabía perder. Ni siquiera una discusión. Cuando se dio cuenta de que yo iba en serio...", hace una pausa, "Me agarró. Me tiró en la cama y se colocó sobre mí. Me sujetó las muñecas. Me tocó, me excitó al límite, y me soltó. Dijo que si la dejaba, nunca más me tocaría. Nunca más me miraría."
Siento un nudo en el estómago y la garganta seca. La descripción es violenta, perturbadora.
"¿Y tú?"
Celine desvía la mirada al suelo por un momento, antes de encararme otra vez. Sus ojos brillan con lágrimas contenidas.
"¿En ese instante? Lo creí."

Contengo la respiración. Mi mirada permanece fija en la suya, inalterable, pero mis dedos aprietan el lápiz.
"Pero te fuiste."
"Sí. A la mañana siguiente, ella se fue a trabajar, y yo hice las maletas. No fui a Milán, me quedé unos días en casa de una amiga y después, unos meses en una casa que tengo en la playa, a una hora escasa de aquí. Llamé a un abogado y pedí el divorcio."
Mantengo la expresión neutra, profesional. Pero hay algo en la forma en que ella cuenta la historia, algo en el modo en que sus palabras se instalan en mi cuerpo. No aparto la mirada. No puedo.
"¿No volvisteis a hablar?"
"Ella lo intentó, una y otra vez. Yo respondí algunas veces, e ignoré sus llamadas la mayoría de las veces. La dejé pensar que me había quedado en Milán y que no iba a volver. Intenté olvidarla."
"Intentar no es lo mismo que conseguirlo."
Celine se recuesta, y su mirada se desliza por la consulta como si estuviera evaluando el espacio. O evaluándome a mí. Lentamente, vuelve a cruzar las piernas. Un movimiento lento, despreocupado.
"No", hace una mueca, casi una sonrisa. "Unos meses después, Anna perdió un caso importante, empezó a no ir al despacho, y yo me asusté. Le dije que tenía que buscar ayuda médica. Varias veces, hablaba de suicidio, yo nunca lo creí. Quien lo anuncia, no se mata, ¿no es así, doctora?"
La pregunta es retórica, y Celine continúa, sin dejar que responda: "No podía ser mi vida por la suya, es lo que pensé en aquel entonces."
"Fue lo correcto", aseguro, manteniendo la compostura.
"Seguro." Su voz carga un deje de sarcasmo, como si supiera exactamente lo huecas que suenan mis palabras. "Me dijo que estaba siendo tratada por una psiquiatra, nunca me dijo el nombre. Parecía estar mejor. Hablábamos por teléfono, intercambiábamos mensajes, acabé por decirle que estaba viviendo en la casa de la playa. Es un apartamento pequeño que fue de mi madre, a Anna nunca le gustó ir allí. En una de las llamadas me pidió, me imploró que fuera a casa. Le dije que no. Estaba a punto de partir a Milán,

esta vez era verdad, iba a una exposición en Milán. Le prometí que tal vez cuando volviera."
La tensión en la consulta es palpable. Su cuerpo parece ahora cerrado, doblado sobre sí mismo, como si intentara protegerse de estos recuerdos.
"Y después... Murió." Celine dice las palabras con una calma casi perturbadora. "De la nada. Yo estaba en Milán cuando recibí la noticia", se reclina hacia atrás, apoyándose en el sofá. Su mirada se detiene en mí demoradamente, y siento mi cuerpo reaccionar, antes incluso de entender lo que eso significa. Esto no debería estar pasando. Y, sin embargo, aquí estamos.
Cuando la puerta se cierra, y ella se va, despidiéndose hasta la semana que viene, me paso la mano por la cara y suelto un suspiro. Cierro los ojos, intentando disipar la tensión que se ha instalado y que mi corazón recupere un ritmo más sosegado. Este sentimiento tiene un nombre, y yo sé cuál es. Hace mucho tiempo que no lo sentía, pero puedo identificarlo perfectamente. Deseo. Y culpa. Una mezcla venenosa.
Una imagen cruza mi mente, y de repente, tengo la sensación de que no puedo respirar, pongo las manos sobre las rodillas y me inclino hacia adelante, me falta el aire, las paredes de la consulta giran a mi alrededor. No puede ser, no puede ser la misma Anna. Es demasiado cruel, demasiada coincidencia.
Celine nunca dijo el nombre completo de su ex mujer, y Anna, mi Anna, nunca me dijo cómo se llamaba la mujer con la que estaba.
El sonido de un golpe seco en la puerta de la consulta, precede la entrada abrupta de Renata. Aterrorizada, me echo hacia atrás, y miro el reloj, cinco y media, habíamos quedado en encontrarnos aquí para hablar sobre el guion.
"Espero no estar interrumpiendo nada", suelta alegremente, cerrando la puerta tras de sí. Su energía vibrante contrasta brutalmente con el caos dentro de mí.

CAPÍTULO 11

Juegos y Verdades

RENATA

Entro animada, casi sin mirar a Eleonor, y me acomodo en el sofá donde me senté como "paciente". Esta vez, mucho más relajada. Apoyo los papeles en un cojín a mi lado y abro el bolso en busca de un bolígrafo.

"¿Estás bien? Ya terminaste las consultas, ¿verdad?", pregunto aún con la cabeza gacha, prácticamente dentro del bolso.

"Llegaste justo a tiempo". Eleonor está sentada, inmóvil, pálida, casi transparente. Tiene la mirada vacía y las manos apoyadas en las rodillas con una rigidez inusual. Los hombros están tensos bajo la chaqueta profesional. Se inclina hacia adelante y apoya la frente en una de sus manos.

"¿Qué pasó? Parece que has visto un fantasma", digo sin contenerme, mi curiosidad se mezcla con una preocupación genuina.

"Tal vez sea exactamente eso", susurra, con la voz temblorosa, ahogada por su propia mano.

"¿Qué? ¿Fantasmas?" Trato de mantener el tono ligero, pero hay algo en ella que me incomoda. "Estás equivocada, fui yo quien escribió el texto y te aseguro que no es una película de terror", continúo con ironía, más para ocultar el nerviosismo que por cualquier otra razón. Por muy amable que Eleonor haya sido conmigo, aún no me siento completamente cómoda en su presencia.

Ella respira hondo y vuelve a recostarse en el sofá, cerrando los ojos. Cuando los abre, parece más presente.

Durante las dos horas siguientes, me da consejos sobre el personaje que estoy diseñando y también algunos sobre el psiquiatra de la película. Impresionante el conjunto de cosas en las que nunca había pensado. Su mente es brillante, analítica, incluso en días como hoy, cuando parece perturbada. Poco a poco, parece mejorar, o tal vez sea solo la máscara profesional volviendo a su lugar. Las respuestas continúan siendo precisas, meticulosas, pero a veces hay una

vacilación detrás de las palabras, una mirada que se pierde por un segundo, como si su mente huyera a otro lugar.
"Dime otra vez...", hojeo mis papeles, siguiendo las anotaciones. "¿Cómo afectan los síntomas a la vida diaria del personaje?"
Eleonor alisa un pliegue invisible en su falda. "Depende del trauma, pero generalmente hay insomnio, ataques de pánico, hipervigilancia. Pequeñas cosas pueden desencadenar reacciones intensas, y muchas veces la persona ni siquiera se da cuenta".
La forma en que habla es intensa, cargada de una convicción casi personal, como si supiera exactamente lo que significa sentirlo en carne propia.
"Correcto. ¿Y el psiquiatra? ¿Cómo actúa? ¿Profesional y frío o más humano? ¿Crees que debería ser una mujer?"
Su indecisión dura un segundo más de lo que debería.
"Creo que depende de la relación. La cercanía emocional puede ser inevitable..."
Levanto la cabeza lentamente y sonrío. "Eso ha sonado sospechoso".
Ella pone los ojos en blanco, un gesto casi adolescente que la humaniza, y por primera vez desde que llegué, parece ella misma. "Por favor".
Suelto una carcajada y vuelvo a escribir, pero hay algo en la forma en que evita mi mirada que agudiza mi curiosidad.
"¿Sabes qué es extraño?", provoco.
"¿Qué?"
"Por la forma en que hablas, parece que tienes experiencia personal con el tema".
El silencio que sigue es casi palpable. Eleonor no parpadea, no desvía la mirada y no reacciona de inmediato.
"Todos tenemos nuestras heridas".
La respuesta es lo suficientemente vaga como para ser evasiva, pero dicha con demasiada precisión para ser mentira.
La observo por un instante y decido no insistir. Sea lo que sea que la está perturbando, no seré yo quien le arranque la verdad.
Ya pasan de las ocho. Me levanto, desperezándome.
"Necesito comida. ¿Y tú? Deberías hacer lo mismo, tienes una pinta horrible".

"¿Yo? Estoy bien. ¿Quieres ir a cenar? ¿Tienes otros planes?"
Ella señala la puerta con un gesto casi automático. La oferta, aunque inesperada, parece sincera, y acepto sin dudar.
El restaurante es tranquilo, elegante, pero al mismo tiempo relajado. Las luces suaves y el murmullo de las conversaciones crean un ambiente perfecto para relajarse, y es justo lo que necesito. Nos sentamos en una mesa en un rincón, donde nadie escuchará lo que decimos. El ramen está delicioso y Eleonor parece recuperada, o al menos más compuesta.
"Perdón, he sido una idiota. Tuve una paciente, antes de que llegaras, y...", deja la frase en suspenso y come varias cucharadas de caldo caliente, sin volver a hablar.
"¿Y?", insisto, curiosa.
"Y es una persona que me afecta. No sé por qué, pero desde la primera vez que entró en la consulta..."
Esta vez soy yo quien no la deja concluir la frase: "¿Te afecta cómo? ¿No me digas que te enamoraste de una paciente? Eso sí sería una historia de película", concluyo riendo.
"Puedes dejar de fantasear. Mi vida amorosa es de las cosas menos interesantes que puedes imaginar. Casada durante quince años y divorciada hace cuatro, con una hija adolescente, siempre lista para ponerme a prueba. ¿Y tú?", devuelve la pregunta, desviando el foco.
"¿Yo qué?", cuestiono haciéndome la desentendida.
"¿Solo escribes o también vives algo?"
Levanto una ceja y giro el anillo en mi dedo. La pregunta surge como una provocación, sin siquiera disfrazarse. "¿Mi vida amorosa?", fuerzo la risa. "Sexo lo justo y necesario. Nada de grandes historias, nada de 'romances épicos'. Vida simple, si lo prefieres".
Ella esboza una sonrisa, como si estuviera tratando de adivinar lo que voy a decir. "La verdadera pregunta es: ¿qué te impide encontrar algo más... interesante?"
Me quito el anillo y, esta vez, lo hago girar sobre la mesa. "No busco drama, Eleonor. Ni historias bonitas. Tuve mi dosis de expectativas y presiones familiares para una vida. ¿Qué esperabas? ¿Que quisiera ser la protagonista que se enamora? No es mi estilo".

"No, tú prefieres ser la 'antiheroína'. Lo entiendo. No seas tan dura contigo misma", hace una mueca. "Es más fácil jugar a la defensiva, ¿no?"
"Me gusta mi vida. Yo controlo. Y, por cierto, prefiero no tener que dar explicaciones a nadie sobre lo que ando haciendo o con quién", afirmo en un tono más seco del que pretendía.
"Claro. Porque eso implica sentimientos. Y los sentimientos son... difíciles, ¿no?" Hace un gesto de desdén con la mano, como si estuviera alejando un olor desagradable. "Ah, los sentimientos. Tanta energía desperdiciada en ellos, cuando lo simple e inmediato es mucho más eficaz".
No soy tonta. Sé a dónde quiere llegar, pero no le voy a dar el gusto de verme admitirlo. Por muy buena psiquiatra que sea, no voy a caer en la trampa. "¿Qué piensas tú de los sentimientos? Por lo que decías hace un momento, también son un 'desperdicio' para ti".
Eleonor sonríe, y la ironía en su expresión no me pasa desapercibida. "Los sentimientos no son controlables, Renata. El secreto está en no dejarlos dominar".
"Wow. Qué romántica", declaro, inclinándome hacia adelante, riendo, aunque no tiene ninguna gracia. "Entonces, ¿por qué estás aquí, con esa mirada profunda que mantienes desde que entré en tu consulta?"
Ella se queda en silencio, y la máscara de la ironía vacila ligeramente. "Porque, tal vez, yo tampoco sepa lidiar con lo que no puedo controlar".
Por más que trate de disimular, su tono es diferente. Algo en la manera en que pronuncia las palabras. Una vulnerabilidad que no le conocía.
"En el fondo, es simple. Las relaciones serias solo dan trabajo".
Ella me observa por un momento, como si estuviera calculando las consecuencias de lo que va a decir. "Ah, claro. Porque no hay nada más fácil que huir de lo que realmente importa, muy pragmática".
Cuando Eleonor sube al taxi, me quedo parada en medio de la calle, sin saber exactamente qué hacer. Debería ir a casa, mañana tengo ensayo temprano. Y entonces, sin aviso, soy embargada por el recuerdo repentino de Martha. El sabor de su boca. Un gusto dulce y

delicado. Su beso. Mi beso en ella. ¿Dónde se metió? ¿Por qué faltó toda la semana? Se me hace un nudo en la garganta y acelero el paso, tratando de alejar el pensamiento. No es momento para esto. No ahora.
Veinte minutos después estoy en la puerta de un bar, refugio de muchas noches. Necesito ruido, distracción, algo físico e inmediato. Entro, saludo al portero y hago un gesto hacia una de las mesas. No me apetece sentarme y tener una conversación circunstancial, no estoy de humor para las bromas de siempre.
Miro alrededor y veo a una mujer que no conozco. Está sentada sola en la barra, con un vaso de whisky frente a ella, observando la sala con una expresión contemplativa, distante. Hay algo en su modo de estar que llama mi atención, la mano en el vaso, la calma aparente de la mirada, el cabello corto casi blanco. No sé por qué, pero me parece natural acercarme a ella.
"¿Puedo sentarme?", pregunto, sin rodeos, haciéndola girar la cabeza en mi dirección.
"Claro", responde, brindándome una sonrisa casi imperceptible, pero más que suficiente.
El silencio se impone, pero no es incómodo. Ella mantiene la mirada fija en mi rostro, y yo no desvío los ojos.
"¿Viniste para relajarte o estás buscando algo?"
Es ella la primera en hablar, con una pregunta directa, hecha en voz baja, cargada de algo entre la provocación y la curiosidad.
"Siempre estoy buscando algo. A veces, solo eso me interesa, la búsqueda", respondo, sintiendo la vibración familiar del juego comenzando.
Ella vuelve a sonreír, el tipo de sonrisa que dice más que cualquier palabra.
"¿Te gustan los desafíos?", pregunta, inclinándose ligeramente hacia adelante, y dejando que su mano toque la mía, de forma supuestamente casual, en uno de esos contactos que de casual no tiene nada.
"Me gusta lo que no sé. Lo que no conozco y no planeo. Siempre es lo más interesante", respondo, manteniendo la calma de quien sabe que ella también está jugando el juego.

Cada palabra es una capa más, una provocación, una invitación. El toque de su mano en la mía. La forma en que se acerca cuando habla.
Pedimos otra ronda. Ella vuelve a fijar los ojos en los míos, esta vez de una manera aún más intensa, si es que eso es posible, y siento la necesidad de hacer el próximo movimiento.
"¿Nos vamos de aquí?"
*
Cuando la puerta de su apartamento se cierra detrás de nosotras, la miro a ella y a la sala a mi alrededor, simple y discreta. Sé lo que ella quiere y, más que eso, sé que estoy lista para darle lo que desea y tener lo que necesito.
Si había alguna duda, ella no me deja vacilar. Da un paso adelante, y sus labios tocan los míos, con urgencia, con hambre. Es un beso feroz, mostrando que ya no hay vuelta atrás. Su lengua se desliza por la mía, explorando sin reservas, y la intensidad con la que eso sucede hace que sea difícil respirar. Su cuerpo presiona el mío contra la puerta, siento el corazón acelerarse y las piernas temblar. Tengo la boca seca, y vuelvo a pegar los labios a los suyos. Entrelazo los dedos en su cabello, atrayéndola aún más hacia mí. El perfume dulce, demasiado dulce, invade mis sentidos, y el toque de sus dedos en mi piel me hace querer más.
Ella se aleja un poco, y yo aprovecho para recuperar el aliento. La veo quitarse la camiseta y lentamente desabrocharse los pantalones, bajándolos hasta quedar solo en bragas. Vuelve a acercarse y me extiende la mano, guiándome hacia el sofá, hasta que me dejo caer sobre él, sin resistencia. Se arrodilla frente a mí, sin desviar nunca la mirada. Siento la tensión aumentar con cada movimiento. Con dedos ágiles y precisos, mostrando que sabe exactamente lo que quiere, desabotona cada botón de mi camisa.
"Cuando te acercaste, ya sabía que eras así", susurra, cerca de mi oído. "Quiero ver hasta dónde puedes llegar".
Las palabras resuenan dentro de mí, haciendo que mi cuerpo tiemble de excitación. En respuesta, clavo las uñas en su espalda y la obligo a pegar la boca a la mía. Ella no duda, y responde con la misma urgencia.

Esta vez soy yo quien se quita los pantalones, aprovechando el movimiento para quitarme también las bragas. Ambas desnudas sobre el sofá, y en segundos, su cuerpo está sobre el mío. El calor es abrumador. Las respiraciones se mezclan, rápidas y descontroladas. La imagen de Martha cruza mi mente, inesperada, incómoda. El contraste entre este deseo crudo y la complejidad tensa que siento por ella es evidente. Cierro los ojos con fuerza, no hay espacio para dudas, ni para Martha, sólo para que esto suceda.
"¡Te deseo!", afirma tajantemente.
El deslizar de su piel, el toque urgente de sus dedos, todo en mí reacciona. Ella se mueve y su cuerpo presiona el mío.
"Quiero ver hasta dónde puedes llegar", repite, en voz baja. Las palabras traducen una mezcla de anhelo e impaciencia. La beso sin reservas, explorando cada rincón de su boca, la textura de su lengua. La suavidad de la piel, el olor, todo se entremezcla. Cada movimiento hace que mi cuerpo responda. Me besa en el cuello y desciende lentamente con la lengua, haciéndome arquear la espalda.
"Estoy lista para todo", balbuceo.
Repentinamente, hace una pausa, sólo el tiempo suficiente para mirarme a los ojos, y en ese instante desliza los dedos en el interior de mis muslos. Completamente rendida, separo las rodillas, cada movimiento hace crecer la tensión hasta alcanzar un punto sin retorno.

**

Me despierto en mi cama con el sol dándome en la cara. Recuerdo vagamente haber vuelto a casa de madrugada, sola. Me siento exhausta como si no hubiera dormido, y mi cerebro tarda unos segundos en procesar lo obvio: llego tarde.
"¡Mierda! Son casi las nueve", exclamo para mí misma, poniéndome de pie de un salto.
Por muy tarde que sea, no puedo salir sin ducharme, pienso, metiéndome bajo el agua sin dejar que se caliente. Me pongo los pantalones de ayer, la primera camiseta que encuentro en el armario, y en pocos minutos estoy en la calle.
El reloj marca las nueve y treinta y dos cuando entro en la sala de ensayo. "Aquí estás, pensé que tampoco vendrías". Uno de los

asistentes de sonido me recibe con una sonrisa irónica. "¿Quieres un café? Parece que lo necesitas."
"Solo si trae un analgésico mezclado, no te imaginas cómo me duele la cabeza."
"¿Una noche difícil?", pregunta, desapareciendo, imagino que para ir a buscar dicho café.
Están todos sentados en el suelo, con los guiones en las manos. Me esperan como si yo fuera imprescindible para que puedan empezar. Es un engaño reconfortante, para ellos, no para mí.
"Hoy vamos a trabajar la escena ocho." Mi voz suena firme. Aún puedo hacer esto. "Pero antes..., subtexto."
Me miran. Unos con verdadera atención, otros fingiendo. Siempre hay algunos que creen que ya lo saben todo. Yo también fui así. Muchas veces aún lo soy, pienso.
"Lo que importa en una escena no es lo que se dice. Es lo que hay debajo. Lo que se intenta ocultar. La tensión en el silencio, los gestos mínimos." Hago una pausa demasiado larga. Me doy cuenta, pero no la corrijo. "La verdad rara vez se dice en voz alta."
Me levanto y camino por la sala. Oigo mis zapatos golpear la madera e intento no pensar en Martha. En su ausencia. En el beso. En la noche pasada que no fue con ella.
Señalo a dos de ellos.
"Vosotros dos. La escena de la discusión en la habitación."
Se levantan despacio. Están nerviosos. Menos mal. Un poco de nerviosismo le viene bien a la escena.
"No leáis. Sentid. El diálogo es sólo la punta del iceberg. El resto está en los ojos, en las pausas. ¿Entendido?"
"No se suponía que vinieras hoy...", empieza uno de ellos.
He oído esta escena decenas de veces, pero hoy suena..., hueca. Vacía. Uno de ellos tropieza con el texto, el otro parece que está pidiendo disculpas sólo por estar aquí de pie, quieto.
Interrumpo. "Parad. Eso no tiene ningún contenido, nada. ¡Palabras vacías! ¿Dónde está la rabia? ¿El resentimiento? ¿El deseo debajo de la acusación?"
Silencio. Todos miran a los lados. Nadie quiere ser el siguiente.

"Olvida el guion. Míralo como si fuera la única persona que te conoce de verdad. Y tú..., tú, habla como si acabaras de traicionarlo, pero aun así quisieras que se quedara. No es bonito. Pero es honesto."
Las voces tiemblan. Uno de ellos baja los ojos. Finalmente, hay tensión. Y hay un apretón en mi pecho que no pedí sentir. Les estoy pidiendo una honestidad que se me escapa.
Cuando terminan, nadie dice nada. Ni yo. Me quedo observando. Tragando lo que no se puede enseñar.
"Mejor."
Pasamos a otra escena, otra pareja. La clase continúa. Los rostros cambian, pero los patrones se repiten. Hablan de abandono sin saber lo que es. Dicen 'te amo' como si fuera una línea cualquiera de texto. Me quedo pensando en todas las veces que dije 'te amo' como quien pide disculpas.
Una de las alumnas levanta la mano: "¿Estás bien, Renata?"
Finjo no oír, pero ella repite la pregunta.
"Claro. ¿Por qué no iba a estarlo?", acabo por pronunciar. Esto no es sobre mí. Nunca lo es. Nunca debe serlo.
Al final de la sesión, espero a que se vayan. Finjo que ordeno papeles, que estoy ocupada. Nadie se ofrece a quedarse. Menos mal.
Cuando la puerta se cierra, me siento en el suelo polvoriento del escenario, y cierro los ojos. Reviso el rostro de Martha, siento su sabor. La forma en que no se despidió en la casa de la playa. Abro los ojos despacio. 'La verdad rara vez se dice en voz alta', pronuncio para mí misma.

CAPÍTULO 12

Fantasmas

MARTHA

Corro la puerta de cristal y dejo que el aire frío y salado invada la sala. El aroma a mar y el sonido inconfundible de las olas al romper contra las rocas es incomparable. Sería capaz de acostumbrarme a vivir aquí, lejos de todo, lejos de ella, pienso, negando con la cabeza, como si necesitara deshacerme de esta idea. Algunas nubes blancas surcan el cielo, pero no bastan para cubrir el sol. Voy a desayunar fuera, decido, pasando de inmediato a la acción.

Enciendo la cafetera, corto dos rebanadas de pan y las meto en la tostadora, antes de volver a la habitación para ponerme un jersey grueso encima del pijama.

Diez minutos después estoy arrellanada en una de las sillas de mimbre del balcón, con el sol calentándome la cara, saboreando la mantequilla derretida que resbala por el borde del pan tostado.

¿Cómo irán los ensayos? Una oleada de culpa me invade y siento el corazón latir con más fuerza. Jamás debió haber pasado. Un beso…, un maldito beso. ¿Cómo consiguió Renata poner mi mundo patas arriba? Procuro alejar su imagen, sonriente, corriendo por el escenario. Intento concentrarme en el presente, en el azul del cielo, en las olas, pero es como querer agarrar humo con las manos.

Bebo un sorbo de café, que ya está casi frío, y renuncio a intentar pensar en otras cosas. Cierro los ojos y reconstruyo mentalmente el plan que teníamos para los ensayos. Tenemos la segunda audición en pocos días; si ella no sigue lo que planeamos, va a ser un desastre. Suspiro hondo; podría jurar que los ensayos se han transformado en improvisación y creatividad. Será una suerte si no presentan un número de teatro experimental, en lugar de la obra. De mi obra.

No sé por qué, pero la imagen de Thomas se cruza por mi mente. Hace mucho que no pensaba en él, medito con irónica sonrisa para

mí, tal vez un día o dos, como mucho una semana. No está mal, valoro. Solía pensar en él todos los días, varias veces al día.
Con la fuerza del oleaje, los recuerdos se agolpan. El día en que me dijo que se iba. Mis lágrimas, sus crueles palabras. Han pasado casi tres años y lo recuerdo con tal nitidez que podría haber sido ayer. Las discusiones interminables, las acusaciones, la sensación de que su amor se había convertido en odio o tal vez en repulsión.
"¡Tú nunca me entendiste, Martha!", recuerdo que repetía esas palabras una y otra vez, con el rostro encendido por la rabia.
"¡Todo lo que te pido es paz! ¿¡Sabes lo que es eso!? ¡Podemos ser felices, lo tenemos todo para serlo!". Yo realmente creía que podíamos ser felices: él tenía su despacho, yo la Academia, ganábamos bien, estábamos sanos, ¿qué le faltaba? ¿Qué me faltaba a mí? Yo fingía no verlo. ¿Cómo, de un día para otro, pudo darse cuenta de que nuestra vida era horrible?
Recuerdo una acusación que jamás voy a olvidar: "¿Qué es lo que me falta? ¡Todo! ¡Que no seas fría! ¡Quieres una vida sin pasión, sin emoción! ¡Una vida tibia, sosa! ¡Puedes estar segura de que voy a encontrar en otro lugar lo que no puedo tener aquí!". Sus palabras, antes de cruzar la puerta, dejándome con mi control y mi soledad.
Quizá tenía razón. Quizá sea por eso que Renata me asusta tanto. Porque ella es lo opuesto a tibia.
No habría sobrevivido si no hubiera sido por Celine, su amistad, su humor ácido y su capacidad de hacerme reír incluso cuando solo quería llorar.
"Thomas es un idiota, Martha", decía ella, mientras me ofrecía una copa de vino. "Eres demasiado para él. Demasiado intensa, demasiado inteligente, demasiado…, ¡demasiado!".
"¿Demasiado qué, Celine?".
"Demasiado tú, Martha. Y eso es lo mejor que puedes ser".
El sonido del timbre rompe la secuencia de mis recuerdos y me hace fruncir el ceño. ¿Quién será? Nadie sabe que estoy aquí.
"¡Sorpresa!", grita Celine en cuanto abro la puerta.
"¡Sorpresa, desde luego!", confirmo riendo, apartándome para dejarla pasar. "¿Qué haces aquí?".

"Vine a pasar el fin de semana con mi amiga favorita, ¿puedo o estás ocupada?", responde guiñándome un ojo. En cada mano sostiene una bolsa repleta hasta arriba. "Y a traer provisiones, porque, aunque me dijiste que habías comprado todo el supermercado, dudo que hayas comido nada decente desde que llegaste".
Asiento con la cabeza. "Pan, café y mar. Una dieta poética".
"No te preocupes, yo me he encargado de eso", responde Celine, colocando las bolsas en la encimera de la cocina. "He traído todo lo que necesitamos para un fin de semana de lujo: queso, jamón, pan fresco, vino… e incluso he traído un pastel de chocolate de esa pastelería que te encanta".
"Eres un ángel", digo, dándole dos besos en las mejillas, sintiendo un alivio inesperado ante su presencia.
"Lo sé", responde, con una sonrisa engreída. "Pero ahora, basta de charla. Vamos a guardar esto, tengo muchas novedades que contarte. Es más, tú vas a guardar esto, yo tengo que ir al coche a por mis cosas".
Cuando Celine regresa, ya estoy instalada en el salón; como ya casi es hora de almorzar, he decidido servirnos una copa de vino y poner en la mesa una tabla de quesos.
Ni quiero creer lo que ven mis ojos cuando ella se para frente a mí y me tiende el estuche del violín.
"¿Cómo lo has conseguido? ¿Dónde lo has conseguido?". Qué preguntas tontas. El violín estaba en la Academia, debe de haber ido a buscarlo. "¿Fuiste a la Academia?".
"¡No te imaginas lo difícil que ha sido aparcar!", exclama sentándose y sirviéndose un trozo de queso. "Como mínimo, vas a tener que tocar para mí".
"¿Cómo sabías que era lo que más echaba de menos aquí?".
"Porque sé que no te gusta el órgano, que una esterilla de yoga se puede improvisar, pero un violín es más difícil", responde con una carcajada. "Aproveché y le aseguré a la directora que estabas bien".
"¿Hablaste con ella?", pregunto sorprendida.
"¿Cómo crees que entré en tu despacho?".
Claro, pienso, las puertas están cerradas. "¿Qué le dijiste?".

"Que estabas viva, pero incapacitada para trabajar unos días. No di detalles y, extrañamente, ella no hizo demasiadas preguntas".
Tomo el estuche con cuidado y acaricio la madera oscura y pulida. "No puedo creer que te hayas tomado toda esta molestia".
"Sabes…, cuando venía hacia aquí, me asomé al ensayo de tus alumnos".
"¿En serio?", pregunto sin disimular la curiosidad. Siento una opresión en el pecho. "¿Y cómo iba?".
Ella hace una pausa, masticando lentamente el queso. "Bueno…, solo vi unos minutos, pero creo que he llegado a entender tu fascinación".
"¿Ah, sí?", replico con una mueca irónica.
"Es una figura llamativa, ojos grandes que cambian con cada palabra, con cada silencio", hace una breve pausa antes de rematar: "Llevaba un vestido naranja que le quedaba de muerte".
Me sonrojo ligeramente e intento disimular mi turbación bebiendo un sorbo de vino. "Sí, es Renata".
"Es intensa", continúa Celine. "Estaba trabajando un texto con los alumnos, algo clásico, por lo que entendí. Pero la forma en que hablaba, la pasión que ponía en su discurso, es contagiosa".
"Ella es así", murmuro con una mezcla de irritación y orgullo.
"Y tú…", retoma Celine, mirándome fijamente. "¿Conseguiste digerir el beso?".
Vuelvo a sonrojarme. "Fue…, bueno", admito, contra mi voluntad.
"Ya es un primer paso. No dices 'fue un error'. ¿Fue en plan 'bueno, quiero más' o 'bueno, pero no vuelve a pasar'?".
Desde luego 'quiero más', pienso sin poder evitarlo. Suspiro hondo y me apresuro a responder: "Sabes a lo que me refiero. Mi vida, mi fe…, Thomas…, esto con Renata es impensable. No puede ser, yo no soy así".
"¿Así cómo?".
"Perdona, sabes que no quería decir eso. No pongas esa cara, solo ha sido un lapsus. No tiene nada que ver con que me parezca mal, tiene que ver conmigo. Tú eres lesbiana, siempre lo has sido, y yo te adoro. Es parte de quien eres. Pero yo no lo soy".
"¿Thomas?".

Me encojo de hombros. "Thomas es pasado. Está con otra".
"Puedes decir que Thomas es pasado, pero dejas que tu historia con él te defina. Es más, dejas demasiadas veces que el pasado te defina. Thomas, tus padres… A veces creo que tienes miedo de verte como realmente eres". Celine se encoge de hombros y apura la copa: "En una cosa tienes razón, Thomas tiene su vida. Pasó página. Tú también deberías…".
"Yo pasé página. Me dediqué en cuerpo y alma a mi trabajo, que, por cierto, adoro", protesto irritada.
"¿Ah, sí?", contesta Celine, arqueando una ceja con una sonrisa irónica. "Entonces, ¿por qué siempre estás poniendo excusas? ¿Por qué tienes tanto miedo de admitir que sientes algo por Renata?".
"No es miedo", respondo, desviando la mirada hacia el mar. "Es…, prudencia. No sé lo que siento. Y aunque lo descubra, no sé si quiero experimentar ese sentimiento".
"Lo sabes perfectamente", dice en tono firme. "Eres una mujer inteligente y con talento. Quizá Thomas te convenciera de lo contrario, pero mereces ser feliz".
"¿Y si la felicidad no está en la pasión?", cuestiono entre dientes.
"La felicidad está en ser auténtica, Martha. En vivir tu verdad, sea cual sea".
Tras esta declaración de Celine, un silencio incómodo se instala entre nosotras. La miro, con su expresión seria, y sé que ya no habla solo de mí.
"Estamos demasiado profundas para la hora que es", ironizo, sirviendo más vino en las copas y levantándome para preparar el almuerzo.
Huevos revueltos, jamón y una ensalada.
Celine aprovecha para ir a cambiarse y vuelve al salón vistiendo unos vaqueros y una camiseta negra.
"¿No tienes frío?", pregunto, mirando la puerta del balcón que sigue abierta.
"No, ya casi es verano".
"¿Has estado pintando? Podrías inspirarte en este paisaje".
"Nada de nada, y aquí entre nosotras, creo que el paisaje no va a solucionarlo".

Niego con la cabeza y me sirvo generosamente, intentando expulsar la imagen de Renata que se empeña en aparecer con su sonrisa provocadora.
"Basta de hablar de mí y de mis dramas. Podría ser el título de una obra: 'Martha y sus fantasmas'. Hablemos de ti. La consulta, ¿cómo fue?", interrogo, curiosa y aliviada por cambiar de tema.
Su suspiro no pega con la ligereza del día soleado que hace fuera.
Toma la copa y la hace girar lentamente entre los dedos. "La consulta…", repite la palabra como si tuviera un sabor extraño. "Fue intensa. Creo que es la mejor palabra". Hace otra pausa y yo espero, sabiendo que necesita tiempo para poder abordar este tema. "Hablé sobre Anna. Más de lo que jamás había hablado con nadie, sin ser contigo, claro". Su tono baja ligeramente. "Hablé sobre cómo controlaba la relación, sobre cómo me controlaba. Me estaba asfixiando, tenía que salir, tenía que huir. Hablé de cómo terminó todo. De su muerte".
"Oh…", murmuro, sé lo difícil que es para ella. "¿Y la psiquiatra? ¿Te ayudó a entender, a procesar?".
Celine duda y desvía la mirada. "Escucha. Hace las preguntas correctas, creo. Es perspicaz", se muerde el labio inferior antes de concluir: "Hay algo, Martha. No sé explicarlo".
No entiendo a qué se refiere. "¿Algo como qué?".
"La forma en que me mira". Celine frunce el ceño, como si, una vez más, no pudiera encontrar la palabra exacta. "No me juzga, no es lástima… Es como si me viera por dentro, ¿entiendes? Como si pudiera leerme".
"¿No es ese su trabajo?", pregunto, intentando ser racional, probablemente para tranquilizarme a mí misma.
"Sí, pero a veces parece demasiado, demasiado personal". Se quita el anillo del dedo y lo hace rodar sobre el tablero de la mesa. Noto que apenas ha probado la comida.
Por ahora será imposible sacarle nada más. Me levanto y saco el violín de su estuche, sintiendo la madera lisa bajo los dedos. Nada puede ser más reconfortante. Coloco el arco sobre las cuerdas y pienso en una melodía que pueda tranquilizar a Celine.

Durante unos diez minutos, el sonido del violín llena por completo el salón. Celine sigue sentada a la mesa, con la cabeza apoyada en una mano y la mirada perdida en la ventana.
"Sabes, Martha…", interrumpe su voz, sobresaltándome. "Es estúpido, pero la echo de menos. En cuanto salgo de la consulta, querría volver a entrar".
Suelto el arco, sorprendida por la confesión. "¿La echas de menos? ¿La consulta?".
"No es la consulta". Celine levanta la cabeza y veo un brillo en su mirada que casi había olvidado que existía. "A ella. Estar allí, hablar con ella. Es ridículo, lo sé". La frustración se trasluce en su voz. "¡No debería ser así! Me siento…", cierra los ojos y hace una pausa, "como si estuviera traicionando a alguien, algo. Después de todo lo que ha pasado, lo último que necesito es más confusión. Tengo miedo de estar interpretándolo todo mal, Martha. De estar viendo cosas donde no las hay. O peor, de estar cayendo en los mismos errores, de sentirme atraída por ese tipo de… de intensidad que me destruye". "Pero luego…", continúa, con apenas un hilo de voz, "recuerdo la forma en que me mira. La atención total… No puedo dejar de pensar que tal vez…, tal vez no sea solo cosa mía".
Dejo el violín cuidadosamente a mi lado. La situación es mucho más compleja de lo que imaginaba.
"Celine", empiezo preocupada, "es normal crear un vínculo fuerte con alguien que te escucha; las películas están llenas de gente que cree estar enamorada de sus psiquiatras, pero es solo parte del proceso. Transferencia, ¿no se llama así? Puedes estar confundiendo las cosas, pero estoy segura de que, si es tan buena como dices, sabrá separarlas".
"No lo sé, ya no sé nada". Se frota las sienes, con aspecto exhausto. "Me siento atraída y culpable por sentirme así. Y, aun así, una parte de mí quiere creer que no estoy loca, que esa intensidad es real y… mutua". Las lágrimas brillan en sus ojos, pero lucha por contenerlas. "Olvídalo. Es demasiado complicado. No debería haber dicho nada". Se levanta bruscamente y va hacia la ventana, quedándose de espaldas a mí, mirando hacia el mar. "Toca, por favor. Solo… toca".

Levanto el violín, lo acuno bajo la barbilla y, esta vez, el arco se desliza sobre las cuerdas, liberando una melodía suave, llenando el espacio con aquello que las palabras no alcanzan a decir.

CAPÍTULO 13

Anna

ELEONOR

Me levanto de la cama, angustiada e irritada. ¡Basta! No soporto más la duda. No puedo comer, no puedo dormir. Por más vueltas que le doy, no logro pensar en otra cosa. Por primera vez en meses, agradecí que Sofía quisiera quedarse en casa de Laura este fin de semana.

Cruzo el salón en penumbra, miro la caja de pizza que pedí hace horas y que sigue intacta sobre la mesa. El olor a queso frío me revuelve el estómago.

Las palabras de Celine siguen resonando en mi cabeza, fragmentos de una historia que me niego a encajar. Anna. Abogada. Casada con una artista plástica. Celosa. Controladora. Muerta hace un año. Es una descripción demasiado específica, demasiado cercana a 'mi' Anna. La Anna que se sentó en mi sofá, lloró sus penas, habló de una mujer que la manipulaba.

Respiro hondo, la decisión está tomada, es inevitable. Enciendo el ordenador y dejo que la luz agresivamente blanca de la pantalla ilumine el espacio. Con los dedos, primero vacilantes y luego con creciente urgencia, escribo: "Celine Basquè Artista Plástica Premio Internacional". Finalmente me rindo a lo que he intentado evitar a toda costa estos últimos días. Se acabó la negación.

Los resultados aparecen casi al instante. Noticias, entrevistas, críticas de arte y, cómo no, fotografías. Una gala de entrega de premios en Milán, hace unos seis años. Celine, más joven, radiante, a pesar de la sombra en su mirada, sostiene un trofeo. A su lado, triunfante, posesiva, sonriendo a las cámaras, con el brazo firmemente alrededor de su cintura, Anna. 'Mi' Anna. Abogada de éxito, elegante, impecablemente vestida, con la misma mirada penetrante que reconocería en cualquier parte. Un nudo ciego de secretos y mentiras. La confirmación es un puñetazo en el estómago.

Parte de mí esperaba que no viniera. Quizá una enfermedad, un compromiso de última hora. Al mismo tiempo, ansío esta consulta más que cualquier otra cosa. Necesito verla, escuchar su voz ronca.
Entra puntualmente, pero hoy parece distinta. Hay una levedad en sus movimientos, un brillo tenue en sus ojos que reemplaza parte de su melancolía habitual. Lleva unos pantalones anchos de lino y una blusa sencilla, el pelo recogido en una coleta. Se la ve… más en paz. O, quizá, simplemente menos atormentada.
"Buenas tardes, Eleonor".
"Buenas tardes, Celine. ¿Cómo… cómo estás?". Mi voz suena tensa incluso para mis propios oídos.
"Mejor", responde de inmediato, sorprendiéndome. "Es extraño. Después de nuestra charla me sentí más ligera. Exhausta, pero más ligera".
Trago saliva. "Hablar sobre el pasado, aunque sea doloroso, puede tener ese efecto liberador". La frase sale automática, un cliché terapéutico para enmascarar la turbulencia que siento por dentro.
La observo mientras se acomoda en el sofá. Cómo la luz de la ventana resalta los mechones de pelo sueltos junto a su cuello, la suave curva de sus labios cuando piensa antes de hablar. Su aroma, una mezcla sutil de pintura y vainilla, parece llenar la consulta. Cada detalle está cargado de una tensión que solo yo siento.
"Sabes", continúa, en un tono más serio ahora, "pensé mucho en lo que dijiste sobre el control, sobre Anna". Inspira profundamente. "Había otra cosa".
Mi corazón da un vuelco. Me preparo para el impacto.
"Tenía una enfermedad, y yo lo sabía".
"¿Cómo que una enfermedad?". Mi voz es casi un susurro.
Siento el peso de las palabras como piedras, pero lo que más me perturba es lo que Celine dice a continuación.
"Nunca hablaba de ello. Me hizo jurar secreto. Tenía vergüenza, miedo… No lo sé bien. Padecía una enfermedad cardíaca. Una malformación congénita. Era un riesgo. El médico le había dicho que podía sufrir una arritmia en cualquier momento, o que podía no suceder nunca. Podría haberse tratado, pero nunca quiso. Creo que le gustaba la sensación de vivir al límite".

Me echo hacia atrás, sintiendo cómo el mundo se distorsiona a mi alrededor, como si las palabras me golpearan como un shock.
"Cuando la encontraron, la conclusión fue obvia: suicidio". Celine hace una pausa, con la voz embargada. "Pudo ser eso, o pudo ser… Porque si no fue suicidio, si fue el corazón, quizá ella realmente no quería morir ese día. Quizá…". Niega con la cabeza; veo una lágrima rodar por su mejilla. "Yo no estaba allí. Había prometido volver y no lo hice".
Mis manos tiemblan bajo el bloc de notas. Las pastillas. Mis pastillas. Prescritas para la ansiedad, para los ataques de pánico que ella describía tan vívidamente.
Su culpa es un espejo de la mía, pero la mía es más negra, más concreta. Tengo ganas de gritar, de confesar, de decirle que yo era su psiquiatra, que yo le receté las pastillas, que yo pude haber causado la muerte de la mujer que amó y odió. Pero me trago las palabras. El deber profesional, la ética y, sobre todo, un miedo paralizante.
"Celine", digo, con la voz más firme de lo que esperaba, "no puedes cargar con esa culpa. Estabais separadas. Ella tenía problemas de salud que no quiso compartir. No tenías forma de preverlo, ni de evitarlo".
Sorbe por la nariz, secándose una lágrima obstinada con el dorso de la mano. Me mira con una intensidad que me desconcierta. "Gracias, Eleonor. Creo que necesitaba oír eso".
Flashes de Anna en mi consultorio, sus manipulaciones sutiles, sus omisiones. Mi propio agotamiento en aquel momento, quizá mi falta de perspicacia. Y frente a mí, Celine, su dolor, su belleza melancólica, su proximidad insoportable y un deseo irracional, peligroso, que me impulsa a querer tocar su piel, sentir su calor.
Cuando se levanta para irse, siento un impulso casi irrefrenable de detenerla, de tocarla, de decirle… ¿qué? ¿La verdad? Imposible. ¿Que yo también estoy destrozada? Inaceptable.
El consultorio parece demasiado pequeño, demasiado sofocante en cuanto se cierra la puerta. Camino hasta el fondo del pasillo y entro en el baño. Abro el grifo y dejo correr el agua fría sobre mis manos;

bajo la cabeza y me mojo la cara, una y otra vez. Tengo las sienes palpitantes y un sabor ácido en la boca.
Vuelvo al consultorio y poco a poco intento ordenar la información en mi cabeza. De repente muchas cosas cobran sentido: la inestabilidad emocional, el miedo a ser abandonada, la necesidad de control completamente obsesiva. ¿Padecía una enfermedad cardíaca? Nunca lo supe, nunca dijo nada. Inclino la cabeza hacia adelante y, con los codos apoyados en las rodillas, la aprieto con fuerza entre mis manos. Si Anna tenía una malformación cardíaca —una información que ocultó deliberadamente—, los fármacos que le receté pudieron ser un error. Un error fatal. Siento que el suelo se hunde bajo mis pies, la habitación da vueltas. Un frío helador me recorre, a pesar del calor sofocante.
Necesito hablar con Laura. Ahora.
Laura abre la puerta de su apartamento con una expresión de sorpresa contenida. Viste informal: pantalones de chándal y una camiseta sencilla. El contraste con la imagen controlada que generalmente proyecta es notorio.
"¿Eleonor? ¿Qué pasa? ¿Le ha pasado algo a Sofía?". La preocupación en su voz es sincera.
"No, Sofía está bien". Afortunadamente, a estas horas no hay nadie en casa. Entro sin ser invitada, sintiendo la familiaridad de algunos muebles que fueron nuestros como un bálsamo y una tortura. "Necesito hablar. Ahora".
Cierra la puerta lentamente, observándome. Me conoce demasiado bien. Sabe que algo va fundamentalmente mal.
"Vale. Siéntate. ¿Quieres un vaso de agua? ¿Algo más fuerte?".
Niego con la cabeza y me siento en el borde del sofá, incapaz de relajarme. Se sienta frente a mí, guardando esa distancia profesional que mantiene por defecto.
"Es Celine. Una paciente mía".
Laura espera, pacientemente.
"¿Te acuerdas de Anna? Esa abogada, mi paciente que murió el año pasado".
Laura frunce el ceño. "Claro. Te quedaste destrozada. ¿Qué pasa con ella?".

Respiro hondo. "Celine era su esposa. O mejor dicho, exesposa".
Veo el shock cruzar el rostro de Laura, sus ojos abriéndose ligeramente. Se inclina hacia mí. "¿Qué? ¿Cómo es eso? ¿Estás segura?".
"Absolutamente. Vi fotografías. La historia encaja. Era ella".
Laura se pasa la mano por el pelo, un gesto nervioso que raramente le veo. "Mierda, Eleonor. ¡Mierda! Sabes lo que esto significa, ¿verdad? ¿Ética? ¿Conflicto de intereses?".
"¡Claro que lo sé! ¿Crees que soy idiota?". Mi voz se alza, la angustia rompiendo la superficie.
"¡Entonces por qué sigues atendiéndola! ¡Deberías haberla derivado en el instante en que te diste cuenta!".
"¡No me di cuenta enseguida! Solo…, solo después de la última consulta. Y hoy…, hoy me ha contado más". Dudo, sintiendo el peso de las siguientes palabras. "Anna tenía una malformación cardíaca. Nunca me lo dijo".
Laura palidece visiblemente. "No me digas que…".
"Las pastillas que le receté, Laura. Pudieron causar una arritmia". La confesión sale en un hilo de voz.
Laura se levanta de un salto y camina por el salón, agitando las manos. "No, para. No podías saberlo. Omitió una información crucial. ¡La responsabilidad no es tuya!".
"¿Cómo no va a serlo? ¡Yo era su médica! ¡Y ahora estoy tratando a la mujer que dejó, a la mujer de la que posiblemente abusaba emocionalmente!".
"¡Exactamente! ¡Y por eso tienes que parar! Esto es una bomba de relojería. Tienes que derivarla. ¡Ya!". Laura se planta frente a mí; habla con voz firme, pero tiene los ojos llenos de una preocupación que me desarma.
"No puedo, no puedo", murmuro de forma casi infantil.
Ella se arrodilla frente a mí, en un gesto inesperado, que rompe la distancia entre nosotras. Toma mis manos frías, un contacto familiar que me reconforta. "Eleonor, escúchame. Sé que te sientes culpable. Recuerdo cómo te quedaste cuando Anna murió. Recuerdo tus noches en vela, tu obsesión por entender dónde habías fallado. Pero seguir con esto solo va a empeorar las cosas. Para ti y para ella".

"No puedo…". Tengo que decírselo. Tengo que compartir esta carga insoportable.
Laura entrecierra los ojos, su aguda intuición en funcionamiento. Antes de que continúe, retrocede ligeramente y endurece su expresión: "¡Te sientes atraída por ella!". No es una pregunta, es una acusación.
Niego con la cabeza, incapaz de hablar. Tengo un nudo en la garganta, siento las lágrimas a punto de desbordarse y una soledad abrumadora ante sus palabras.
Vuelve a caminar por el salón, la tensión evidente en cada movimiento. "¡Te sientes atraída por ella!", repite, esta vez con incredulidad y furia contenida. "Es… increíble, Eleonor. ¿Una paciente? ¿La exesposa de otra paciente tuya, cuya muerte puede estar vinculada a ti?".
"¡No!". Mi voz se quiebra. "Lo estás entendiendo todo al revés".
Se detiene y se vuelve hacia mí, la rabia ahora visible en su rostro; me recuerda nuestras propias discusiones, nuestra pasión destructiva.
"¿Qué es lo que quieres, Eleonor? ¿Quieres que te diga que todo está bien? ¿Que es normal que quieras follarte a tu paciente mientras lidias con la culpa de lo que sea que le pasó a su exesposa?". Las palabras son brutalmente crudas.
Me levanto, encarándome a ella. "¡No me hables así! ¡He venido aquí porque pensé que lo entenderías!".
"¿Entender qué? ¿Tu capacidad infinita para meterte en las situaciones más jodidas posibles?". Se acerca, invadiendo mi espacio; la mirada dura, el olor —el perfume que usa desde hace años—, la proximidad de su cuerpo… Es demasiado familiar, demasiado peligroso. "Siempre es así contigo, ¿no? Tienes hambre de drama, ¡aunque eso te destruya!".
"¿Y tú? ¿Tú eres un ejemplo de estabilidad?", replico, dejando que el dolor se transforme en rabia. "¿Tú, que saliste por la puerta y me dejaste recogiendo los pedazos? ¿Tú, que ahora tienes tu vida perfecta con tu mujer perfecta?".
"¡No metas mi vida en este lío!", grita Laura, con el rostro a centímetros del mío. "¡Esto es sobre ti! ¡Sobre tu falta de límites!

Quizá necesites el caos para sentirte viva", susurra, con la voz cargada de una amargura antigua. "Quizá me fui porque nuestra normalidad te asustaba".
Veo la vacilación en sus ojos, una fracción de segundo donde la rabia da paso a otra cosa. Levanta la mano y sus dedos se ciernen a milímetros de mi cara.
"Tienes que derivar a Celine, Eleonor. Mañana. Sin excusas".

CAPÍTULO 14

Casa de la Playa

RENATA

"¡Otra ronda!", grito por encima del jaleo habitual del bar, haciéndole señas al camarero. Elga pone los ojos en blanco, pero sonríe, mientras Andy gesticula con entusiasmo, contándonos su fallido intento de hacer bailar a Mark. Sentado a su lado, Mark trata de parecer divertido, pero fracasa estrepitosamente. Típico de Andy.

"Entonces, ¿qué tal tu nueva amiga?", empieza Elga, inclinándose sobre la mesa con un brillo cotilla en los ojos en cuanto llegan las nuevas cervezas. "¿Cómo fue el encuentro con nuestra psiquiatra favorita? ¿Tenemos ya al personaje psicológicamente diseccionado y listo para rodar?"

Le doy un trago generoso a la cerveza, sintiendo su amargo frescor. "Ni me lo menciones", refunfuño, haciendo girar la botella en la mano. "Habíamos quedado en su consulta para seguir trabajando en el guion. Llego allí, puntualísima, y nada."

"¿Nada cómo?", pregunta Andy, interrumpiendo su propia perorata dramática. "¿La puerta cerrada?"

"Peor. La puerta abierta, la asistente con cara de circunstancias, diciendo que la doctora se había marchado de sopetón unos minutos antes. Sin explicaciones, sin mensaje, sin nada." Me encojo de hombros, intentando parecer más indiferente de lo que realmente estoy. "La llamé más de diez veces. Teléfono apagado. Espero que esté bien. No parecía ser de ese tipo de personas."

"¡Guau! ¡Qué diva!", exclama Andy con los ojos brillantes. "¡Me encanta!"

"O tal vez tuvo una emergencia familiar", sugiere Elga, siempre más práctica. "Qué sé yo, la hija es adolescente, ¿no? Debe de dar guerra."

"O un lío de faldas", añade Mark tímidamente, entrando en la conversación. "Un encuentro clandestino que no podía esperar."

Suelto una carcajada. "Vosotros y vuestras teorías. Probablemente solo tuvo una migraña y se fue a casa a dormir. Es muy correcta, muy formal." Digo esto, pero la imagen de ella, pálida y alterada cuando llegué a la consulta la semana pasada, me vuelve a la mente.
"No sé", dice Elga, pensativa. "Me pareció interesante cuando la describiste. Caló enseguida tu farsa. Tiene ojo clínico. ¿Y ahora te invita a un café, dice que va a ayudar y luego se esfuma? Sospechoso."
"Sospechoso es tu segundo nombre, Elga", la provoco. "Que se joda. Tenemos una película que hacer y, más urgente aún, una obra que llevar al certamen."
"¡Ah, la famosa obra!", dice Andy con un desplante teatral. "¿Cómo van los ensayos?"
No puedo evitar sonreír. "Mejor de lo que esperaba, la verdad. Mucho mejor." Bebo otro trago. "Mi colega se cogió unos días, `enferma´", hago comillas en el aire. "¿Y, sinceramente? Creo que los chicos necesitaban un respiro."
"¿Un respiro o improvisar más escenas sobre orgasmos?", pregunta Elga con una sonrisilla maliciosa.
"¡Eso fue solo una vez, y fue un ejercicio válido sobre intensidad y vulnerabilidad!", me defiendo, aunque todavía me pregunto si no habré ido demasiado lejos. "Pero el otro día, por ejemplo, estábamos trabajando la escena de una revelación, donde un personaje descubre que lo han traicionado."
Me inclino hacia adelante, sintiendo cómo vuelve la energía. "Estaban atrapados en el texto, ¿sabes? Decían las palabras, pero no había nada detrás. Parecía que leían un informe."
"Ahí viene la directora", murmura Andy, guiñándole un ojo a Mark.
Lo ignoro. "Les mandé improvisar, solo emoción en carne viva."
"¿Y funcionó?", pregunta Mark, realmente interesado.
"Fue brutal. Se hizo el silencio en la sala cuando terminaron. Nadie respiraba. Encontraron algo auténtico allí. Sin marcas de tiza en el suelo, sin preocuparse por la proyección perfecta de la voz. Eso es lo que necesitamos para ganar esa mierda de certamen del Teatro Municipal."

"Espera un momento", dice Mark de repente, frunciendo el ceño y dejando la cerveza. "¿Certamen? ¿Teatro Municipal?"
"Sí", respondo, sin entender el cambio de tono.
Mark mira a Andy y luego a mí. "¿Teatro Municipal? ¿Ese concurso de nuevas propuestas escénicas?"
"El mismo", confirmo.
"Mi madre…", empieza, con la voz vacilante. "Mi madre estaba ensayando una obra para ese concurso."
Nos quedamos todos en silencio un instante, procesándolo.
"¿Tu madre?", repito, incrédula. "¿La profesora 'clásica donde las haya'?"
"Sí", confirma, pareciendo tan sorprendido como nosotros. "Quiero decir, ella mencionó el concurso, pero nunca até cabos… contigo."
"¿Martha?"
"Sí, mi madre es Martha Rupper."
Claro, la fotografía del salón. Era él el chico, Mark es hijo de Martha. ¿Cómo no se me ocurrió? ¿Cómo es que él nunca ató cabos cuando me oyó hablar de mi "colega difícil"? Quizá mi descripción fue demasiado pintoresca. O quizá él estaba demasiado absorto en los dramas de Andy.
En medio de la confusión que me bulle en la cabeza, surge la pregunta ineludible: "¿Dónde está? ¿Por qué dejó los ensayos a medias?"
"No se encontraba bien. A veces le dan estos arrechuchos; no sé si es estrés o si son mareos de verdad, but no es la primera vez. Hablé con ella ayer, estaba mejor. Preocupada por la obra, claro." Mark interrumpe lo que está diciendo y suelta una carcajada. "Perdona, es que ahora estoy atando cabos: eres tú de quien habla. Tú eres la colega que va a dar al traste con todo su trabajo 'serio'." Su risa es contagiosa y todos, yo incluida, nos unimos al coro de carcajadas.
"Mi madre se fue a casa de una amiga. A la playa, creo. No sé cuánto tiempo se quedará, pero no estará aquí para su próxima actuación. Al menos, eso me dijo."
"¿Próxima actuación?", pregunta Andy. "¿Hay más?"
"¿En qué mundo vives?", respondo irritada; nunca presta atención a nada. "El certamen tiene tres fases. Pasamos la primera, ahora

tenemos la audición semifinal. Solo tres grupos pasan a la final, esa sí, en el Teatro Municipal."
"Guau. Presión", comenta Elga. "¿Y vas a hacerlo sin Martha?"
"Al parecer", digo, encogiéndome de hombros. Una parte de mí siente una punzada de pánico; la otra, una perversa satisfacción por tener el escenario solo para mí. "Tenemos que presentar solo una escena principal. Creo que vamos a llevar la de la discusión y el beso." El recuerdo del ensayo me provoca un escalofrío involuntario.
"Bueno, si necesitas un actor más…", empieza Andy.
"Ni se te ocurra", lo corto de inmediato. "Vamos con los que tenemos. Y vamos a arrasar." Digo con más confianza de la que siento.
La conversación deriva hacia otros temas, pero mi cabeza sigue dándole vueltas. Martha. El certamen. La huida. El beso. Demasiadas piezas sueltas. Antes de irnos, llevo a Mark discretamente a un rincón.
"Mark, oye", empiezo, con mi tono más dulce y persuasivo. "Sé que tu madre necesita descansar, y lo respeto. Pero esta audición es muy importante para el proyecto. ¿Sabes dónde está? Si pudiera hablar con ella, aunque solo fuera media hora, ayudaría muchísimo."
Él duda, mirando a Andy, que gesticula al otro lado del bar. "No sé… Parecía que de verdad necesitaba estar sola. Pero puedo darte el número y la llamas."
"Yo tengo el número", miento. "Tiene que ser en persona, quiero enseñarle unas cosas del ensayo. Creo que podría ser bueno para coordinar estrategias, incluso para que no piense que estoy `dando al traste con su trabajo'", le guiño un ojo, usando sus palabras y una dosis calculada de encanto.

**

Leo y releo el correo. Hemos pasado. Contra todo pronóstico, hemos pasado. El método funcionó. La emoción en carne viva, la improvisación controlada, la verdad que intenté arrancarles… resultó. Siento una oleada de euforia, de validación. Cojo el teléfono instintivamente. Quiero llamar a Elga y a Andy, quiero… quiero llamar a Martha.

Me detengo. ¿Llamar a Martha? ¿Para qué? ¿Para decirle que mi método funcionó sin ella? ¿Para preguntarle por qué huyó? ¿Para provocarla?
En un impulso, cojo las llaves del coche. Enciendo el móvil y confirmo la dirección que me dio Mark; no está tan lejos. "Voy para allá a darle la noticia", digo al vacío.
*
Las luces están encendidas. Se oye el romper de las olas, con un ritmo constante y poderoso. Respiro hondo el aire salado, intentando calmar el corazón, que me late desbocado. ¿Qué demonios estoy haciendo aquí?
Bajo del coche y siento la gravilla crujir bajo mis pies mientras camino hacia la puerta del pequeño edificio de apartamentos. Está apenas entornada; la empujo y subo la escalera de dos en dos. Frente a la puerta de madera, golpeo suavemente con la palma de la mano. Una, dos veces.
Espero. Oigo movimiento dentro. Pasos. La puerta se abre, apenas una rendija.
Martha. Está en vaqueros y camisa; nunca la había visto así. El pelo suelto, cayéndole sobre los hombros, la hace parecer más joven.
"¡¿Renata?! ¿Qué haces aquí? ¿Cómo es que…?"
"Hola, Martha." Fuerzo una sonrisa natural. "Supe que estabas enferma. Vine a ver cómo estabas. Y a traerte noticias."
Ella no se mueve para dejarme pasar. Se cruza de brazos en postura defensiva. "¿Noticias?"
"Hemos pasado. Nos han seleccionado para la final." Hay un destello fugaz de sorpresa, quizá orgullo, rápidamente reemplazado por desconfianza.
"¿Cómo?"
"Con improvisación, con emoción. Funcionó." No resisto la provocación.
Ella suspira, pasándose la mano por el pelo. Parece cansada. Muy distinta de la profesora controladora. "No deberías haber venido."
"Probablemente no", convengo. "Pero necesitamos hablar. Sobre la obra. Sobre… nosotras."

Ella duda; su mirada recorre mi rostro. El deseo de cerrarme la puerta en las narices. Y el deseo… el deseo de otra cosa. La misma vacilación que sentí en sus labios aquella noche.
"Entra", dice por fin, abriendo más la puerta y haciéndose a un lado. "Pero no creas que esto cambia nada."
La casa es pequeña, acogedora; huele a mar y a madera. Hay una botella de vino abierta sobre la mesa baja y, al lado, un violín.
"¿Quieres beber algo?", pregunta, evitando mi mirada.
"Una copa de vino estaría bien", respondo, quitándome la chaqueta y dejándola en una silla. "No sabía que tocabas."
"Hay muchas cosas que no sabes", responde, apresurándose a guardar el instrumento en el estuche.
Durante un buen rato le hablo de la coincidencia de conocer a Mark, de que salga con mi amigo Andy, y la conversación casi parece normal. Pero es inevitable; yo lo sé, y ella también. "¿Huiste?", pregunto, como si la conversación anterior solo fuera el preludio que conduce a este desenlace.
Ella levanta la mirada desafiante. "Necesitaba pensar. Espacio."
"¿Espacio de mí? ¿Del trabajo? ¿O de ti misma?"
Martha da un sorbo al vino; sus labios presionan el borde de la copa. "Quizá de todo eso."
"¿Tanto te asustó el beso?" Voy directa al grano. Es mi estilo.
Ella se sonroja ligeramente, pero no desvía la mirada. "No fue el beso, Renata. Fue lo que sentí."
La respuesta me sorprende. Esperaba sarcasmo y, sin embargo, sus palabras son sinceras.
"¿Qué sentiste?" Me inclino ligeramente, acortando la distancia entre nosotras.
"Sentí que perdía el control", admite en voz baja.
"El control es una ilusión, Martha. Especialmente cuando se trata de esto." Hago un gesto vago entre las dos.
"Para ti es fácil", responde con amargura. "Es un juego."
Me levanto y voy hacia la ventana, mirando la oscuridad de fuera, donde rompen las olas. "Tú también jugabas aquella noche en la fiesta. Provocando, tanteando límites. Los tuyos y los míos." Me

vuelvo hacia ella. "¿O vas a decir que aquel ‘no sería con palabras’ fue solo una conversación casual?"
Ella también se levanta, dejando la copa en la mesa. "¡Yo no soy como tú, Renata! ¡Yo no juego!"
"¿No?" Doy un paso en su dirección. "Entonces, ¿qué fue aquello? ¿Qué fue aquel beso?" Estamos cerca ahora. Demasiado cerca. Siento el calor que emana de su cuerpo, el olor del vino mezclado con su discreto perfume. "Dime, Martha. ¿Qué fue aquello?"
Ella no responde. Tiene los ojos clavados en los míos y la respiración agitada.
"Deberías irte", susurra con voz ronca.
"No me voy", respondo con voz igualmente baja. No sé si el juego ha terminado o si apenas está empezando. Levanto la mano y le rozo la cara; su piel es suave, cálida. Ella se estremece, pero no retrocede. "Es tarde, hemos estado bebiendo, es mejor que no conduzcas. ¿Puedo pasar la noche aquí? En el sofá, claro."
Su mirada recorre mis labios. "No creo que sea buena idea."
"Probablemente no lo sea", convengo.

CAPÍTULO 15

Historias

MARTHA

"¿Pero desde cuándo hacemos solo lo que es buena idea?"

La pregunta flota entre las dos, cargada de electricidad. Los ojos de Renata brillan con un desafío divertido, esperando mi respuesta, mi rendición. Una parte de mí grita que la eche de aquí, que cierre la puerta y le dé dos vueltas a la llave. Pero otra parte, una que apenas reconozco, está fascinada. El recuerdo de sus labios en los míos… Es abrumador.

Retrocedo un paso, rompiendo el contacto físico, pero no el visual. Necesito aire, necesito pensar, pero el juicio parece haberme abandonado en el umbral de la puerta.

"No puedes quedarte aquí", digo con voz más débil de lo que pretendía. "Yo no puedo…"

"Lo sé", interrumpe Renata suavemente; el tono provocador ha sido reemplazado por una calma inesperada. "En el sofá. Prometo que me portaré bien." Sonríe, una sonrisa casi tímida que me desarma aún más que su osadía habitual. "A menos que me invites a dormir en el cuarto…"

"¡Renata!", reprendo, sintiendo cómo el rubor me sube por el cuello y temiendo que el temblor de mi voz me delate.

Ella levanta las manos en gesto de rendición. "Estaba bromeando. El sofá está perfecto. Solo necesito dormir unas horas antes de volver a la ciudad. Mañana hablamos de la obra."

La mención de la obra funciona como un salvavidas. "Cierto. Puedes quedarte en el sofá." Señalo hacia el salón. "Tienes dos mantas. El baño está al fondo. Buenas noches."

Le doy la espalda rápidamente, antes de que pueda ver el desconcierto estampado en mi rostro, antes de que pueda cambiar de opinión. Voy casi corriendo hacia mi habitación y cierro la puerta con un clic que resuena demasiado alto en el silencio de la casa.

Me apoyo en la puerta cerrada, con la respiración entrecortada y el corazón golpeándome las costillas. ¿Qué acabo de hacer? La he dejado quedarse. Está ahí, en el salón, a pocos metros. La mujer que me besó. La mujer a la que besé. La mujer que ha puesto mi mundo patas arriba.

Me quito la ropa apresuradamente y me pongo el pijama, buscando el consuelo del algodón gastado. Me meto en la cama y me tapo con las sábanas hasta la barbilla, como una niña que se esconde de los monstruos en la oscuridad.

El sonido de las olas de fuera es un murmullo constante que suele acunarme, pero no hoy, no esta noche. Cada pequeño ruido parece amplificado. Oigo sus pasos en el salón. ¿Estará preparando el sofá? ¿Habrá encontrado las mantas? La imagino allí, tan cerca. Su cuerpo, su piel, su olor. La imagen del beso vuelve, nítida, intensa. Sus labios en los míos, la vacilación inicial dando paso a una urgencia que me asustó y me excitó a partes iguales. El roce de sus manos en mis hombros…

Me revuelvo en la cama, frustrada. El deseo se mezcla con la culpa. Y el miedo se impone, helándome por dentro. Esto está mal. Es peligroso. Es mi colega. Es… mujer. Y estoy pensando en ella como nunca me he permitido pensar en nadie. Sin darme cuenta, he puesto una mano entre los muslos.

El silencio de la casa se vuelve opresivo. No puedo dormir. Su presencia, al otro lado de la pared, es una tortura silenciosa. ¿Estará ella también despierta?

Unos pasos ligeros en el pasillo responden a mi pregunta. Contengo la respiración. El corazón me da un vuelco. Los pasos se detienen. Unos golpecitos suaves en la madera de la puerta.

"¿Martha?" La voz es un susurro apenas audible. "¿Estás despierta?"

Me quedo inmóvil. Debería fingir que duermo. Ignorarla. La puerta se abre despacio y su silueta se recorta contra la tenue luz del pasillo.

"¿Puedo pasar? Solo un minuto."

Dudo. Una eternidad en un segundo. "Pasa", murmuro finalmente.

Entra y cierra la puerta sigilosamente tras de sí. No enciende la luz. Se acerca a la cama y, para mi sorpresa y alarma, se sienta en el

borde, cerca de mis pies. Siento cómo el colchón se hunde ligeramente con su peso. Su proximidad es sofocante.
"¿No puedes dormir?", pregunta, aún susurrando.
"No", admito. "¿Y tú?"
"Tampoco. Muchas cosas en la cabeza", hace una pausa. "¿En qué piensas?"
"En nada", miento. "Solo… cansancio."
"¿Cansancio?" Suelta una risita incrédula.
Siento cómo vuelve el rubor. "No vamos a hablar de eso, Renata."
"¿Del beso? ¿O del hecho de que huyeras?"
"Yo no huí. Necesitaba espacio."
"¿Espacio o levantar un muro a tu alrededor?" Puedo distinguir el brillo de sus ojos en la penumbra. "Háblame de tu marido. ¿Por qué os separasteis?"
La pregunta me pilla desprevenida. Nadie, excepto Celine, se atreve a tocar ese tema. "Eso no… no es asunto tuyo."
"Probablemente no", asiente, sin dejarse intimidar. "Pero tengo curiosidad. ¿Quién era ese hombre que te hizo levantar muros tan altos?"
"Él no hizo nada", digo a la defensiva. "Nosotros… éramos distintos. Queríamos cosas distintas."
"¿Cosas como pasión? ¿Emoción?", pregunta Renata. Es como si oyera un eco cruel de las palabras de Thomas. Me pongo tensa.
"No sabes de lo que hablas."
"Quizá no. Pero sé lo que vi. En el escenario. En la fiesta. Y ahora." Hace una pausa. "Martha… aquel beso… ¿fue la primera vez?"
La pregunta queda flotando en el aire, cargada de significado. Desvío la mirada hacia mis manos, posadas sobre el edredón. Mentir sería fácil. Más seguro. Pero hay algo en su tranquila presencia, en la inesperada intimidad del momento, que me desarma.
"No." La confesión me cuesta más de lo que esperaba. "Necesito una copa de vino", digo, sintiendo la necesidad de algo que me anestesie. "Voy a por ella."
Hago ademán de levantarme, pero la mano de Renata se posa suavemente en mi brazo, deteniéndome.
"No", dice con calma. "No necesitas eso ahora."

Retrocedo, sorprendida por su rechazo y asertividad. Miro su mano en mi brazo y luego su rostro. Hay una seriedad en su mirada que rara vez le he visto.
"¿Por qué?", pregunto.
"Porque quiero entender. Quiero que tú entiendas." Retira la mano lentamente. "Sabes, cuando gané aquel premio, el primero importante, tenía veintiséis años. Veintiséis años, Martha." Suelta una breve risa nostálgica. "Fui sola a la ceremonia. No avisé a nadie, no invité a mis padres. Habrían ido, pero en realidad no los quería allí. El momento era mío, solo mío."
Se reclina ligeramente, apoyando las manos en el colchón tras de sí. "Después de la ceremonia, me invitaron a una fiesta. Una fiesta de Sphere. Conocía de nombre la organización. Una amiga de mis padres es miembro y, a lo largo de los años, les oí varias veces hablar del tema. Siempre me pareció fascinante que existiera una organización así, casi secreta, formada casi exclusivamente por mujeres lesbianas de toda Europa, pero nunca creí en el poder que decían tener, y menos aún en las descripciones fantasiosas del glamur de muchas de sus miembros. Aquella noche me invitaron y acepté. Me encontré en un hotel de lujo, de esos que solo se ven en las películas. Champán, mujeres famosas, artistas, críticas… y, definitivamente, mucho glamur."
La escucho con atención, intentando imaginarla joven, en aquel escenario tan poco acorde con la persona sencilla y a menudo rebelde que conozco.
"Me sentí fuera de lugar", prosigue. "Pero, al mismo tiempo… me sentí viva. Libre. Conocí a mujeres fascinantes que no pedían disculpas por ser quienes eran."
Hace una pausa; está perdida en recuerdos lejanos. "Una de ellas, Emma, tenía una mirada que te desnudaba el alma y una sonrisa que lo prometía todo. Acabamos en su habitación. Una habitación con vistas a la Torre Eiffel iluminada."
Renata baja el tono de voz y yo me inclino involuntariamente en su dirección, atrapada por la narración. "Fue… una noche de pasión en carne viva, sin juegos, sin reglas. Me enseñó cosas sobre el deseo, sobre el placer, sobre mí misma, que ni siquiera sabía que existían.

Fue intenso, abrumador. Como… como una obra de arte creándose en tiempo real."
Renata guarda silencio un momento; el eco de su historia flota entre las dos. Siento el cuerpo en tensión y la respiración contenida.
"Fue solo una noche", concluye, volviendo a mirarme. "Pero cambió mi forma de ver el mundo."
La miro, sentada en mi cama, en la penumbra de la habitación, y lo único en lo que puedo pensar es en lo peligrosamente cerca que está.
Se levanta, quizá para volver al sofá, quizá sintiendo que la conversación ha llegado a un punto muerto.
"Espera", digo, sorprendida por la repentina firmeza de mi propia voz. Se detiene, volviéndose hacia mí en la penumbra. "Cuéntame la historia de Emma."
"¿Otra vez? Acabo de contártela."
"No", insisto, sintiendo cómo un calor me sube al rostro, una audacia que no reconozco. "Cuéntamela como… como si estuvieras en el escenario. Quiero oír los detalles. Quiero vivirlo." La última palabra es casi un susurro, una confesión de mi fascinación.
Renata me observa en silencio un buen rato; creo que se va a marchar. Puedo sentir la intensidad de su mirada incluso en la oscuridad. Luego, una lenta sonrisa se dibuja en sus labios, una sonrisa que no logro descifrar del todo. Vuelve a sentarse en el borde de la cama, acomodándose y girándose de frente a mí. Su postura cambia, se vuelve más presente, más deliberada.
"De acuerdo, Martha", dice, y su voz se transforma. Desaparece la colega provocadora y surge la actriz. La voz baja, se vuelve más grave, más lenta; cada palabra, elegida con precisión, cargada de sensualidad. "París. La fiesta de Sphere. Una habitación en un hotel de un lujo casi obsceno. Una pared de cristal con vistas a la ciudad de las luces brillando allá abajo. Champán helado. Y Emma…"
Cierro los ojos, dejándome llevar por su voz, por la imagen que empieza a esbozar.
"Emma me pidió que me pusiera de pie, en el centro de la mullida alfombra. La luz de la ciudad entraba por la ventana, dibujando

sombras. Se sentó en un sillón de terciopelo oscuro y, simplemente, se quedó mirando. Su mirada era física, la sentía en la piel."
Un escalofrío me recorre. Mi respiración se vuelve entrecortada.
"'Quítate el vestido', me dijo, con una orden suave. 'Despacio. Quiero ver cada movimiento'. Y obedecí. Me quité el vestido lentamente, sintiendo cómo la tela se deslizaba por mi cuerpo. Lo dejé caer al suelo. Me quedé solo con la lencería que había elegido con tanto esmero. Encaje negro."
Imagino la escena. Renata, joven, nerviosa y excitada, desvistiéndose bajo la intensa mirada de otra mujer. Una punzada de algo parecido a los celos se mezcla con el calor que siento entre las piernas.
"'Continúa', murmuró. La voz de Emma era como terciopelo ajado. Me quité el sujetador; sentí mis pechos expuestos al aire, a la distante luz de la ciudad… y a su mirada. Después, las bragas. Me quedé allí, completamente desnuda, vulnerable y poderosa al mismo tiempo. En ese instante, se levantó…"
Mi mano se desliza bajo la sábana, buscando el calor de mi propio cuerpo. Dudo sobre la fina tela del pijama. Esto es una locura. Pero la voz de Renata continúa, implacable.
"Emma se acercó despacio. Se detuvo frente a mí. Tan cerca que sentía el calor de su cuerpo, el perfume caro mezclado con el olor de su piel. Sus ojos me recorrieron de pies a cabeza. Luego, se llevó los dedos a mis labios. 'Eres hermosa', susurró. Y me besó."
Mi mano finalmente encuentra el contacto que busca bajo el pijama. Es un roce vacilante, tímido.
"No fue un beso apresurado", prosigue Renata, pareciendo completamente ajena a mis movimientos. No obstante, su voz suena más baja, más íntima. "Fue un beso lento, profundo. Su lengua en la mía, provocándome más y más. Sus manos bajaron por mi espalda, por la curva de mi cintura, y se detuvieron en mis nalgas, apretándolas con fuerza. Luego, se apartó ligeramente y se arrodilló."
No hay forma de disimularlo, mi respiración es entrecortada; es imposible que no lo note. Mi mano se mueve bajo el pijama. Cierro los ojos y me concentro solo en su voz.

"Emma me besó la cara interna de los muslos, subiendo lentamente, con su aliento cálido sobre mi piel. 'Te deseo', dijo con voz ebria de anhelo. Ay, Martha, la forma en que usaba la lengua… Primero, una caricia suave, casi una tortura. Después, más firme. Sus dedos dentro de mí… Perdí el control. Le agarré los hombros, arqueé la espalda. Era placer puro, sin filtros."

Me muerdo el labio para ahogar un gemido. Dejo que mi mano se deslice cada vez más rápido, al son de la voz de Renata. Siento cómo se me acelera el pulso y la tensión se vuelve casi insoportable.

Es impresionante cómo no le tiembla la voz. Quizá haya una nueva intensidad, una conciencia del poder que sus palabras ejercen sobre mí.

"Continuó. Sin prisa, pero con determinación. La lengua moviéndose de forma profunda y rítmica. Los dedos la acompañaban. Estaba perdida. Sentía que llegaba el momento. Intenté luchar contra ello, prolongar el instante, hasta…"

La descripción me golpea con violencia. Acelero el ritmo, desesperada. Sé que es inevitable. Intento contenerme, intento guardar silencio, pero es imposible. Un gemido se escapa de mis labios, mi cuerpo se contrae. Agarro las sábanas con fuerza, sintiendo una oleada que me atraviesa sin control, que me deja sin aliento.

El silencio que sigue es profundo, absoluto, solo roto por mi respiración entrecortada, irregular, demasiado sonora en la oscuridad de la habitación, y por el lejano sonido del mar. Permanezco inmóvil, con los ojos cerrados, sintiendo una aguda vergüenza mezclada con una liberación desconcertante y una vulnerabilidad descarnada.

No abro los ojos. No puedo mirarla, ni siquiera en la oscuridad. ¿Qué he hecho? ¿Qué me ha hecho, sin un solo roce entre las dos?

La oigo respirar suavemente, ahí, sentada al borde de mi cama. No se mueve, no dice nada. ¿Qué estará pensando? ¿Se habrá dado cuenta? Claro que se ha dado cuenta. Habría sido imposible no percatarse.

Siento los párpados pesados. Me sumo en un sueño agitado, con la perturbadora conciencia de su presencia tan cercana, separada de mí solo por unos centímetros de oscuridad.

Cuando me despierto, la luz de la mañana inunda la habitación a través de la pequeña ventana. Me incorporo en la cama de golpe, con el corazón desbocado.
"¿Renata?", llamo, vacilante.
Silencio. Solo el familiar sonido de las olas.
Me levanto apresuradamente. Bajo las escaleras corriendo. El salón está ordenado. El sofá está hecho, la manta doblada con esmero sobre uno de los brazos. Ni rastro de ella. Ninguna nota. Nada.
Siento una mezcla de alivio y una punzada de decepción. Cómo se atreve a irrumpir así en mi vida, a ponerlo todo patas arriba y luego desaparecer.
Salgo al balcón. El mar está en calma hoy, el sol brilla. Una paz que contrasta violentamente con lo que siento por dentro. Miro hacia la inmensidad azul y una certeza empieza a tomar forma, una necesidad urgente que se impone a la vergüenza y al miedo. Necesito hablar con ella. Necesito respuestas. O quizá solo necesite estar cerca de ella otra vez.
Vuelvo dentro y empiezo a recoger mis cosas apresuradamente, con la mente puesta en un único objetivo.

CAPÍTULO 16

'Y si'

ELEONOR

En los últimos días me he refugiado en el trabajo, intentando llenar las horas con la lógica ordenada de la vida de otros, algo muy típico en mí en momentos como este. Normalmente, el trabajo me da la paz, la tranquilidad, que no encuentro en mi vida. Pero, claro, normalmente no me enamoro, pienso, sin evitar una sonrisa amarga, a pesar de todo.

No puedo contarle nada a Irene, pero ella me conoce demasiado. Ayer fui a la librería, después de salir de la clase de yoga. La verdad es que, poco a poco, hasta empieza a gustarme, tal vez Martha tenga razón. Irene estaba subida a lo alto de la escalera, colocando libros en las estanterías.

"¿Un té?", me preguntó, sin siquiera girarse.

"Acepto", respondí, sentándome en uno de los sillones, sintiendo cómo los músculos tensos se me relajaban un poco.

Ella trajo dos tazas humeantes y se sentó frente a mí, observándome por encima del borde de la suya. Su mirada era, como siempre, demasiado aguda.

"Y bien", empezó ella como quien no quiere la cosa, "¿Tu amiga del yoga ha desaparecido? No la he visto por aquí."

Tragué con dificultad el té caliente. "¿Martha? No sé, tampoco la he visto en el estudio esta semana."

"Qué extraño", comentó Irene, dejando la taza. "Parecía que le gustaba esto. Hasta me encargó un libro de aquella autora islandesa de la que te hablé."

"A lo mejor está enferma", sugerí, encogiéndome de hombros.

Irene se quedó en silencio por un momento, sólo observándome. Conozco esa mirada. Es la mirada que antecede a una verdad inconveniente.

"Tienes una cara horrible, Eleonor", dijo, sin rodeos.

Forcé una sonrisa. "Gracias por la sinceridad. Es sólo el cansancio."

"No", contrapuso ella, negando con la cabeza. "Conozco tu cansancio. Conozco tu estrés con Sophia y tu eterno lío con Laura. Esto es diferente." Se inclinó ligeramente. "Tienes una mirada... febril. Estás más delgada. ¿Qué te pasa que no me cuentas?"
Desvié la mirada, revolviendo mi taza. La tentación de contárselo todo era enorme. Contarle sobre Celine, sobre Anna, sobre el miedo de haber cometido un error fatal, sobre el deseo que me consumía y me avergonzaba. Pero, ¿cómo? Era imposible.
"Son sólo..., sólo los problemas de siempre, Irene. Ya sabes cómo es." Intenté sonar convincente.
"No, no lo sé", insistió ella, suavemente, pero con firmeza. "Si fueran los problemas de siempre, hablarías de ellos. Le gritarías a Laura por teléfono, te desahogarías sobre Sophia, me contarías tus sueños. Pero estás callada. Cerrada. Y tienes esa mirada, como si estuvieras guardando un secreto."
Tragué saliva. El silencio fue mi respuesta. No podía negarlo.
*
Pasaron tres días. ¿O cuatro? Perdí la cuenta. La discusión con Laura dejó un rastro de destrucción silenciosa, sus palabras siguen flotando en el aire.
Necesito retomar el control, o al menos la apariencia de ello. Me acuerdo de Renata, la dejé plantada. Me envió varios mensajes, pero nunca llegué a responder. Cojo el teléfono y respiro hondo. Tengo que normalizar la vida, enfocarme en algo concreto como su guion. Marco el número.
Buzón de voz. Cómo no. "¿Renata? Es Eleonor", comienzo, esforzándome por mantener la voz ligera, profesional. "Sólo..., sólo quería pedir disculpas por el otro día. Estaba... un poco indispuesta. Me surgieron algunas cosas que resolver. Si aún quieres discutir aquellas notas sobre el personaje, o si necesitas ayuda con la investigación, dímelo. Un saludo." Cuelgo, avergonzada de mi propia falta de sinceridad.
**
La cena con Sophia, que volvió hoy de casa de Laura, con el aura habitual de quien viene de pasar unos días en un spa de libertad, es un ejercicio de tensión contenida. El silencio entre nosotras es un

abismo que ninguna de las dos parece dispuesta a cruzar. La comida – cualquier cosa que he sacado del congelador – no tiene sabor.
"Y bien", comienzo, la voz demasiado alta en el silencio. "¿Todo bien por el instituto esta semana?"
"Sí", responde, con los ojos fijos en la pantalla del teléfono que ha dejado al lado del plato.
"¿Y el examen de mates? ¿Ya sabes la nota?"
"Aún no."
"¿Hablaste con Laura sobre...?"
"Mamá, ¿podemos no hablar de eso ahora?", me corta ella, en un tono cargado de hastío adolescente y esa lealtad a Laura que me hiere. "Estoy comiendo."
Me rindo. Mi propio teléfono vibra sobre la mesa. Una vez. Echo un vistazo. Celine. Siento cómo el corazón me da un vuelco doloroso en el pecho. Desvío la mirada rápidamente, enfocándome en el plato. Ignóralo. Acuérdate de Laura. Acuérdate de Anna. Ignórala, me grito por dentro.
Bip. Otro mensaje. Sophia levanta los ojos de su pantalla, una sonrisa irónica se forma en sus labios. "Alguien está muy solicitada hoy. ¿Más trabajo? ¿O la Doctora tiene una vida social secreta? ¿No vas a mirar?"
"No es importante", murmuro, sintiéndome enrojecer. Aparto el teléfono a un lado, pero inmediatamente vuelve a vibrar. Esta vez, en una secuencia rápida de notificaciones. Mi pulso se acelera. La curiosidad y la ansiedad se mezclan con el pánico que he intentado suprimir en los últimos días. Discretamente, lo cojo por debajo de la mesa.
"Eleonor, buenas noches. ¿Es posible adelantar nuestra consulta? Celine."
Respira hondo, pienso. Sé profesional.
Antes de conseguir poner en práctica cualquiera de mis intenciones, el teléfono suena otra vez. Intento cogerlo con tal rapidez que se me escurre y cae al suelo. "¿Todo bien? ¿Hiciste lo que tenías que hacer?". Laura. Sólo podía ser Laura. Frustrada, me levanto y voy a la cocina a buscar más agua.

Cuando vuelvo a sentarme, la luz del mensaje parpadea. Respiro hondo antes de abrir. "Por favor, Eleonor. ¿Podemos tener consulta mañana?"
La súplica es directa, desprovista de formalidades, cargada de una urgencia que me golpea de lleno. Su imagen surge en mi mente, vívida: la mirada húmeda cuando habló de Anna, la forma en que se mordió el labio, la curva del cuello, el olor sutil a pintura y a perfume que quedó impregnado en la consulta, o tal vez sólo en mi memoria. El recuerdo es tan fuerte que casi puedo sentirlo aquí.
Oigo la voz de Laura en mi cabeza, fría y acusadora. Derívala.
"¿Vas a quedarte pegada al móvil o vas a comer?" La voz de Sophia es una navaja afilada.
"Perdona", murmuro, soltando el teléfono como si quemara. "Sólo estaba... confirmando algo urgente."
Sophia pone los ojos en blanco y vuelve a concentrarse en su propia pantalla, ajena a la batalla que se libra dentro de mí.
Es una batalla perdida. Lo sé, incluso antes de volver a coger el teléfono. El 'no' racional, ético, quedó ahogado por una corriente más fuerte. La atracción es tan inexplicable como intensa.
Mis dedos tiemblan ligeramente mientras desbloqueo la pantalla. Ignoro las voces de la razón, de la culpa, de Laura. Ignoro la sombra de Anna y el abismo ético bajo mis pies. Lo ignoro todo, excepto el pulso acelerado, el temblor en las piernas y la imagen de sus ojos.
Escribo la respuesta, las palabras parecen pertenecer a otra persona, a una Eleonor más imprudente y definitivamente más peligrosa.
"Puedo hacer un hueco mañana por la mañana. A las nueve. ¿Te viene bien?"
Envío.

**

Respiro hondo, una última vez. Me enderezo en la silla. Compongo el rostro con la máscara de neutralidad profesional. Es hora del espectáculo. Un espectáculo donde soy simultáneamente actriz y espectadora de un desastre inminente.
"Puedes entrar."
La puerta se abre y Celine entra. La ligereza que noté en la consulta pasada se ha disipado, dando lugar a una calma tensa, casi

expectante. Viste unos vaqueros oscuros y una camisa blanca sencilla, abierta en el cuello, revelando la curva delicada de la clavícula.
"Buenos días, Eleonor." La sonrisa es educada, pero contenida.
"Buenos días. Siéntate, por favor." Indico el sofá con un gesto que espero parezca natural, a pesar de que mi corazón parece que va a salírseme del pecho. Ella se sienta, cruzando las piernas de forma elegante, posando las manos en el regazo. El silencio se instala, y yo lucho por encontrar el tono correcto.
"¿Ha pasado algo?" Evito su mirada directa, enfocándome en mis notas invisibles.
Ella levanta los ojos y me encara. Siento el impacto de aquella mirada como una fuerza física. "Lo que pasa es que no consigo dejar de pensar", dice, en voz baja. "En nuestra conversación. En todo."
Siento mi cuerpo reaccionar. "Es natural que las sesiones traigan pensamientos, emociones..."
"No es eso", me corta ella, impaciente. "No son pensamientos 'normales' de la terapia. Es... diferente." Duda, como si buscara las palabras, o tal vez sólo el coraje para decirlas. "Es intenso."
"¿Intenso?" repito, sintiendo el aroma de su perfume.
"La forma en que me escuchaste. Cómo me miraste. Me sentí vista."
Cada palabra suya es una caricia peligrosa. No vayas por ahí, Celine, por favor.
"Forma parte del proceso crear un espacio seguro donde te sientas oída y comprendida." Sueno falsa, incluso para mí misma.
"Me vino bien que habláramos sobre Anna. Me liberó." Toca levemente su pecho. "Pero trajo otras cosas a la superficie."
"¿Qué cosas?" Continúo repitiendo sus palabras, agarrándome al profesionalismo técnico.
"Culpa", responde. "Culpa por haber huido. Culpa por no estar allí cuando ella murió. Y rabia. Rabia por hacerme sentir culpable hasta después de muerta."
"Es normal sentir emociones contradictorias, Celine." Digo las palabras correctas, pero me siento como una farsante. Desvío la mirada hacia sus manos, los dedos largos posados sobre la tela de

los pantalones. La imagino pintando, y siento un calor subirme por el cuello.
"¿Y si fue una arritmia súbita? ¿Y si ella estaba intentando llamarme y yo no le cogí el teléfono? Yo estaba en Milán..."
Cada palabra es como una aguja en mi conciencia. Las pastillas. Yo era su psiquiatra, fui yo quien se las prescribí. Mantengo la expresión impasible, pero por dentro siento el pánico queriendo volver.
"Enfocarnos en el 'y si' raramente ayuda. Lo importante es cómo lidiar con los sentimientos que esa duda provoca ahora", digo de forma automática.
Celine suspira y pasa la mano por el pelo. "Lo sé. Pero es difícil."
Me mantengo en silencio, animándola a continuar con un leve asentimiento de cabeza. Ella no lo sabe. No sabe que yo conocí a Anna.
"Y es extraño", continúa, "Porque al mismo tiempo que siento rabia, también la echo de menos. No a ella, exactamente. Sino la intensidad. Es enfermizo, ¿no?"
"Los sentimientos raramente son simples o lógicos, Celine. Especialmente cuando se trata de relaciones." Observo su boca, la curva del cuello expuesta por el pelo recogido, la forma en que los dedos se mueven distraídamente sobre la tela de los pantalones.El deseo. Se hace sentir, otra vez, insistente, peligrosamente real.
"Necesito sentir algo otra vez", dice, más para sí misma que para mí. "Algo diferente, que no me destruya."
Su mirada volvió a encontrar la mía, y esta vez con una vulnerabilidad casi interrogativa, que me deja sin aliento.
Trago saliva, agarrándome a todas las técnicas que conozco, como a una tabla de salvación. "¿Y qué sería diferente, Celine?"
Hace una pausa y después, en un susurro casi inaudible, añade: "Desde que empecé a venir aquí me siento diferente."
"¿Cómo es eso?", pregunto, con el propio corazón también acelerándoseme.
Me mira, y hay un brillo en sus ojos que no sé interpretar.
"No sé explicarlo. Más... consciente. De mis emociones. Y de las de los demás."

La consulta parece encogerse. Siento su mirada sobre mí demorarse un instante de más.
"La terapia puede intensificar nuestra percepción emocional", digo, con la voz distante, casi como si perteneciera a otra persona.
Ella asiente lentamente, pero no desvía la mirada. Sostengo su mirada, esperando, deseando, que diga algo más.
Finalmente, es ella quien aparta la mirada. "Tal vez tengas razón." Coge la mochila y se levanta.
"Hasta la semana que viene, Eleonor", dice, parándose en la puerta y volviéndose.

CAPÍTULO 17

Ecos de la platea

RENATA

"¿En serio vas a comer sólo eso?" Pregunto, señalando con el tenedor la ensalada casi intacta en el plato de Eleonor. Estamos en un restaurante italiano cerca de su consulta, un sitio tranquilo que ella sugirió después de que finalmente hubiéramos conseguido hablar y cambiar la fecha de nuestra reunión, aquella en la que me dejó plantada hace unos días.

Todavía siento un resquemor por su 'plantón', pero intento disimularlo. En el fondo, sé que soy yo quien necesita su ayuda para el guion. ¿Quién se olvida de una reunión, así sin más? ¿Quién apaga el teléfono y no responde a los mensajes? Mi furia inicial se apaciguó en cuanto la vi. Cuando llegué, ella ya estaba sentada en una mesa junto a la ventana, con la mirada perdida en el infinito, el rostro pálido y los ojos aún más hundidos que la última vez. Cualquier enfado se disipó, dando paso a una preocupación incómoda.

Ella se encoge de hombros, revolviendo una hoja de lechuga con poco entusiasmo. "No tengo mucha hambre."

"No tienes hambre, no duermes, a juzgar por esas ojeras... ¿qué te pasa?", cuestiono, metiéndome un bocado en la boca y masticando rápidamente para poder continuar. "Cuando llegué a tu consulta el otro día, parecías un fantasma, a punto de desmayarte. Y hoy, sigues con un aspecto pésimo, perdona la sinceridad." Insisto, dejando mis propios cubiertos. "Hablamos del guion, pero tú estás a millas de aquí. Tu cabeza está en otro lugar."

Eleonor suspira, un sonido pesado que no encaja con su postura habitualmente controlada. Se pasa la mano por la frente, como si apartara un pensamiento invisible. "No es nada. Sólo... cansancio acumulado."

"¿Cansancio?" Arqueo una ceja. Conozco el cansancio. Yo vivo cansada, entre ensayos y mi vida social errática. Esto no es

cansancio. "No me lo parece. Y no me vengas con la milonga de 'cuestiones que resolver'. Venga ya, Eleonor." Hago una pausa, suavizando el tono, buscando sus ojos, que evitan los míos, "No nos conocemos tan bien, es verdad, pero me gusta trabajar contigo. Me preocupa verte así. Si quieres hablar..." Me sorprendo de la sinceridad de mis palabras.
Sus dedos juguetean nerviosamente con la base del vaso de agua. "Es complicado, Renata. Mucho."
"La vida suele serlo," replico, quizás con más cinismo del que pretendía, encogiéndome de hombros.
Ella suspira de nuevo, y finalmente encuentra mi mirada. "Creo que estoy enamorada."
La confesión me pilla desprevenida. No por su naturaleza – el amor es banal – sino por la forma en que es dicha, el tono bajo, casi derrotado, como si fuera una sentencia. "Ok... ¿Y eso es malo por qué?", intento lo mejor que puedo mantener la voz neutra. "¿La persona no te corresponde? ¿Está casada? ¿Es un asesino en serie?" Trato de usar el humor para aliviar la tensión, pero ella no sonríe.
"Es... imposible," murmura. "Por todo. Por todas las razones que puedas imaginar, y algunas más."
"¿Mil razones?" Frunzo el ceño. "No hay tantas razones que hagan a alguien 'imposible'. A menos que estés enamorada de un fantasma."
Ella esboza una sonrisa triste, que no le llega a los ojos. "Quizás no ande lejos de eso. Es... imposible, Renata."
Me doy cuenta de que no voy a conseguir sacarle nada más. La forma en que dice 'imposible', la resignación pesada en la mirada... hay algo más ahí, una historia que no va a compartir. Y, sorprendentemente, respeto eso.
"Bueno," digo, cambiando de tema, para aligerar el ambiente y volver a lo que nos ha traído aquí. "Si el amor es tan complicado, quizás debas centrarte en el arte. Nuestra película te necesita. Y el personaje de la psiquiatra también. Ya decidimos que va a ser una mujer. Necesitamos tu ayuda para hacerla real, quizás incluso falible."
Conversamos sobre la película durante el resto del almuerzo, y durante unos minutos ella parece concentrarse, ofreciendo ideas

brillantes, análisis perspicaces, como siempre, pero siento la preocupación flotar bajo las consideraciones que va haciendo. Cuando nos despedimos, le doy un abrazo rápido e impulsivo. "Si necesitas cualquier cosa, Eleonor. Hablar, tomar una copa, gritar a alguien. En serio." Ella parece sorprendida por mi gesto, pero devuelve el abrazo por un instante, antes de apartarse, recomponiendo rápidamente su máscara.

**

"¡Concentración! ¡Claridad! ¡Cada sílaba tiene que ser un proyectil!" Mi voz resuena en la sala de ensayo. La presión está aumentando. Creo que pasamos a semifinales casi por milagro, y la final está a la vuelta de la esquina. Los chicos están nerviosos, una mezcla entre euforia y pánico, y yo también, aunque nunca lo admitiré.

La ausencia de Martha no ayuda. Anoche Mark me dijo que ella estaba mejor, pero que aún 'no se sentía lista'. ¿Lista para qué? Para enfrentarme, probablemente. La imagen de ella en aquella casa de la playa, el sonido de las olas, la respiración jadeante en la oscuridad, mientras yo le contaba la historia de Emma, me provoca una presión incómoda en el pecho. Quizás no debería haberme ido así. Pero, ¿qué hacer? ¿Esperar, decir buenos días? ¿Desayunar?

Decidí que hoy nos centraremos en lo básico. Técnica pura. Dicción, proyección, postura. Algo que Martha aprobaría, irónicamente. Quizás necesito sentir su control, aunque sea a distancia.

"¡Vamos! ¡Lengua en los dientes delanteros para las 'T's y 'D's! ¡Labios vibrantes para las 'B's y 'P's! ¡Quiero oír la respiración venir del diafragma, no de la garganta! Julia, 'La tela tenue de la araña'," lanzo.

Julia se endereza, respira hondo. "La-tela-te-nue-de-la-a-ra-ña." Las palabras salen vacilantes, poco nítidas.

"¡Otra vez! ¡Con más precisión! ¡Piensa en la claridad del sonido! ¡Imagina que estás esculpiendo cada sonido en el aire!" Corrijo su postura, un toque rápido en el hombro, en la espalda. "¡Erguida! ¡El sonido necesita espacio para salir!"

Pasamos de unos ejercicios a otros, sin darles tiempo a respirar, menos aún a protestar. Me acuerdo de mis clases como alumna, de los profesores, de los buenos y los malos, de aquellos que me

hicieron ser lo que soy. Me sorprendo de mi propia rigidez, bien distinta del enfoque que usé desde que llegué. Pero quizás es lo que ellos necesitan ahora. Una estructura. Un ancla técnica antes de la tempestad emocional de la obra. O quizás soy yo, quizás soy yo quien necesita urgentemente un ancla, sentir que tengo control sobre alguna cosa, ya que todo lo demás parece estar escapándoseme.

"Ahora, postura y voz", anuncio, caminando por el escenario con pasos firmes. "Vamos a coger un texto neutro. Noticias del periódico. Quiero que leáis con la máxima claridad, proyectando la voz hasta la última fila, manteniendo la columna recta, la mirada fija en un punto allá al fondo. Sin inflexiones. Sonido puro."

Reparto hojas con recortes de noticias aleatorias. El ejercicio se prolonga. Corrijo un hombro caído aquí, una vocal engullida allí, una respiración torácica acullá. Estoy tan centrada en los detalles técnicos, en la búsqueda de la precisión, casi militar, que a Martha le encanta, que tardo en darme cuenta.

Pero entonces, siento esa sensación inconfundible de estar siendo observada. Levanto los ojos instintivamente hacia la platea oscura. Mi cuerpo se congela por una fracción de segundo. Sentada en una de las filas del medio, inmóvil, una silueta perfectamente erguida. Martha.

Trago saliva, sintiéndome sin aire. Ha vuelto. No dijo nada. ¿Qué demonios está haciendo aquí?

Por un instante, pierdo la noción de todo a mi alrededor. Los alumnos siguen leyendo las noticias, pero su voz suena distante, ahogada por el zumbido en mis oídos. Siento un torbellino de sentimientos contradictorios explotar dentro de mí, todos al mismo tiempo, cada uno más grande que el anterior. Un nerviosismo repentino, una mezcla de irritación con euforia, y el deseo de…, de otra cosa.

"¡No!" Mi voz suena más alta, más cortante que antes, haciendo que uno de los alumnos se sobresalte y se calle a mitad de una palabra. "¡Esa 'S' está sibilante! ¡Más aire, menos presión en la lengua! ¡Y endereza la espalda! ¿Quieres que el sonido muera a medio camino y que nadie te oiga?"

Continúo el ensayo, pero todo ha cambiado. Mi postura se vuelve más rígida, mis gestos más bruscos. Mi voz ha ganado un tono más duro, impaciente. Me sorprendo usando sus expresiones, sus gestos. Me oigo haciendo correcciones que parecen salidas directamente de la boca de Martha. Clásica. Exigente. Implacable. Sin saberlo, o quizás sabiéndolo perfectamente, estoy actuando para un público de una sola persona. ¿Una demostración de fuerza? ¿Una provocación? Me odio. Pero no puedo parar.

El ejercicio termina en un silencio tenso, roto apenas por las respiraciones. Ellos me miran, confusos con mi cambio de humor, esperando instrucciones. Pero mis ojos están fijos en la figura inmóvil en la platea.

"Pausa de treinta minutos," declaro, en una voz seca, controlada al límite.

Sin mirar a nadie más, bajo las escaleras del escenario y camino por el pasillo oscuro de la platea, con el sonido de mis pasos resonando en la sala vacía. Me detengo en la fila delante de la suya. Martha no se mueve, sigue mirando al escenario, ahora vacío.

"Has vuelto," afirmo, en un tono sorprendentemente sereno.

Ella gira la cabeza en mi dirección. El rostro está indescifrable en la penumbra, pero consigo sentir la intensidad de la mirada que me evalúa de pies a cabeza.

"Eso parece," responde, con la voz igualmente controlada, quizás un tanto ronca. "Vine a ver los progresos."

"¿Progresos?" Suelto una risa corta, sin humor. "¿O viniste a confirmar si ya he destruido completamente tu visión artística?"

Ella no responde de inmediato, y deja que el silencio impere, un silencio cargado de recuerdos no dichos de la noche en la casa de la playa.

"Lo encontré interesante," dice ella por fin, moviendo las palabras, como si fueran piezas de ajedrez. "Tu enfoque... técnico." Hay una ironía sutil en la forma en que pronuncia la última palabra.

Me siento en una silla, volviéndome para encararla. "Aprendí de la mejor, por lo visto." La provocación se me escapa antes de que pueda contenerla.

Veo un destello de algo en sus ojos - ¿Rabia? ¿Deseo? - rápidamente controlado. "Necesitamos estar alineadas para la final, Renata. Independientemente de lo que pasó."
"¿De lo que pasó?", repito, bajando el tono, forzando la intimidad que ella intenta negar. "¿Qué fue lo que pasó, Martha? Dímelo tú. Porque yo todavía estoy intentando entender si aquella noche en tu cama fue real o si sólo fue un…, un ejercicio más de performance."
Martha desvía la mirada por un instante, los labios presionados uno contra el otro en una línea fina, los dedos apretando el brazo de la silla. "Lo que pasó fue que necesité ausentarme por motivos personales. Tú llevaste los ensayos. Y pasamos a la final. Fin de la historia." Intenta sonar indiferente, pero la tensión en su mandíbula la delata.
"¿Fin de la historia?" Suelto una carcajada, incrédula. "¿En serio, Martha? ¿Después de aquella noche? ¿Después de... después de todo? ¿Vas simplemente a fingir que no pasó?"
"No hubo ninguna noche en mi cama. Hubo una conversación. Y tú te fuiste." La acusación es clara. "No hay nada que fingir," prosigue, volviendo a encararme, con una mirada de acero. "Yo bebí demasiado. Tú apareciste sin ser invitada. Lo que sea que hayas interpretado... fue un error."
"¿Un error?" Me levanto, paso por encima de los respaldos de las sillas, y me siento a su lado, en la fila de atrás, eliminando la distancia física entre nosotras. "¿El beso que me diste fue un error? ¿La forma en que me pediste que contara la historia en tu habitación fue un error? O quizás," me inclino, con la boca cerca de su oído, "quizás el 'error' fue la forma en que tu cuerpo reaccionó a esa historia."
La veo contener la respiración. Se aparta bruscamente, girando el rostro, pero no a tiempo de esconder el rubor que le sube por el cuello.
"No sé de qué estás hablando," dice, con la voz ahogada.
"¿No lo sabes?" Insisto, dejando que un gozo perverso se mezcle con mi propio deseo. "¿No te acuerdas de pedirme que te contara? 'Como si fuera teatro', pediste. Y yo conté. Y tú escuchaste, Martha.

Oí cómo cambiaba tu respiración. Sentí la cama estremecerse. No me digas que no lo recuerdas. Eres mejor que eso."
En un impulso, ella se pone de pie, con los ojos centelleando con una rabia que parece casi desesperación. "¡Para, Renata! ¡Para con este juego! ¡Yo no soy una de tus conquistas!"
Sonrío irónicamente. "Sería más fácil si lo fueras", murmuro, levantándome también. "Pero no vamos a hablar de mi salida. Vamos a hablar de tu huida."
"¡Necesito tiempo, Renata! ¡Necesito pensar!"
"¿Pensar en qué, Martha?" Doy un paso en su dirección. "¿En lo equivocado que es? ¿O en lo bueno que fue? ¿En lo aterrador que es sentir algo que no controlas?"
"¡No es asunto tuyo!" Ella levanta la voz.
"¿No lo es?" Doy otro paso. Estamos cerca. Demasiado cerca. Puedo oler la suave fragancia que se quedó en mi memoria. "¿No es asunto mío cuando me provocas en una fiesta? ¿Cuando me besas y luego desapareces durante días? ¿Cuando me pides que te cuente una historia y reaccionas...?" Lanzo las palabras, observando el impacto en su rostro.
Ella retrocede instintivamente, pálida, los ojos muy abiertos y la respiración jadeante. "Eres... manipuladora, cruel."
"Y tú eres cobarde," refuto, en un tono cortante. "Tienes miedo de todo lo que sientes. Miedo de lo que los demás piensan." Dejo que las palabras floten en el aire. "¿Pero sabes qué? Yo no tengo miedo. Ni de ti, ni de esto. Y creo que, en el fondo, tú tampoco tienes tanto miedo."
Ella sacude la cabeza, sin decir nada, mordiéndose el labio.
"El descanso está terminando," digo, volviendo a mi tono profesional, "Tenemos que preparar una final. ¿Alineamos estrategias?"
Doy la espalda y empiezo a caminar de vuelta al escenario, dejándola sola.

CAPÍTULO 18
Sin control

MARTHA

Cierro la puerta de mi despacho con un suave clic. Al menos aquí, todo sigue igual. Sin embargo, las palabras de Renata, dichas allí en la penumbra del patio de butacas, siguen resonando en mi cabeza, implacables. "Cobarde". "Miedo a sentir".

Siento que me arde la cara, una mezcla de rabia por su arrogancia y vergüenza por mi vacilación. Lo que más me irrita es saber que, en el fondo, tiene razón. Al menos en parte. Estoy aterrada. Aterrada de perder el control, de sentir algo que pueda acabar conmigo. Aterrada del caos que representa, de la forma en que mi cuerpo reacciona en contra de mi voluntad.

Necesito una distracción. Necesito una voz familiar. Cojo el teléfono y llamo a Celine. Tengo que darle las gracias por la casa, aunque mi estancia terminara abruptamente.

"¡Martha! ¡Justo iba a llamarte! ¿Ya estás de vuelta?", su voz suena genuinamente contenta.

"Sí, estoy en la Academia. Acabo de llegar esta mañana". Respiro hondo. "Quería darte las gracias, otra vez. Fue importante tener ese espacio". Me

muerdo la lengua y omito el hecho de que Renata invadió ese espacio y lo hizo todo menos pacífico.
"Me alegro de que sirviera de ayuda. Pero ¿por qué has vuelto? Pensé que te quedarías más tiempo".
"Los ensayos. La final", miento, usando la excusa ya preparada. "Tengo que estar aquí, asegurarme de que todo salga bien. Renata…, bueno, ¡ya sabes cómo es! Ella y sus ideas". La mención de su nombre me provoca un escalofrío involuntario.
"¡Ah, Renata!", el tono de Celine cambia ligeramente, "¡Ya veo! Los ensayos…".
"Deja de bromear. Hablo en serio", me apresuro a contestar, quizá con demasiada vehemencia. Tengo que cambiar de tema; no quiero hablar de mí, y menos aún de Renata. Simplemente quiero escuchar la voz de Celine, saber que todo está bien, que el mundo sigue girando a la misma velocidad.
Cortando el hilo de mis divagaciones, es ella quien toma la iniciativa: "Si ya estás aquí, vamos a comer. Quiero contarte algo, pero no puede ser por teléfono".
Sin darme opción a rechazar, cuelga haciéndome prometer que estaré en nuestro restaurante de siempre dentro de una hora.

**

Entro diez minutos antes de la hora acordada e inhalo el olor a comida recién hecha mientras

atravieso el local. Celine ya está sentada a una mesa, junto a la ventana, garabateando distraídamente en un cuaderno de bocetos. Hoy tiene una energía diferente, un brillo en los ojos que contrasta con su melancolía habitual.
Cuando me ve, cierra el cuaderno y esboza una amplia sonrisa, genuina. "¡Pensé que ibas a renunciar a volver a la civilización!".
"No podía quedarme allí para siempre", respondo, intentando corresponder a su entusiasmo mientras me siento frente a ella. "Gracias por la casa. Y por el violín".
"Me alegra haber ayudado", dice, pero me doy cuenta inmediatamente de que tiene la cabeza en otro sitio. Sus ojos brillan de excitación. "¡No te lo vas a creer, Martha! ¡Ha pasado! ¡He vuelto a pintar! Algo se desbloqueó y, de repente, las ideas empezaron a fluir. ¡Pasé la noche en el estudio!".
"¿'De repente'?", pregunto sin esconder el escepticismo. "¿La consulta con tu…, con tu psiquiatra fue tan inspiradora?".
"¡Inspiradora no es la palabra!", exclama, bajando la voz en tono conspirador y apretando mis manos entre las suyas con una fuerza inesperada. "Hablé de Anna, del control, de la sensación de asfixia… Y me escuchó. Era como si compartiera el recuerdo conmigo, como si hubiera estado allí".

El camarero se acerca para tomar nota, obligando a Celine a interrumpir su relato. Pido una hamburguesa. Por mucho que me alegre que por fin se sienta mejor, que haya vuelto a pintar, cada palabra que pronuncia hace saltar una alarma en mi cabeza. Recuerdo este entusiasmo. Hacía mucho que no la veía así, pero lo recuerdo. Recuerdo cómo miraba a Anna cuando las conocí. El mismo brillo en los ojos.

"Estás colgada de ella".

"Puedo dejar de estarlo. Hay muchos psiquiatras por ahí".

Por momentos, la sorpresa se superpone a mi propia angustia.

**

Llego a casa exhausta, física y mentalmente. El enfrentamiento con Renata en el teatro me ha dejado agotada. La conversación con Celine, en lugar de calmarme, ha aumentado mi confusión. Necesito un baño caliente y olvidarme del mundo.

Estoy llenando un vaso de agua cuando suena el timbre, sobresaltándome y haciendo que derrame parte del agua en la encimera. Antes de abrir, limpio el agua apresuradamente con un paño. ¿Quién será a estas horas? Camino hasta la puerta y miro por la mirilla. Se me hiela la sangre en las venas. Renata.

El timbre vuelve a sonar, una llamada más larga, más insistente. Mierda. Sabe que estoy aquí. Probablemente vio la luz. Respiro hondo, intentando encontrar mi máscara de indiferencia. Abro la puerta, apenas lo suficiente para asomar la cara, manteniendo puesta la cadena de seguridad.
"¿Qué quieres?".
Está de pie en el rellano, con el abrigo puesto y el bolso cruzado. Tiene una expresión seria, que no le vi hoy en el teatro. "Martha, por favor, tenemos que hablar".
"Creo que ya hemos hablado bastante", refuto. "Estoy cansada. Buenas noches". Hago además de cerrar la puerta.
"¡No, espera!". Su mano en la puerta detiene el movimiento. "Por favor. Diez minutos. Sobre la obra. Por los chicos".
Sabe usar los argumentos correctos. Suspiro, derrotada por mi propia conciencia profesional. Quito la cadena y abro la puerta. "Cinco minutos. Y solo sobre la obra".
Entra. Trae consigo el olor de la calle, el frío de la noche y ese perfume suyo, una mezcla que se está volviendo peligrosamente familiar. Le doy la espalda y voy a por el vaso de agua que he dejado en la cocina, ganando unos segundos para recomponerme.

Cuando vuelvo, está sentada en el sofá, con las manos inquietas descansando sobre las rodillas.
"Mira", empieza, antes incluso de que me siente. "Sé que tenemos enfoques diferentes. Muy diferentes". Hace una pausa. "La final es importante. Para los chicos, para la escuela…, para nosotras. Y es posible… es posible que tengas razón. Quizá ir a lo seguro sea lo más sensato".
Arqueo una ceja, desconfiada. ¿Renata admitiendo que tengo razón? ¿Sugiriendo ir a lo seguro? ¿De qué está hablando exactamente? "¿Seguro?", repito, suspicaz.
"Sí", confirma, con un gesto de cabeza que parece genuino. "La escena final. La discusión, el beso. Creo que deberíamos volver a tu planteamiento inicial. Más estructura, más contención. Trabajar la coreografía de los movimientos, la precisión del texto, como habías planeado antes de que yo…, de que yo interviniera". Me mira en busca de aprobación. "Es más seguro. Tiene menos margen de error".
¿Qué es esto? ¿Una tregua? ¿Una trampa? No logro descifrar su expresión. Pero la obra es un terreno seguro. Y, lo confieso, la idea de volver a mi visión original me agrada. "Vale", digo, cautelosa.
Durante casi media hora, quizá más, hablamos sobre las escenas, sobre la intención detrás de cada

movimiento, sobre la música, las inseguridades de Julia y el potencial de otro alumno. La pasión por el teatro se impone y la tensión entre nosotras se disipa, reemplazada por una colaboración inesperadamente fluida.
"Mark está entusiasmado", comento. Es inútil no hablar de él, ahora que sé que se conocen. La conversación sobre la obra se ha agotado y el silencio es demasiado peligroso. Mark me parece un buen tema. "No te imaginas cuántas preguntas me ha hecho. Me conoce lo suficiente para saber…". No termino la frase porque ella suelta una carcajada.
"Mark es un encanto. Escribe bien. A veces parece demasiado ingenuo. ¿Se parece a su padre?".
La pregunta es inesperada, demasiado personal. Vuelvo a ponerme tensa. "Mark no tiene nada que ver con Thomas", declaro firmemente, levantándome. Entro en la cocina sin saber exactamente qué busco.
"Perdona". Renata viene detrás de mí y se apoya en la encimera, a mi lado. "Ningún divorcio es fácil. Especialmente cuando hay traición, manipulación…".
"¿Cómo sabes…?", empiezo, sorprendida.
"Mark se lo contó a Andy. Y Andy…, bueno, Andy no tiene filtros. Un desastre andante con un corazón de oro y un talento enorme. Mark le hace bien. Está

más calmado". Se encoge de hombros. "Siento que hayas pasado por eso".
El tono es empático y la empatía inesperada quiebra mis defensas. "Intentó poner a Mark en mi contra. Dijo cosas horribles. Que yo era fría, controladora…".
"Eso no es verdad, Martha". Su voz es firme. "Cualquiera que te vea con tus alumnos, que te vea luchar por este proyecto, sabe que no eres fría. Eres exigente, sí. Apasionada. Dedicada". Se acerca un paso más. "No eres controladora. Solo tienes miedo de perder el control. Son cosas distintas".
Me muevo, incómoda. "Creo que es hora de que te vayas, Renata. Ya hemos discutido la obra".
"Aún no", dice, dando un paso más. Quedamos frente a frente, a pocos centímetros. "Aún no hemos hablado de lo esencial".
"No hay nada esencial de lo que hablar". Siento que se me acelera el corazón, pero no retrocedo.
"Shhh". Levanta la mano y sus dedos rozan mis labios, silenciándome. El contacto es leve. Contengo la respiración.
"Renata, yo…".
Sus labios rozan los míos. Suaves. Cálidos. Vacilantes por una fracción de segundo, luego más firmes. Respondo. No puedo evitarlo. Abro la boca y la invito a pasar. El beso se profundiza, las lenguas se encuentran en una danza lenta que en segundos se

vuelve urgente. Sus manos suben, me acarician la cara, el pelo, atrayéndome más cerca. Mis manos encuentran su cintura, siento el calor de su cuerpo a través de la ropa. Es distinto del beso que intercambiamos después de la fiesta. Menos alcohol, más consciencia. Más peligro. Quiero más. Dios, cómo quiero más.

Renata desliza la yema de los dedos por mi espalda, toca la piel bajo mi blusa y baja. Dejo escapar un gemido ahogado contra su boca. Ella intensifica el beso y, con una mano, me toca el vientre.

El pánico se apodera de mí. La voz de Laura. Mi fe. Mi hijo. No puedo.

La empujo bruscamente, alejándome hasta chocar de espaldas contra los armarios de la cocina, con la respiración entrecortada y el cuerpo temblando. "¡Para!".

Renata retrocede; el deseo en sus ojos da paso a la sorpresa. "¿Estás bien?".

"No", susurro, con la voz quebrada. "Yo… yo no puedo hacer esto".

Me mira, con los ojos oscuros, indescifrables. "Está todo bien, Martha", dice con serenidad.

"¡No, no lo está!". Niego con la cabeza, sintiendo cómo corren las lágrimas. "Yo no…, no estoy preparada para esto. Para ti". La confesión es dolorosamente humillante.

Lloro convulsivamente, como hacía mucho que no me permitía. Durante un momento se queda en silencio, solo observándome. Después, extiende la mano y me rodea con un abrazo. "Entiendo. Ven".
La miro, confusa, pero obedezco, sintiéndome agotada. Camino hasta el dormitorio y me tumbo en la cama, vestida. No enciende la luz y se sienta en la cama, tal como hizo en la casa de la playa.
"Una historia".
"¿Qué?", pregunto, sin entender de inmediato.
"Cuéntame una historia".
No hace falta más para saber lo que pretende. A pesar de las lágrimas, sonrío. Respiro hondo y cierro los ojos. Mi mente está en blanco, o quizá demasiado llena. Llena de Thomas, llena de traición.
"No sé qué contar", murmuro, con la voz aún débil. "Mis historias no son como las tuyas. No incluyen fiestas en París ni mujeres fascinantes". Abro los ojos y me enfrento a su silueta en la penumbra. "Y no voy a hablarte de Thomas. No puedo".
Se queda en silencio, como si absorbiera mi negativa. Después, su voz adquiere un tono distinto, un tono de desafío.
"Inventa, Martha".
"¿Que invente?", repito, frunciendo el ceño, sin entender.

"Sí. Inventa una historia. Mejor aún", hace una pausa, y siento el peso de su mirada incluso en la oscuridad, "inventa una historia sobre nosotras".
Siento una sacudida. "¿Sobre nosotras?".
"Exactamente". Su sonrisa es audible en su voz. "Imagina que no hubiera reglas. Sin academia, sin alumnos, sin culpa. Sin un 'no estoy preparada'". Se acerca un poco más en la cama. "¿Qué harías, Martha? ¿Qué me harías, si pudieras hacerlo todo?".
La propuesta es absurda. Escandalosa. Y, sin embargo… La idea de crear una ficción, un espacio seguro donde mis reglas no se aplican, donde las consecuencias del mundo real no existen… Es como un ejercicio, una improvisación. Y eso se me da bien.
Vuelvo a respirar hondo, sintiendo cómo una extraña calma se impone a la agitación.
"¿Si no hubiera límites?", empiezo, encontrando un tono más firme. "¿Si estuviéramos aquí, en esta cama, y nada más importara?".
"Sí", susurra, con su respiración ahora más cerca. "Cuéntame".
"Me levanto. Me quedo inmóvil, observándote en la penumbra. Cómo la luz de la ventana dibuja el contorno de tu rostro, la curva de tus hombros, la sombra entre tus pechos, bajo la blusa".
Oigo cómo su respiración se acelera ligeramente a mi lado.

"Después", continúo, mientras mi propio pulso se acelera, "me acerco despacio. Me arrodillo frente a ti. Mis ojos fijos en los tuyos. Mi mano en tu rostro, bajando por la mandíbula, por el cuello…".
Un pequeño sonido, casi un suspiro, se escapa de los labios de Renata.
"Mis dedos en los botones de tu blusa", mi voz es ahora un murmullo ronco, mientras la descripción se vuelve demasiado real en mi cabeza. "Desabrocho uno a uno. Despacio. El contraste con el encaje oscuro de tu sujetador…". Sonrío en la oscuridad. "Inclino la cabeza y beso la piel expuesta, en la base del cuello, y tu pulso se acelera bajo mis labios".
Siento un movimiento sutil y percibo que se ha tumbado a mi lado. El roce de la tela. Su respiración, ahora definitivamente entrecortada.
"Mis manos se deslizan hacia tus hombros, empujando la blusa, dejándola caer al suelo detrás de ti. Estás solo en sujetador. Y yo… yo solo mirando".
"Martha…", su voz suena como un ruego.
"Shhh", digo, asumiendo el control. Siento una oleada de poder, de deseo, recorrerme. "Llevo las manos al broche de tu sujetador, las deslizo por tu espalda. Siento los músculos tensos bajo mi contacto. Y lo desabrocho. Los pezones oscuros se endurecen bajo mi mirada".

Un jadeo ahogado que redobla mi excitación.
"Mi boca baja", susurro, sintiendo los labios secos, "baja por tu esternón, besando cada centímetro, hasta llegar a uno de tus pechos. Tomo el pezón en mi boca, lo rozo con la lengua, suavemente al principio, luego con más fuerza, oigo tus gemidos en el silencio de la habitación".
Hay un movimiento a mi lado, el sonido inconfundible de una mano deslizándose bajo las sábanas.
"Continúa, Martha", pide, con la voz casi irreconocible. "Por favor, continúa".
Retomo la narración, mi voz ahora más ronca, cargada de la intensidad provocada por su reacción. "Mi otra mano baja por tu vientre y tus músculos se contraen. Desabrocho el botón, la cremallera. Deslizo los pantalones por tus piernas, hasta que estás completamente desnuda frente a mí, en mi cama".
Gime bajito, un sonido gutural.
Continúo, con la voz temblorosa, perdida en la fantasía que he creado y en la realidad que se desarrolla a mi lado: "Te beso. Mi boca explora cada curva, cada recoveco. Mis dedos dentro de ti, despacio, sintiendo cómo te contraes a su alrededor. Luego más rápido, más profundo, a un ritmo que te hace arquear la espalda, clavar las uñas en la mía…".

Percibo cómo su cuerpo se contorsiona ligeramente a mi lado.
"Hasta que no aguantas más", susurro, mientras mi propia excitación alcanza un clímax doloroso. "Tu cuerpo se contrae, una y otra vez, en un placer que te roba el aliento y, en ese momento, gritas mi nombre en la oscuridad".
Un gemido suena alto, seguido de una respiración profunda y trémula.
No dice nada. Yo tampoco. Nos quedamos allí, tumbadas una al lado de la otra en la oscuridad, separadas por centímetros de sábana.

CAPÍTULO 19
Confesiones

ELEONOR

Un día más tachado del calendario. Estoy exhausta, pero aún tengo que pasar por la librería a recoger a Sofía. Debe de estar allí con mi padre celebrando. Por cierto, ya debería haberle devuelto la llamada. Hoy era el día de la conferencia, espero que haya sido un éxito. Si alguien se lo merece, es él. Siempre vio mucho más allá de su tiempo, y le agradezco por eso.

Cojo el teléfono, pero antes de llamar a quien sea, suena: "Laura". Claro, quién más. Me lleva llamando mil veces al día.

Contesto: "¿Todo bien?", pregunto automáticamente, mientras intento quitarme el abrigo sin dejar caer el teléfono y entro al coche.

"He venido a traer a Sofía a casa. No quiso ir a la librería, dice que está cansada".

"¿Cómo que cansada? ¡Sofía nunca está cansada, nunca quiere ir a casa!". Siento una punzada de preocupación, mezclada con la irritación familiar que Laura me provoca.

"¿Y tú? ¿Dónde estás? ¿No deberías haber llegado ya?". Muchas veces parece que todo sigue igual, el

mismo control, el mismo tono posesivo de cuando estábamos casadas.
"Saliendo de la consulta. Estoy ahí en quince minutos. Pero, por cierto, no es asunto tuyo". No puedo evitar el tono cortante.
"No, claro que no. Hablé con Irene y con tu padre. Estaba eufórico, la conferencia fue fantástica, pero deduzco que ya lo sabes", culmina con un toque de sarcasmo. Estoy segura de que sabe que aún no he hablado con él. "¿Te encargaste de tu 'asunto'?".
Celine. Mierda. Nunca debí contárselo. No me va a dejar en paz. "Ya hablé con un colega aquí, en la clínica".
"Genial. ¿Qué le dijiste?".
"¿A ella?".
"No. A él, o mejor dicho, a los dos".
"Que tenía la agenda demasiado llena. Al fin y al cabo, es una paciente reciente que necesita más disponibilidad, una disponibilidad que yo no tengo", miento. Es patético, lo sé. Soy psiquiatra, supuestamente experta en comunicación y honestidad, y aquí estoy, mintiendo descaradamente a mi exesposa. Qué ironía. "Ella lo entendió", añado, intentando dar credibilidad a la mentira. "Lo aceptó bien".
"Qué bueno". Su tono no me convence. Sé que no se lo cree completamente.

"Voy a quedarme un rato aquí, para ver si Sofía se pone bien", me informa, colgando sin esperar respuesta.
Suspiro y lanzo el teléfono al asiento de al lado. Laura en mi apartamento. Sofía probablemente enferma. La situación de Celine por resolver. Mi padre radiante, esperando una llamada que no sé si tendré fuerzas para hacer. ¡Qué día!
Llego a casa veinte minutos después. Laura está en el salón, dando vueltas de un lado a otro, con el teléfono en la mano.
"¿Cómo está?", pregunto, dejando el abrigo en el respaldo de una silla.
"Durmiendo. Por ahora, sin fiebre". Se acerca y su expresión se suaviza un poco. "Pareces exhausta". Como si fuera el gesto más normal, me pasa un dedo por la cara, deslizándolo alrededor de mi boca.
Doy un paso atrás. "Y lo estoy", admito. "Gracias por quedarte".
"Es nuestra hija, Eleonor. ¿Qué esperabas que hiciera?". Me mira a los ojos y prosigue: "¿Estás segura de que resolviste la situación con Celine?".
Recuerda su nombre, no lo ha olvidado. "Ya te he dicho que sí".
"Eleonor…". El tono es de advertencia.
"¿Por qué es tan importante para ti, Laura?", pregunto, elevando el tono de voz. "Hace años que

ya no eres mi supervisora. No eres mi mujer".
"¡Estoy hablando por tu propio bien! ¡Y por tu buen juicio! ¡La situación es una bomba de relojería! ¡Cuanto más tardes en resolverla, peor!".
"¡Lo sé!", grito, sin contenerme. "¡No necesito que me lo digas!".
"¡Entonces haz algo! ¡Mierda!". Su voz también sube de tono. "¡Deja de procrastinar! ¡Siempre tienes que enterrarte en los problemas! ¡Resuelve esto!".
Cierro los ojos por un instante, intentando controlar la respiración. "Ya te he dicho que lo resolví".
Ella suspira, irritada. "No te reconozco, estás diferente. Desde que Anna… Desde que apareció Celine… estás diferente".
Abro los ojos y la miro fijamente. "Quizá lo esté", murmuro. "Estoy cansada, Laura. He tenido un día largo. ¿Podemos hablar de esto en otro momento?".
"Llámame si necesitas algo. O si le sube la fiebre". Antes de salir, me da un beso en los labios, un gesto inesperado que me desconcierta.
Apenas se cierra la puerta tras ella, me derrumbo en el sofá. Cojo el teléfono. Mensajes. De mi padre, de Irene, pero ninguno de Celine. Hago clic sobre su nombre y releo el mensaje que le envié esta tarde. Podría ser profesional, pero no lo es. Lo sé, y estoy segura de que ella también.

"Celine, espero que estés bien. Me quedé pensando en nuestra sesión. Deberíamos hablar".
Era todo lo que no podía pasar, todo lo que no debía pasar. Incapaz de seguir aquí, voy al cuarto de Sofía. Duerme tranquilamente. Suspiro, aliviada.
Llamo a mi padre para darle la enhorabuena y le respondo a Laura, que mientras tanto ha vuelto a mandar un mensaje preguntando por Sofía.
Apoyo la cabeza en la almohada y ni un minuto después el teléfono vibra en la mesita de noche. Un nuevo mensaje. Celine. Dudo por un momento. Laura tiene razón. Lo abro.
"Estoy bien. También creo que deberíamos hablar. Hay cosas cuyo significado no entiendo. Tal vez podríamos tomar un café".
'Cosas cuyo significado no entiendo'. La ironía no se me escapa. Significan que no fui capaz de lidiar con la verdad. El pánico que me invadió. '¿Un café?'. ¿Un café fuera de la consulta? ¿Un café como dos mujeres que se encuentran para conversar?
No puedo. Pero no hay forma de evitarlo. Respiro hondo y escribo la respuesta. "Mañana a las 8. En el café al final de la calle de la clínica".
Enviar. Siento un nudo en el estómago y las manos temblorosas. ¿Qué demonios estoy haciendo? Pero la idea de verla, de hablar con ella, aunque sea por breves minutos, me parece vital.

Pasan minutos que parecen horas. El móvil permanece en silencio. Quizá no lo entendió. Quizá le pareció extraña mi respuesta. Quizá…
Vibra. Otra vez. Abro inmediatamente. "De acuerdo".
No consigo dormir. Con los ojos fijos en el techo, mi mente no para. ¿Qué voy a decir? ¿Cómo pude ser tan estúpida como para quedar en el café de al lado de la clínica? Va a estar lleno de gente que me conoce.
Me despierto, aturdida, sin saber qué hora es. Tengo la luz del cuarto encendida y la televisión aún puesta. "¡Mamá!".
Corro al cuarto de Sofía. Está sentada en la cama, tiene el rostro pálido y las mejillas rojas, y tiembla de pies a cabeza. Está ardiendo en fiebre.
Cuando vuelvo a abrir los ojos, el reloj marca las seis y cuarenta y siete. Me dormí en su cuarto, tumbada en la alfombra al lado de la cama, como cuando era pequeña. Es muy temprano. ¡Mierda! ¡El café! Tengo que cancelar el café. Me levanto y, cuidadosamente, para no despertarla, le toco la frente con la mano. Está fresca.
¿Cómo se cancela una cita con alguien con quien nunca se debería haber quedado?
"Celine. Lo siento muchísimo, pero no voy a poder ir al café. Sofía, mi hija, pasó la noche con fiebre alta.

Necesito quedarme con ella. En cuanto sea posible, reprogramamos la consulta".
Reprogramamos la consulta. Profesional. Correcto. Y mentira. Enviar.
Incapaz de volver a dormir, me hundo en el sofá del salón. Tengo consultas concertadas. No puedo cancelarlo todo.
Llamo a Irene y, menos de una hora después, oigo un suave golpe en la puerta.
"¡Buenos días!", dice, alegre, tendiéndome una bolsa con pan caliente, cuando abro la puerta. "¿Sofía está mejor?".
Preparamos juntas el desayuno, ella le lleva una bandeja al cuarto de Sofía, que se despertó estupendamente, y yo llamo a la consulta para avisar que solo voy a poder pasar las consultas de la tarde.
Sentada en la mesa de la cocina, siento un nudo en la garganta. Irene. Siempre disponible. La miro, el rostro gentil, los ojos perspicaces que parecen leerme el alma. No aguanto más. La fachada se derrumba.
"Eleonor, ¿qué pasa?", dice, al mismo tiempo que la sonrisa desaparece de su rostro, en el momento en que vuelve a entrar en la cocina.
Las lágrimas me resbalan por la cara, calientes y descontroladas. No puedo parar. Los sollozos me

sacuden. "Irene…". La voz sale entrecortada por el llanto. "No aguanto más".
Se sienta frente a mí, con la expresión ahora seria. Me pasa la mano sobre la cabeza en una caricia, animándome a continuar con la mirada.
En un torbellino de palabras, que tropiezan unas con otras, le cuento lo que está pasando. Las consultas con Celine, Anna, la posibilidad de que los comprimidos que le receté hayan causado una arritmia, pero sobre todo lo que siento. Aquello que nunca le dije a nadie, aquello que ni a mí misma fui capaz de confesar.
Poco a poco, mi respiración vuelve a la normalidad, las lágrimas dejan de caer y mi voz se vuelve más firme. "Yo no debería estar teniendo esta conversación contigo. No puedo, es confidencial. Existe el secreto profesional…".
"¿Qué conversación?", se adelanta Irene, sin dejarme terminar. "No sé de qué estás hablando. Últimamente, no siempre oigo bien. La edad, ¿sabes?". La sonrisa en su rostro dice todo lo que las palabras callan. Es una mujer extraordinaria.
"Lo que oí, y es importante, es que estás enamorada. Finalmente, después de años de Laura, parece que se rompió el hechizo. Nada puede ser más difícil que eso. ¿Sabes cómo me cuesta verte, año tras año, enterrándote en el trabajo, en los

problemas, en Sofía, todo para no mirar lo que realmente te falta?".
"Hace mucho tiempo que olvidé a Laura", afirmo, sin atreverme a sostener la mirada de Irene.
"Si unas semanas es mucho tiempo", replica con sarcasmo.
"Me siento un fraude. Como profesional. Como persona".
"No eres un fraude. Eres una mujer que se enamoró. Es verdad, la situación es compleja y dolorosa, pero eso forma parte de la atracción que sientes".
"Me asusta… y me atrae", admito en voz baja, sintiendo el rubor en las mejillas. "La atracción por ella es diferente, Irene. Es embriagadora. Peligrosa".
"Eres adulta, Eleonor. Conoces las líneas que no puedes cruzar. Pero fuera de eso… La vida es tuya. No dejes que los fantasmas de Anna o de Laura dicten las reglas".
Irene me mira por un momento, sin decir nada más. Se levanta, prepara dos cafés y solo vuelve a hablar cuando se sienta. "Vuelve a concertar tu cita. Dile lo que realmente pasó, invítala a un café, al final del día. Lejos de la clínica. En la librería".
Abro mucho los ojos, sorprendida por la sugerencia. "¡¿En la librería?!".
"Finjo que no te conozco, lo prometo", bromea. "Es un espacio seguro. Un espacio donde puedes hablar.

Donde puedes ver. Y tal vez entender".
Dudo. La idea es aterradora. Y tentadora. Un espacio seguro. Lejos del peso de la consulta. "No sé, Irene. Es… es demasiado…".

**

A las siete menos cuarto, ya estoy en la librería. Irene ha movido una de las mesas del fondo hacia un rincón resguardado. Hay poca gente. El olor a café y libros es reconfortante, pero no lo suficiente para contener mi tensión.
"¿Viene?", pregunta Irene, en voz baja, trayéndome un té que no pedí.
"Dijo que sí". Siento las manos temblar.
"Calma. Es solo un café". Su sonrisa es tranquilizadora. "Respira".
Asiento con la cabeza, pero la respiración parece atrapada. Miro hacia la puerta. Cada persona que entra hace que mi corazón se dispare.
Son más de las siete y veinte cuando, finalmente, Celine entra. Con pasos tranquilos, enfundada en su gabardina beige. Hay una leve duda en la mirada al barrer la sala. Cuando sus ojos me encuentran, acelera ligeramente y camina en mi dirección. Se sienta frente a mí, sin decir nada, pero el sutil olor a pintura y vainilla invade el espacio.
"Discúlpame. Fue una noche difícil".

"¿Sofía está mejor?", cuestiona, como si dudara que realmente estuviera enferma.
"Mi exmujer está con ella. Le bajó la fiebre, va a estar bien", respondo, sintiéndome en la obligación de dar explicaciones.
"Yo… me quedé pensando", dice, con sus ojos fijos en los míos, "sobre nuestra última consulta. Y sobre tu mensaje. 'Deberíamos hablar'. No sé si soy yo la que está imaginando…".
Trago saliva. Es ahora. "Sí, tenemos que hablar. Hay… hay cosas que no fueron dichas en la consulta. Que tengo que decirte".
Celine espera, pacientemente. Su calma es desarmante.
"La vida consigue ser mucho más confusa de lo que jamás nos atreveríamos a imaginar en la ficción. Parece imposible, parece mentira…", sé que mis palabras están teniendo poco sentido. Intento organizar lo que planeo decir, pero mi cerebro parece incapaz de hacerlo. "No estás imaginando nada".
Hago una pausa y, antes de tener tiempo de retomar, Celine interviene: "Voy a por un café a la máquina, ¿quieres?", cuestiona, mirando mi taza de té vacía.
Niego con la cabeza y me quedo observándola. Se ha quitado la gabardina; lleva unos pantalones y una camisa, ambos negros.

"Anna, Anna fue paciente mía". La confesión sale en un solo aliento, en el momento en que Celine se vuelve a sentar.
El shock atraviesa su rostro. Los ojos se abren de par en par. La calma se disipa en un instante. "¿Tu… tu paciente?".
"Sí. Me buscó por ansiedad. Debió de ser poco después de que tú te fueras de casa. Nunca me dijo tu nombre. Me habló de una mujer más joven, de una relación turbulenta. Omitió mucho más de lo que contó. Relataba crisis de pánico, decía que no conseguía trabajar. Me describió a 'esa mujer' como alguien que la manipulaba, que la usaba. Declaró su amor incondicional. Una pasión que la hacía someterse, una pasión que la destruía. Creí cada palabra. Anna era creíble, era seria, contenida. Tal vez usaría la palabra racional para describirla, si no supiera ahora que nada era verdad".
Las palabras flotan en el aire, pesadas, insoportables. La mirada de Celine traduce todo su dolor, su incomprensión.
Prosigo: "Murió. Murió cuando yo pensaba que estaba mejor, que la medicación estaba haciendo efecto. Me sentí culpable, culpable por no haber hecho más, por no haberlo hecho mejor. Mucho de lo que Anna describía de la relación me recordaba a mi propia relación con Laura. La intensidad y, al mismo

tiempo, su necesidad de un control absoluto". No contengo un sollozo. "Y… y murió".
Las lágrimas me corren por la cara y, por primera vez, Celine interviene. "Estabas intentando ayudarla". El dolor en mi pecho es físico. Tengo que decirlo. "Si yo hubiera sabido de la enfermedad cardíaca, tal vez…, tal vez le hubiera recetado otra cosa. O no le hubiera recetado nada. ¿Y si… si la medicación causó la arritmia?".
"Ella sabía que podía tener una arritmia fatal en cualquier momento. Quiso jugar con la vida como si fuera una ruleta rusa y me arrastró. Me hizo cómplice". Celine profiere las frases en un tono disonante. No expresa ningún tipo de emoción, es solo una constatación.
"Después apareces tú. Hablando de ella. Describiendo la relación. La forma en que controlaba. Tu fascinación, tu vulnerabilidad. Y yo, yo sentí, sentí lo que hacía mucho tiempo que no sentía por nadie, Celine". Mi voz se quiebra al decir su nombre.
La tristeza en sus ojos está mezclada con otra cosa. Algo que me deja sin aliento.
"Yo también tengo que decirte algo. No eres solo tú quien tiene sentimientos. Yo nunca sentí nada por nadie que no fuera Anna", dice en voz baja, "hasta, hasta cruzar la puerta de tu consulta".
La confesión me golpea. Cruda. Honesta. Peligrosa.

Y entonces, la magia se rompe. El sonido de pasos apresurados, una voz familiar, interrumpen la intensidad del momento.
"¡Irene! ¡Vine a buscar el libro que encargué! Y… ¡ah!".
Ambas miramos en dirección a la puerta, sorprendidas. De pie, unos metros más adelante, con los ojos desorbitados, está Martha. Con el abrigo de deporte y el bolso de yoga al hombro. Su mirada salta de mí hacia Celine y de vuelta a mí.
"Martha… Hola", consigo proferir, sintiendo cómo me sonrojo.
"¡¿Celine?! ¿Está todo bien?". El tono de Martha es vacilante, confuso.
Celine, más que sorprendida, parece confundida.
"¿Martha? ¿Qué haces aquí? ¿Os conocéis?", cuestiona, mirando ahora hacia mí.
Martha es la primera en reaccionar: "Nos conocemos del yoga. Eleonor me trajo aquí el otro día y me enamoré de este lugar. Vine a buscar un libro. Por cierto, Irene está allí. Voy a hablar con ella".
Con un gesto rápido, sin más preguntas o comentarios, se aleja, dirigiéndose a Irene, que nos observa con una sutil sonrisa en los labios, en una complicidad silenciosa.

CAPÍTULO 20

Performance

RENATA

"Llevo a Eleonor del brazo, riendo. "¡Llegaste justo a tiempo! Por fin vas a conocer mi particular fauna y flora"."

Ella sonríe, un poco contenida; noto la tensión en las comisuras de sus labios, pero hay un brillo en sus ojos, una curiosidad que no le había visto antes. "Espero estar a la altura de la fauna".

Entramos en el bar. El ruido habitual nos golpea de lleno: risas, música y conversaciones que se atropellan. El intenso olor a fritanga y cerveza nos envuelve: mi zona de confort. Diviso nuestra mesa en el rincón del fondo. Andy gesticula con entusiasmo, casi a punto de tirar los vasos; Elga lo observa con su paciencia de santa y Mark ríe, con el rostro iluminado.

"¡Ya estoy aquí! ¡Y he traído compañía!", grito por encima del jaleo, llevando a Eleonor hacia la mesa.

"¡Nuestra doctora particular!", exclama Andy, levantándose con un ademán teatral. "¡Nuestra psiquiatra favorita! ¡Qué honor!"

Eleonor se ruboriza ligeramente y adopta una postura más formal, pero acepta la mano tendida de Andy con una sonrisa. "Hola. Renata habla mucho de vosotros".

"Solo cosas buenas, espero", dice Elga, usando el poder de su acogedora sonrisa para disipar la ligera tensión en el ambiente. "Bienvenida a nuestro modesto santuario".

Pido una ronda de cervezas. La conversación fluye con rapidez, impulsada por el contagioso entusiasmo de Andy.

"¡Tenemos que darle las gracias, doctora! ¡Renata nos lo contó todo! La historia de la 'periodista traumatizada'… ¡fue genial!" Andy estalla en carcajadas y Eleonor se une a él con una risa espontánea, genuina. Es bueno verla así, lejos de la palidez y el abatimiento que marcaron nuestros últimos encuentros.

"Renata tiene una imaginación muy fértil", dice ella con un brillo divertido en la mirada.

"Y un método peculiar", añade Elga, mirándome con una sonrisa cómplice.
Todos brindamos por Eleonor en tono de broma.
"Estamos trabajando el personaje de la psiquiatra en el guion", dice Mark, poniéndose serio de repente. "Queremos que sea lo más realista posible. Necesitamos más ayuda, más información. ¿Qué matices podemos añadirle, más allá del profesionalismo?"
Eleonor respira hondo; su expresión se vuelve más pensativa. Su mirada se pierde un instante, quizá en sus propios matices.
"Bueno", empieza ella con voz más suave, más reflexiva. "Un buen psiquiatra es, ante todo, un ser humano. Con sus propias encrucijadas. Sus propios miedos. A veces, la línea entre ayudar y verse afectado es muy fina. Tienen que ser observadores, perspicaces, sí. Pero también vulnerables."
Escucho sus palabras y siento la resonancia con todo lo que me ha contado, y con lo mucho que imagino que se ha guardado. La vulnerabilidad tras la fachada de psiquiatra impenetrable.
"Interesante", murmura Mark, anotando algo en su móvil. "Entonces, ¿el personaje debe tener conflictos internos? ¿Secretos? ¿Una vida personal que interfiera sutilmente en cómo maneja los casos?"
Eleonor vacila un instante.
"La vida personal interfiere inevitablemente", confirma, casi en un suspiro. "Nos moldean nuestras relaciones. Nuestros… remordimientos."
Remordimientos. La palabra queda suspendida en el aire.
"¿Y la atracción?", pregunta Elga con un brillo malicioso. "¿Puede una psiquiatra involucrarse emocionalmente con un paciente?"
La pregunta pilla a Eleonor por sorpresa. Su rostro palidece ligeramente. Traga saliva y aprieta el vaso de cerveza que tiene en la mano.
"La ética profesional es clara", dice con voz tensa. "Hay líneas que no se pueden cruzar."
"Pero sentir…", insiste Andy, el eterno provocador. "Sentir es humano, ¿no? Y los personajes en el escenario tienen que sentir."

Eleonor lo mira, luego a Elga, a Mark y, finalmente, a mí. Hay una mezcla de resignación y algo más profundo en su mirada.
"Sentir es humano", repite de forma casi inaudible. "Y, a veces, inevitable."
Mark anota frenéticamente. Yo también siento la intensidad de sus palabras.
"Faltan dos días. Dos días para la presentación. Dos días para el todo o nada", digo, sintiendo la urgente necesidad de cambiar de tema.
"¡La final! No puedo creer que hayáis llegado hasta aquí", declara Elga.
"Mérito tuyo, Renata", dice Andy. "Espoleaste a los chicos. Los libraste de las garras de su madre." Dice, guiñándole un ojo a Mark.
"Hablando de la obra y de mi madre", dice Mark, volviéndose hacia mí. "¿Ha vuelto a los ensayos? No he estado con ella desde que regresó a casa."
Siento una opresión en el pecho. Martha. Una vez más me marché de madrugada. Esta vez, dejé una nota: "Gracias. La obra nos necesita. R.". Un acuerdo tácito que ambas queremos cumplir, necesitamos cumplir.
"Ella… sí, ha vuelto", digo, intentando sonar natural. "Está completamente centrada. En esta etapa tenemos que darlo todo."
Evito su mirada. Es extraño hablar así de su madre.
Mark asiente, satisfecho de saber que su madre está bien o, al menos, de vuelta en el trabajo.

**

Faltan solo veinticuatro horas. Veinticuatro horas para subir al escenario. La diferencia entre tener una obra en cartel o volver a mis clases del máster, esas que nunca llegué a empezar. Un pensamiento fugaz me atraviesa: quizá sería bueno no ganar; después de todo, tengo la película y, de todas formas, en unos meses me iré. Sacudo mis rizos y, con ellos, estos pensamientos, y me concentro en lo que sucede en el escenario.
Están representando la escena del beso, la escena que usé para provocar a Martha por primera vez. Parece que fue hace una eternidad.

Martha observa desde el patio de butacas, impasible. Ninguna mención a lo ocurrido. Solo un tenso asentimiento de cabeza cuando entré y un "Continuemos" gélido. Como si nada hubiera cambiado y, al mismo tiempo, todo fuera distinto.
"¡No! ¡Más peso en las palabras! ¡Siente la rabia! ¡No es una pelea de críos! ¡Es traición! ¡Es el fin de un mundo!", grito a la pareja de alumnos que intentan en vano capturar la emoción. Tarea imposible, nunca lograrán sentir lo que yo siento en el pecho.
"Renata", la voz de Martha resuena en la sala, calmada, pero con una autoridad que nunca flaquea. "Quizá deberíamos centrarnos en la transición. El silencio antes del beso. Menos gritos, más intención."
Me vuelvo hacia ella, irritada. Hace pocos días, era ella quien imploraba técnica y control, y yo quien pedía emoción en carne viva. Ahora que me he rendido al rigor, ella quiere flexibilidad.
"¿Intención? La intención es clara, Martha. Lo ha traicionado. Está furioso y herido. El beso es desesperación. O venganza. Tenemos que mostrar eso. Con fuerza. La técnica es crucial."
Ella se levanta y camina lentamente hacia el escenario. Sus pasos resuenan. Cada movimiento es calculado, preciso.
"La fuerza no está en los gritos, Renata", dice, subiendo al escenario con inesperada ligereza. Se planta junto a los alumnos, con los ojos fijos en ellos. "Está en la contención. En lo que se oculta. La rabia puede ser el más fino de los hilos, pero tiene que ser de acero."
Se acerca al alumno que interpreta el papel y le toca suavemente el brazo. "Imagina que no puedes gritar. Que el dolor te ahoga. Que las palabras se te atascan en la garganta. Pero tus ojos… tus ojos gritan. Tu respiración cuenta toda la historia."
La observo. Recuerdo la noche en la casa de la playa. Cómo controlaba su respiración mientras me pedía que continuara. Cómo reaccionaba. Su contención siempre fue una forma de intensidad.
"Es la final, Martha", digo con la voz más controlada de lo que me siento. "Necesitan la técnica, el control. Mañana no pueden… improvisar."
Ella se vuelve hacia mí con una sonrisa irónica en los labios. "Las mayores emociones, Renata, no se pueden controlar."

Su mirada se encuentra con la mía. Por un instante, el escenario desaparece y la frase flota entre las dos, cargada de significado personal.
"¿Qué quieres que hagamos, entonces?", pregunto, bajando el tono. La rendición tiene un sabor amargo, pero la curiosidad ha vencido. La curiosidad por lo que le pasa por la cabeza. Por lo que realmente sintió aquella noche y lo que siente ahora.
Ella vuelve a mirar a los alumnos. "Vamos a trabajar el silencio. La pausa. Lo que sucede entre líneas. Lo que dicen los cuerpos cuando las palabras fallan. Donde la vida cambia, sin mediar palabra."
La miro. Cómo se mueve en el escenario, su calma exterior contrastando con algo que presiento que bulle por dentro. No es solo teatro. Nunca es solo teatro con ella. Es la vida imitando al arte, o el arte a la vida, en un nudo imposible de desatar. La final es mañana, y siento que la obra es, ahora mismo, la menor de mis preocupaciones.

**

Faltan minutos para que se abra el telón. Me siento en el patio de butacas, junto a Martha. Pantalones negros de corte impecable, blusa de seda color marfil, el pelo recogido en un apretado moño. Erguida, impasible, con los ojos fijos en el escenario aún a oscuras, como si pudiera controlarlo con el poder de su voluntad.
"Están listos", murmura la directora, sentada al otro lado, con una sonrisa alentadora que no le llega a los ojos y las manos entrelazadas en el regazo.
"Lo están", confirmo, intentando sonar segura. Ensayamos hasta la extenuación. Cada marca, cada sílaba, cada respiración. De repente, esta se convirtió en mi obra, mi trabajo.
"Tranquila, Renata", susurra Martha sin apartar la mirada del escenario. "Saben lo que hacen."
El problema no son ellos. Somos nosotras. Lo que pusimos ahí. Lo que dejamos fuera. Lo que pasó en la casa de la playa, en su casa. Volvimos a los ensayos. Concentración total. Pero la tensión subyacente convirtió cada instrucción, cada mirada, en un campo de minas.

Las luces del patio de butacas se atenúan. Se hace el silencio. Comienza la música. Melancólica. Una melodía familiar que ya forma parte de mí. Se levanta el telón.
Los chicos están bien, técnicamente perfectos. La dicción es clara, la proyección perfecta, las marcas precisas como un reloj suizo. Movimientos coreografiados, fluidos. La escena de la discusión es tensa y controlada. Pero no está la rabia descarnada que busqué, ni la desesperación subyacente. Es pulcro y correcto. Exactamente como Martha defendía al principio.
La miro de reojo. Su rostro es ilegible en la penumbra, iluminado apenas por la tenue luz del escenario. ¿Qué estará sintiendo? Cuánto me gustaría saber lo que pasa tras esa fachada impenetrable.
Vuelven las luces. Aplausos. Los chicos hacen una reverencia, visiblemente aliviados. Nos miran, buscando aprobación. Asiento con la cabeza en señal de aprobación. Martha permanece inmóvil un instante antes de aplaudir brevemente.
Fuimos los últimos en actuar; los resultados salen en un rato. El jurado se reúne entre bastidores. La sala se llena de un murmullo nervioso. Comentarios elogiosos sobre la "precisión técnica" de nuestro grupo.
La espera de los resultados es una tortura silenciosa. Hago girar el anillo en mi dedo. Miro a Martha. Permanece sentada, exactamente en el mismo sitio. Veo que respira hondo, con los ojos cerrados, una señal casi imperceptible de nerviosismo o de resignación.
Finalmente, las puertas se abren. Las luces del escenario se intensifican y la presidenta del jurado toma la palabra. Se hace de nuevo el silencio; el corazón me late desbocado contra las costillas.
Empieza un discurso protocolario. Largo y aburrido. Elogios a los grupos participantes, la importancia del arte, del teatro, de los jóvenes talentos. Siento la boca seca.
"La decisión ha sido difícil", dice la presidenta del jurado con una sonrisa condescendiente. "Hemos visto trabajos de gran rigor técnico. De gran disciplina." Mira en nuestra dirección y siento un escalofrío. "Pero, al final, hemos tenido que premiar la osadía. La capacidad de arriesgar y de encontrar nuevos lenguajes."

El corazón se me encoge. No hemos sido nosotros. Fuimos disciplinados. Fuimos seguros. Y perdimos.
Cuando se proclama el nombre de los ganadores, hay un coro de entusiastas aplausos. Ellos subieron al escenario con una actuación caótica, ruidosa y llena de energía en estado puro. Sin nuestra precisión. Pero con alma.
Siento el peso de la derrota. A mi lado, la directora suspira. "Bueno, no ha sido esta vez. Estuvisteis geniales, Martha, Renata. Enhorabuena. Por favor, sigamos trabajando."
Miro a Martha. Su rostro está pálido, los labios tensos, apretados en una fina línea. Hay una chispa en sus ojos que me asusta. ¿Rabia? ¿Decepción?
Me levanto con una necesidad urgente de salir de aquí. Necesito aire.

CAPÍTULO 21

El precio del control

MARTHA

Salgo a la calle, pero el sonido de los aplausos para los ganadores aún me retumba en la cabeza, un coro burlón. "Excelentes". La palabra se me atraganta. No perdimos por falta de técnica o de rigor. Perdimos porque yo ahogué la pieza. Ahogué a Renata. Transformé su brillo en una coreografía precisa, elegante y tibia.

"¿Qué es lo que me falta? ¡Todo! Quieres una vida sin pasión, sin emoción. ¡Una vida tibia!" Las palabras de Thomas regresan como fantasmas en el frío de la noche. Tenía razón. Yo soy control. Fría. La antítesis de la osadía que el jurado premió.

Cuando la veo, está de pie, apoyada en la pared de piedra del edificio, a pocos metros de la puerta.

La tenue luz de la calle realza el brillo de sus ojos oscuros. Parece casi indiferente, pero conozco esa quietud. Es la calma que precede a la tormenta que ella misma provoca.

"Pensé que ya te habías ido a casa." Mi voz sale suave, un sonido que casi se pierde en la humedad de la noche. Siento el olor de su perfume, que se empeña en perseguirme estos últimos días. Espero un momento, pero me acerco, dejando apenas un paso de distancia entre nosotras.

Gira la cabeza con aire casi indolente, pero sus ojos se clavan en los míos, impidiéndome mirar a cualquier otro lado, con una intensidad que me desarma y me enfurece. Hay una vulnerabilidad que rara vez muestra, una sombra tras el brillo. Es la misma vulnerabilidad que vi brevemente cuando me contó su historia en la casa de la playa, y que se me quedó grabada en la memoria.

"Perdimos", dice, simplemente. No es una pregunta. Es una constatación. Cruda y directa, como ella.

"Sí", repito. "Perdimos."

"No era lo que esperabas, ¿verdad?", pregunta.

"No", admito. "Esperaba que la ‘precisión’ bastara. Pero la ‘osadía’ venció. Tu anarquía habría ganado."
"No hace falta que me lo eches en cara", murmura sin mirarme. "Lo hicimos a tu manera. Y perdimos."
"Tú estuviste de acuerdo. Abdicaste", insisto.
"No seas ridícula", dice, ahora irritada. "No fue la técnica la que perdió. Quizá fue la falta de verdad. Nuestra falta de verdad."
"¿Verdad?", escupo la palabra. "¿Qué verdad querías? ¿La de tu noche en París? ¿O la de mi noche en la casa de la playa? ¿Cuál de ellas era lo bastante ‘osada’ para el jurado?"
Veo un destello de furia en sus ojos. La mención de la casa de la playa, de las historias contadas en la oscuridad, de mi reacción involuntaria, amenaza el poco control que aún logro mantener.
"¡No te atrevas!", grita.
"Abdiqué porque pensé que quizá… quizá sabías lo que hacías. Pero me equivoqué. Volvimos a tu zona de confort."
"¿Zona de confort?", repito. "¿Creías que esto era cómodo para mí? ¿Luchar contra mis convicciones, contra ti?"
"No luchaste lo suficiente", me acusa. "Preferiste ser ‘excelente’ a ser auténtica."
Doy un paso atrás, sintiéndome acorralada. "No sabes de qué hablas."
"Sé que tienes miedo, Martha. ¡Miedo a sentir! ¡Miedo a enamorarte! ¿Alguna vez supiste lo que era eso?"
La acusación me golpea como una bofetada. Sin pensar, la sujeto del brazo. "Tenemos que hablar." Las palabras se me escapan antes de poder frenarlas. Directas. Como suele ser ella.
*
El silencio en mi apartamento es casi palpable cuando cerramos la puerta. Se quita el abrigo, revelando la camisa que se le ciñe al cuerpo, y deja el bolso en el suelo, cerca de la puerta, con un gesto natural, como si ya hubiera estado aquí mil veces.
"¿Champán?", pregunto, dirigiéndome a la cocina con fingida tranquilidad. Una ironía ante la derrota. O quizá una celebración.
"Champán. Claro", responde.

Desde donde estoy, logro verla recorrer el salón con la mirada: los libros alineados en la estantería, el violín sobre el sofá.
Abro el frigorífico y saco la botella de champán, helada, irónica, que esperaba una victoria. La abro con un ‘pop’ y sirvo en dos copas.
"Por la osadía", declaro, entregándole una copa y dejando que mis dedos se posen deliberadamente sobre los suyos.
"¿Qué es lo que quieres, Martha?", pregunta finalmente, con voz cansada. "¿Gritar un poco más? ¿Culparme un poco más?" Su mirada no vacila. Su calma es desarmante. Pero el movimiento rítmico de sus dedos alrededor del anillo es la clara señal de que también está nerviosa.
"No", afirmo, volviéndome hacia ella. La decisión toma forma, súbita e irrevocable, nacida de la desesperación y del deseo. "Quiero enseñarte."
"¿Enseñarme qué? ¿Qué es lo que quieres de mí?"
"¿Yo?", mi voz sube una octava. "¡Fuiste tú quien invadió mi espacio! ¡Mi sala de ensayos! ¡Mi cabeza!" Doy un paso al frente. "¡Destruiste mi paz!"
"¿Qué paz, Martha?", replica ella, esta vez con voz cargada de desprecio. "¿La paz del control? ¿Era eso lo que querías?"
En un arrebato ciego de furia, la empujo. Tropieza, pero recupera el equilibrio. La agarro por las muñecas con fuerza.
"¡Suéltame!" La voz le sale en un hilo, más por el impacto que por miedo.
"Oblígame", susurro, con mi boca a centímetros de la suya.
La rabia se transforma en necesidad. Mis dedos aferran sus hombros, atrayéndola hacia un beso que no tiene nada de gentil. La presiono contra la pared y dejo que nuestros cuerpos se peguen, sintiendo su respiración irregular.
Desesperada por sentir su piel, empiezo a desabotonarle la camisa, demasiado rápido, con demasiada fuerza y, de repente, el sonido de la tela al rasgarse suena alto en el silencio.
"Aquella noche, en la casa de la playa", empiezo, dejando que los recuerdos afloren. "Sentí miedo. Miedo de lo que me hiciste sentir. Sin un solo roce."

No dice nada, solo escucha. Se mueve lo suficiente para que nuestras piernas se rocen. Su mirada es tierna y atenta, como si me viera de una forma que nadie nunca consiguió.
"Aquella historia, cómo la contaste… Me invadió, sin pedir permiso. Y eso, Renata, eso me asusta más que ninguna otra cosa."
"Es una historia real, poderosa como todas las historias reales", afirma, posando la mano en mi cintura sin desviar la mirada. "El control es una ilusión, Martha", repite. "Y el miedo… el miedo paraliza."
"No quiero estar paralizada", digo simplemente, poniendo mi mano sobre la suya, entrelazando mis dedos con los suyos y mirándola directamente a los ojos. "No quiero tener miedo. Ni de ti. Ni de lo que siento." Me inclino hacia adelante y siento su olor, ahora más intenso.
"Quiero… quiero hacer el amor contigo, Renata." La confesión es sincera. Sin adornos. La decisión está tomada.
Su sonrisa se ensancha lentamente, hasta adueñarse de su rostro por completo.
"Una actuación osada, Martha", susurra con voz cargada de emoción y admiración. Lleva su mano libre a mi rostro y, con el pulgar, traza el contorno de mis labios. "Una actuación ganadora."
Se me acelera la respiración, se vuelve entrecortada, y mi cuerpo reacciona al instante. El miedo ha dado paso a un deseo arrollador. Se acerca más, hasta que su frente toca la mía. Cierra los ojos y sus oscuras pestañas me rozan la piel.
"Sin control, Martha", susurra, con la boca tan cerca de la mía que siento el calor de su aliento mezclarse con el mío. Es una orden, una promesa.
Abro los ojos y ya no hay distancia. Sus labios rozan los míos. Suavemente al principio. Respondo al beso, primero vacilante, después con un hambre creciente que me sorprende. La provoco. Dejo que nuestras lenguas se acaricien. Me aparto un instante, apenas para paladear la expectación en sus ojos, para enseguida volver a acercarme y saborear su gusto. Es un sabor diferente, adictivo. Sus manos suben, me acarician el pelo, deshaciendo hábilmente el moño. Sus dedos se deslizan por mi cuello, por mi

nuca. Siento cómo se me relajan los hombros bajo el poder de sus dedos. Bajo las manos hasta su cintura. La sujeto, la atraigo hacia mí, obligando a nuestros cuerpos a pegarse. A través de la ropa siento mis pezones erectos, duros contra su pecho. La acerco aún más, como si fuera posible extinguir un espacio que no existe. La tela de su camisa es suave, pero quiero más, mucho más. Quiero el contacto de la piel.

Desliza las manos por mi espalda, me toca por debajo de la blusa y baja despacio. Siento un escalofrío y se me escapa un gemido. Como si me respondiera, intensifica las caricias, volviéndose más osada. Siento sus manos por todas partes; sin darme cuenta, mi camisa ha ido a parar al suelo. Fija la mirada en mi cuerpo, en el sostén negro expuesto ante sus ojos. Al contrario de todas mis expectativas, no siento vergüenza, solo deseo.

Con un simple gesto, desvía mi sostén hacia un lado y aprisiona mi pezón con su boca, con una urgencia que me roba el aliento.

"Martha", su voz sale ahogada contra mi cuerpo.

Sus dedos encuentran la cinturilla de mis pantalones; el botón cede fácilmente bajo su presión, dejando que se deslicen hacia abajo.

En un movimiento inesperado, se aparta. Da un paso atrás y se queda de pie frente a mí. Mi cuerpo protesta por la súbita pérdida de contacto. ¿Qué he hecho? ¿Qué ha pasado?

"Si vamos a hacer esto, vamos a hacerlo bien", afirma, mordiéndose provocadoramente el labio inferior, con los ojos brillando con una malicia excitante. Lentamente, abre lo que queda de su camisa, botón por botón; cada movimiento es un acto de provocación deliberada, con una lentitud exasperante, hasta dejarla caer suavemente al suelo. Se desabrocha el sostén, que inevitably sigue el mismo camino.

La luz de la lámpara la ilumina en tonos dorados. No es muy intensa, pero sí más que suficiente para que pueda observar cada detalle, cada curva, cada movimiento de su cuerpo.

Renata tiene plena conciencia de su poder sobre mí en este momento. Sabe lo que provoca. Se desabrocha los pantalones, se los baja por las caderas y revela unas bragas blancas que contrastan

con la piel morena de sus muslos. Al instante siguiente, está completamente desnuda.
Coge dos almohadas y se acomoda en el suelo del salón, en la mullida alfombra frente a mí, esperándome. Hay una invitación silenciosa en su postura confiada y, al mismo tiempo, completamente entregada. La osadía que me atrae. La falta de control que me asusta y me excita a partes iguales. Mi cuerpo se estremece en una mezcla de anticipación y deseo.
Extiende la mano en un simple gesto. Me aferro a un último vestigio de pánico, pero el deseo es más fuerte. Me dejo caer de rodillas frente a ella.
Nuestros ojos se encuentran. "No tengas miedo", susurra. No hay provocación, solo cuidado.
Le estiro el brazo hasta tocarle la cara. Mis dedos bajan por su cuello, sintiendo su pulso acelerado. Hay una honestidad en este momento que es arrolladora.
Aparta ligeramente las rodillas. "Quiero sentirte por entero."
Una invitación silenciosa, una confianza plena. La miro a los ojos, oscuros, llenos de expectación y deseo, y hago exactamente lo que tengo que hacer.
"Ahora", murmura, "es mi turno de enseñarte algo que tal vez nunca hayas sentido." Afirma en cuanto recupera el aliento y consigue hablar.
Antes de que pueda procesar sus palabras, sus labios encuentran los míos, pero esta vez el beso es distinto. No hay la cruda urgencia de antes, sino una lentitud deliberada. Sus manos empiezan a explorar mi cuerpo, no con el hambre posesiva con que la toqué hace un momento, sino con una curiosidad tierna, casi reverente.
Parece querer aprenderse mi cuerpo, descifrar cada reacción. Sus dedos trazan el camino de mis costillas, la curva de mi cintura, demorándose en algunos puntos con una atención inesperada y evitando otros con una intuición desconcertante. De una cosa estoy segura: nunca he sentido nada así, ni parecido. Sonrío, sabiendo que no me verá.
"Relájate", murmura con la boca contra la piel de mi vientre.

No tendría que pedirlo. Siento cómo mis músculos ceden involuntariamente, sin que pueda evitarlo. Cierro los ojos y me entrego a la sensación. Sus manos son increíblemente suaves; sus labios, calientes. La lengua provoca, retrocede y vuelve, en un ritmo lento que me enloquece y me calma al mismo tiempo.

Cuando sus manos y su boca bajan entre mis muslos, el tacto es diferente. Parece encontrar placer en mi placer, en cómo reacciona mi cuerpo, en mi respiración que se vuelve entrecortada, en la forma en que mis dedos se aferran a las sábanas.

"Renata…"

Levanta el rostro un instante. "Shhh", murmura. "Déjame enseñarte."

Mi cuerpo cede con un grito que casi no parece mío y un temblor que me recorre de la cabeza a los pies. Un minuto después, desliza su cuerpo hasta quedar con el rostro junto al mío y me envuelve en un abrazo.

CAPÍTULO 22

Caos

ELEONOR

Cuando, esta mañana, Celine me envió un mensaje para que nos encontráramos en su estudio, no lo dudé ni un instante. Después, pasé el día encontrando razones para cancelar, para posponer, pero armada con la certeza de que era todo lo que más quería. Esa certeza que sólo la adrenalina del deseo es capaz de generar.

Esta noche es la audición de Renata, espero que le salga bien, pienso, interrumpiendo la inmensidad de Celine que ocupa mi mente.

El último paciente está retrasado, es una primera consulta, espero que no se demore. Mi teléfono vibra sobre la mesa.

"¡Laura!"

"¿Esperabas a otra persona?"

"No, la verdad es que no esperaba a nadie. ¿Está todo bien con Sophia?"

"Estupendamente. Me preguntaba si te apetece venir a cenar con nosotras, vamos las dos al cine y después a comer algo."

"No puedo", respondo demasiado rápido, con demasiado entusiasmo como para que le pase desapercibido.

"¿Adónde vas?"

"A ningún sitio. Tengo que terminar una cosa."

"Es ella, ¿verdad? ¡Vas a encontrarte con ella!", exclama, furiosa. "¡No puedes! ¡Te vas a arrepentir!", añade, gritando.

Por raro que parezca, hoy las palabras no me afectan. "Tal vez, tal vez me arrepienta. Tal vez no deba. Pero, ¿sabes qué? Voy a ir de todas formas."

Los gritos e improperios prosiguen durante algunos minutos más, pero creo que hasta la propia Laura se da cuenta de que es hora de dejarlo estar.

Seis y media, creo que mi paciente ya no viene. Recojo mis cosas y salgo, con una sonrisa dibujada en el rostro.

El estudio de Celine está en la parte vieja de la ciudad, junto al mar. Un único espacio con un ventanal al fondo. Paredes de ladrillo y pinturas por todas partes, en un caos delicioso.
A pesar de haber quedado conmigo, Celine parece no haberse percatado de la hora, o simplemente decidió aprovechar el tiempo y la inspiración. Me recibe con dos besos, manteniendo la distancia entre nosotras, evitando rozarme con las manos manchadas de pintura.
"Es fantástico", comento superponiendo mi voz al ruido del agua del grifo donde ella lava los pinceles y se lava las manos.
"Ahora está mucho mejor que hace algunas semanas. No te puedes imaginar la angustia de mirar un lienzo en blanco y no tener absolutamente nada que decir, que pintar."
Creo que ella siente lo que está enunciando, pero quien echa un vistazo alrededor no lo diría. Un sinnúmero de cuadros de diferentes tamaños ocupan la mayor parte del espacio. Voy caminando por el estudio con cuidado para no tocar nada, ya que la pintura me parece demasiado reciente. Apoyado en la pared junto a la ventana, un retrato de una mujer de espaldas que mira hacia otra ventana. No consigo apartar la mirada.
"Eres tú", dice su voz pegada a mi oído, a mi espalda.
Me giro de repente, asustada por la proximidad, lo que solo provoca que quedemos cara a cara, a pocos centímetros de distancia.
"Fue el primero que pinté después de muchos meses sin pintar."
"Es precioso", murmuro, sin atreverme a decir nada más, dando un paso atrás y desviando la mirada hacia otro lienzo, en tonos de azul.
"La casa de la playa", responde, sin que yo pregunte nada.
"¿Por qué me invitaste a venir aquí?"
"Porque necesitaba que me conocieras por dentro", afirma, con un suspiro. "Esta mañana tuve consulta con otro psiquiatra", declara tranquilamente, como si fuera la continuación obvia de la conversación.
"¿Y qué tal?", pregunto, siguiéndole el juego.
"Muy bien. Sin sonrisas ni medias palabras. Fui al grano. Creo que el entrenamiento me ha venido bien."
"¿Hablaste de Anna?", interrogo sabiendo que no debo.

"No voy a decir lo que pasó en la consulta, doctora. Es confidencial." Me toma del brazo y me lleva hacia unas sillas dispuestas alrededor de una mesa baja. "Vamos a hablar de Anna." Afirma perentoriamente. "Vamos a hablar de Anna, todo lo que necesitemos para no tener que volver a hablar de ella nunca más. Me acuerdo de la primera vez que la vi. Una fiesta de fin de año. Ella estaba con su marido, yo sola. Intercambiamos miradas, no hablamos. Yo sentía que me faltaba el aire, el corazón latiendo, no importaba lo que estuviera pasando. Todo lo que quería, todo lo que necesitaba, era seguirla con los ojos. La vi reír y conversar, beber whisky, beber champán, y varias veces, clavar la mirada en la mía. Podría haber sido impresión mía, una mala interpretación, si no nos hubiéramos encontrado en el balcón, las dos solas. '¿Quieres?', me preguntó, ofreciéndome la cajetilla de tabaco. Fue la primera palabra que me dirigió. Dudé por una fracción de segundo. Yo no fumaba. Pero había algo en el gesto, en la forma en que lo ofrecía, que parecía peligroso, íntimo. Asentí con la cabeza. En lugar de sacar un cigarrillo de la cajetilla, ella se sacó el que tenía en la boca y me lo tendió. El filtro estaba húmedo y caliente por sus labios. Me lo llevé a los míos. El sabor amargo del humo se mezcló con el de ella. Inhalé. Ella me observaba, enarcando una ceja ligeramente y con una mueca que casi se convirtió en una sonrisa."
"¿Y después?", pregunto con la garganta seca.
"Después empezamos a encontrarnos con regularidad. Yo pintaba, a ella le pirraba el arte. Tal vez por la contraposición con su rígido mundo de leyes y tribunales, un mundo implacable, donde ella era de las mejores. Me mostró lo mejor que había, exposiciones, museos, galerías, gente famosa a la que yo sólo conocía de leer en los libros, de ver en las noticias. Me quedé deslumbrada con ella y por el mundo que se abría ante mí. Anna se divorció. Fuimos a vivir juntas, o mejor dicho, yo me mudé a su casa. Hasta... hasta que gané el premio."
El rostro de Celine está sereno, las manos posadas en el regazo y la pierna cruzada.
"No le gustó que yo fuera el centro de atención. No le gustaron los elogios. No sé si por miedo o por egoísmo. Esa noche, en Milán, me

contó sobre la enfermedad. Por más que yo insistiera en que se tratara, en que fuera al médico, se negó. Y su negativa me hizo su rehén, prisionera de aquel secreto, del miedo a que le pasara algo y yo no estuviera allí."
"Anna estaba enferma", afirmo mirándola y tomando sus manos entre las mías. "Estaba enferma, y no sólo del corazón. Anna era una persona perturbada. Perturbada y brillante, y por eso mismo, peligrosa, manipuladora." Creo que de repente comprendí lo que se me había estado escapando. "Me dijiste un día que quien se suicida no avisa."
Celine me mira, claramente sin entender adónde quiero llegar.
"Tal vez no, o tal vez sí. Anna era demasiado inteligente para no saber que el medicamento que le había recetado podía desencadenar una arritmia, pero tal vez fuera exactamente..."
Celine se levanta, sin dejarme terminar la frase. "Tal vez fuera exactamente eso lo que ella quería."
Siento un dolor en el pecho. Durante meses pensé que se me había escapado algo, que Anna había pedido ayuda de alguna forma y yo no había sido capaz de entenderlo. Pero en realidad fue exactamente al revés. Ella me manipuló y obtuvo precisamente lo que pretendía.
"Salgamos de aquí. Vamos a cenar", afirmo, poniéndome también de pie.

**

Acabamos la cena prácticamente sin que ninguna de las dos haya comido nada. De pie en la calle, Celine sonríe, una sonrisa triste e irónica que le arruga las comisuras de los ojos. "No es un error", dice de repente, en voz baja, seria.
La miro, confusa. ¿Qué es lo que no es un error? "¿El qué?", pregunto.
"Estar aquí", aclara. "Hicimos todo lo que pudimos para evitarlo. Anna casi lo consiguió, arruinar mi vida y la tuya. Error suyo."
"Podría haberlo conseguido", constato.
"No, creo que no", discrepa, sacudiendo la cabeza. "Tal vez simplemente nos haya hecho ganar."

Su mirada vuelve a encontrar la mía, y yo sé, con una certeza desconcertante, de qué está hablando.
"¿Estás lista para hablar de lo que aún no se ha dicho?"
Ella asiente, en un movimiento casi imperceptible.Inspiro profundamente. El aire frío me llena los pulmones y me da el coraje que necesito. "No aquí. Vamos a mi casa."
La sorpresa en su rostro es evidente. "¿A tu casa?", pregunta, poniendo a prueba mi firmeza.
"Sí", confirmo, dando un paso deliberado y tirando de su brazo.

**

Mi apartamento parece más silencioso que de costumbre, incluso en los días en que, como hoy, Sophia está en casa de Laura.
Celine sonríe, una sonrisa genuina que le ilumina el rostro. "A la osadía."
Nos reímos mientras nos sentamos, lado a lado, en el sofá, con dos vasos de whisky.
"Y bien", dice, dejando el vaso en la mesa baja con un leve tintineo y mirándome de forma provocativa, "¿vas a decirme qué es lo que ganamos?"
Inspiro hondo. Es ahora. Sin huidas. Sin excusas.
"Ganamos una oportunidad", digo, sabiendo que cada palabra es un paso adelante. Dejo el vaso y me acerco a ella, hasta que nuestras bocas se tocan, en un beso ávido de deseo. Dejamos que las lenguas se rocen, desviamos los labios para enseguida volver a acercarlos, movidas sobre todo por la urgencia del deseo, por una excitación que aumenta a cada segundo.
La necesito, necesito sentirla en mí. Pongo la mano sobre su muslo y antes de dejarla reaccionar, le suelto: "¿Te gustaba el dominio?"
Ella confirma, moviendo levemente la cabeza, sabiendo que no son necesarias las palabras.
"¡Levántate!", ordeno de repente, poniéndome de pie.
"¿Por qué?", pregunta, sorprendida, pero levantándose de inmediato.
"¡Porque yo lo mando!"
Sin protestar, me sigue hasta el dormitorio.
"Desvístete", digo, deteniéndome en el centro de la habitación.

"¿Es una orden?" Los labios esbozan una sonrisa casi imperceptible, pero el tono es serio.
"Una invitación", devuelvo.
De espaldas a mí, se saca la camiseta por la cabeza, se desabrocha los pantalones y, por fin, se quita el sujetador, hasta quedar sólo en bragas.
"Creo que no fui clara: ¡desvístete!", digo en un tono áspero, sintiendo el corazón casi salírseme por la boca. Cómo quiero poder tocarla, besarla, poseerla.
Sin hacer lo que le he ordenado, se tumba boca abajo sobre las sábanas, hundiendo el rostro en una de las almohadas.
"¿No lo entiendes?" Siento un calor creciente, un nivel de emoción que no sabía que era posible. Sin vacilar coloco las manos en su cadera, una a cada lado, y le bajo las bragas de un tirón.
Celine queda completamente expuesta, a mi merced. Rendida, entregada.
Acerco la boca a su cuerpo. A tientas, sus manos encuentran mi cabello y me dejo guiar. Me tira hacia arriba y pega su boca a la mía. Toca el interior de mi mejilla, me muerde el labio y luego me empuja, apartándome y volviendo a cerrar los ojos.
Prosigo, su cuerpo respondiendo debajo de mí, me da la confianza que necesito. La confianza para ir cada vez más lejos, para usar la boca, la lengua con una audacia que nunca pensé que poseía. Su respiración se vuelve jadeante, irregular, sonidos ahogados contra la almohada, un gemido ronco se le escapa cuando la rozo con la punta de la lengua y, casi simultáneamente, su cuerpo se contrae bajo mi contacto y la cadera se alza instintivamente del colchón.
"¡Eleonor!" La voz no es más que un susurro.
Continúo, implacable, enfocada solo en ella, en la forma en que su cuerpo se rinde. Siento los músculos tensos, y una vibración de placer inminente recorriéndole la piel. Y entonces, sucede.
Cuando ella se gira boca arriba, su expresión es de una ternura inmensa. Lleva la mano a mi rostro, acariciándome la mejilla con la punta de los dedos.
"¿Sophia?", pregunta entre dientes sin abrir los ojos.

"¿Qué clase de pregunta es esa?", pregunto sorprendida, con el cuerpo aún adormecido por el placer de momentos atrás.
"¿Puedo dormir, o va a entrar ella por aquí mañana? O peor aún, tu ex mujer."
Laura. Pienso en Laura, en el placer que tantas y tantas veces sentí en sus manos, en su boca. Y de repente, sonrío. Sonrío porque pertenece al pasado.
"Sophia se queda en casa de Laura durante todo el fin de semana, y quizá incluso la próxima semana. Puedes dormir tranquila, nadie va a entrar por aquí mañana."

CAPÍTULO 23

El tercer acto

RENATA

Me despierto aturdida, sin saber exactamente dónde estoy. Poco a poco recuerdo nuestra noche, la obra, el jurado. ¡Perdimos! ¿Cómo pudimos haber perdido? Éramos los mejores, no tengo ninguna duda de eso.

Miro por la ventana, afuera aún es noche cerrada, a mi lado, Martha, como si supiera que desperté, gira ligeramente el cuerpo y coloca el brazo sobre el mío. La respiración pesada muestra que duerme profundamente.

No basta con ser los mejores, pienso con amargura. Tenemos que saber estar a la hora correcta en el sitio correcto. Saber leer el contexto y anticipar las reglas del juego, y yo fallé. Fallé cuando me dejé envolver, cuando abdiqué de mis convicciones, por las convicciones de ella.

La primera luz de la mañana se hace notar por entre las cortinas entreabiertas. El aire huele a su perfume, huele a nosotras, huele a sexo. Si hubiera sido sólo eso, sólo sexo, tal vez no sentiría este nudo en la garganta. Pero fue mucho más que eso. Vi la furia transformarse en algo que nunca pensé que podría ver en ella: una entrega total, sin control. Y después mi respuesta, una ternura que no anticipé que pudiera tener por alguien.

La observo dormir. El cabello suelto, esparcido sobre la almohada, el rostro sereno, la curva del cuello, la línea suave del hombro. En medio de todo, lo que me asusta no es la intensidad de ella, es la mía. Una posibilidad de un después, de un futuro, de compromiso.

Con un cuidado infinito, me deslizo fuera de la cama. El piso está frío bajo mis pies descalzos. Recojo la ropa esparcida - la camisa rasgada, los pantalones - vistiéndome en silencio.

La miro por última vez. Dormida, parece casi frágil. Una parte de mí quiere volver a la cama, sentir el calor de su cuerpo, despertar a su lado. Pero el instinto de autopreservación es más fuerte.

Cojo un bloc de notas de la mesita que está sobre su escritorio, y garabateo dos palabras apresuradas con un lápiz. No consigo escribir 'Adiós'. No consigo escribir 'Te llamo'. Dejo apenas: 'Gracias. R.' Cobarde. Dejo la nota sobre la almohada a su lado. Un mensaje que lo dice todo y nada, al mismo tiempo.
Salgo de la habitación, de puntillas. En la sala, la botella de champán y las dos copas son testigos de nuestra tregua, pero también de nuestra guerra. Cojo el bolso, abro la puerta del apartamento y la cierro detrás de mí.
Empiezo a caminar sin rumbo, necesito ruido, movimiento, cualquier cosa que apague mis pensamientos. El móvil vibra en mi bolso. Lo ignoro. Vibra otra vez. Nerviosa, lo cojo con ambas manos. No es ella, no es Martha, es mi madre.
"¿Renata?" La voz de mi madre es formal y melódica como siempre, pero tiene un deje de ansiedad que reconozco.
"Sí, mamá. ¿Pasó algo?" Es demasiado temprano para una llamada. ¿Qué día es hoy? Intento en vano recordar.
"Llamé para saber... bueno, para recordarte. Tu padre cumple setenta y cinco años hoy." Hay una pausa vacilante. "Nos gustaría mucho que vinieras."
"¿Dónde?"
"Aquí, aquí a casa. A cenar."
¿Cuántos años hace que no voy a casa? A la casa donde crecí, rodeada de guiones, premios y discusiones sobre ángulos de cámara, y de donde necesité alejarme para poder respirar, para poder conquistar un espacio que fuera mío, lejos de la sombra de ellos.
"¿Quieres que vaya a cenar a París?", confirmo, sintiendo la ironía en la pregunta.
"Sí."
Cuelgo el teléfono con la cabeza dando vueltas. ¿Ir a París? ¿Enfrentar a mis padres, al pasado? Es una locura. Es lo último que necesito ahora. O tal vez sea precisamente esto lo que necesito. Huir de la intensidad desconocida de Martha hacia la intensidad familiar, no se puede negar que es una distracción monumental.

Movida por un impulso, entro en el primer café que encuentro, pido el desayuno - un croissant, que apenas consigo tragar, y un café fuerte - cojo el móvil, y compro un billete de avión para París, para dentro de cuatro horas. Cuanto antes, mejor. Antes de tener tiempo de arrepentirme. Antes de que la imagen de Martha dormida, desnuda, me haga volver atrás.

*

Aterrizo en el Charles de Gaulle. El taxi me lleva por las calles familiares hasta cerca de Luxembourg, al edificio donde viven mis padres. Saludo al portero. Está viejo. El mismo hombre discreto, en su uniforme inmaculado, que me extiende la mano y me brinda una sonrisa.

"¿Cómo está, señorita? Cuánto tiempo."

Mis padres me esperan en la puerta. Están más viejos de lo que recordaba. El cabello de mi padre está completamente blanco, pero los ojos azules tienen la misma intensidad analítica que intimidaba a actores y equipos técnicos. La postura de mi madre es un poco menos rígida, tal vez.

Todo parece igual, y sin embargo, casi todo cambió. Mi madre me toma en sus brazos, y me envuelve en un gesto que nunca anticiparía, por más que pudiera haber imaginado este momento. Mi padre sonríe, una sonrisa abierta, simple y franca, que quiebra mi desconfianza. Cuando mi madre me suelta, me abrazo al cuello de él, volviendo a tener quince años.

No hablamos del pasado, porque no hay nada que pueda ser dicho. El tiempo pasó, la vida siguió, no hay forma de volver atrás. Podríamos haberlo hecho mejor, haber hecho diferente. ¡Claro! Todos sabemos eso, y sin embargo, hicimos lo que teníamos que hacer.

La cena es tensa, al principio. Preguntas amables sobre mi trabajo, respuestas evasivas de mi parte. Me siento como una actriz representando una obra que no conoce. Para llenar un momento de silencio, empiezo a hablar de la Academia, del trabajo con los alumnos, de la competición.

"Fue profundo", digo, tal vez con más dramatismo del necesario. "Trabajamos muchísimo. La obra tenía potencial. Técnicamente,

estábamos impecables". Hago una pausa, esta vez, deliberada. "Pero perdimos. El jurado prefirió otra cosa. Más 'atrevida', dijeron". Lanzo la palabra con una irritación que no logro disimular. "¡Me pidieron osadía, precisamente a mí!"
"El control excesivo puede matar el alma de un proyecto", comenta mi padre, sorprendiéndome otra vez. "Pero la falta de él también lleva al caos. Es un equilibrio difícil, Renata".
Alentada por sus palabras, me sumerjo en una descripción pormenorizada de lo que fueron nuestros ensayos, nuestros enfrentamientos. Me río al describir las varias interpretaciones del ejercicio de improvisación, que denominé 'Siete Minutos'.
Veo el interés genuino en sus ojos.
"Debería haber defendido mis ideas. Pagamos el precio de mis concesiones, tal vez de mi falta de convicción".
"Siete minutos...", murmura él, con los ojos brillando con una idea, despreciando mis últimas palabras. "El concepto es fuerte. Visualmente poderoso. Imagina: diez cortos, estilos diferentes, directores emergentes explorando esa idea. Casi un ejercicio de estilo libre, como describiste. Una antología sobre la relatividad del tiempo y la intensidad del momento".
"Podríamos producirlo", añade mi madre, casualmente, como si hablara de contratar a un nuevo guionista. "Tenemos la estructura, los contactos. No sería 'ayuda', Renata," dice ella, anticipando mi reacción defensiva, "Sería una coproducción. Esto es, si tienes un guion sólido, claro".
La oferta queda flotando en el aire. ¿Usar su maquinaria? ¿Su red? Significaría volver a la órbita de la que tanto luché por escapar. Pero la idea, la idea es buena. Y, por primera vez, la oferta no parece proteccionismo, sino reconocimiento.
Ya en el cuarto, sentada en la cama que siempre fue mía, veo las luces de París centellear afuera. Mi madre entra, trayendo dos copas de brandy, y ofreciéndome una, sin preguntar. Un ritual antiguo, de las raras veces en que las barreras bajaban.
Se sienta en un sillón frente a mí, con un brillo perspicaz en la mirada.

"Estás diferente, Renata. ¿Pasó algo más, además de que perdieran?" Apoya los labios en la copa y bebe delicadamente varios pequeños sorbos. "¿Por qué cediste? Tú nunca tienes falta de convicción".
El brandy me calienta por dentro. Sin poder evitarlo, las palabras empiezan a salir. Desenrollo todo lo que pasó con Martha. Veo su imagen delante de mis ojos. El empujón en la sala, sus manos agarrando mis muñecas, su boca en la mía, el toque en mi cuerpo. La furia, la pasión, la ternura inesperada. Las palabras me salen a borbotones cargadas de todas las emociones. Lloro y sonrío, al mismo tiempo. "Nunca sentí nada así. Es arrollador", concluyo respirando hondo y llevando la copa a la boca, con la mano temblando ligeramente.
Cuando acabo, mi madre deja la copa. "Ah, l'amour...", murmura, "Siempre es la historia más difícil de dirigir. Y la única imposible de controlar. Estás enamorada, R".
"Y huí, porque no sé qué hacer con esto".
Mi madre escucha en silencio, me mira, y por primera vez en años, no veo a la famosa directora, sino sólo a mi madre. "Huir nunca resolvió ningún tercer acto, querida. Sólo lo aplaza. Y, a veces...", añade, con un brillo insondable en los ojos, "el aplazamiento hace el clímax aún más interesante".

**

Sus palabras se quedan en mi cabeza cuando el avión desciende sobre Barcelona. 'Huir nunca resolvió ningún tercer acto, querida. Sólo lo aplaza.' Aplazar. Es lo que hice toda la vida. Huí de mis padres, huí de las expectativas, huí de cualquier cosa que oliera a compromiso. Y ahora, huí de Martha.
Salgo del aeropuerto y considero ir en tren. Es tarde, pienso, entrando en un taxi. El aire de Barcelona me recibe, familiar y, al mismo tiempo, diferente.
"¿A dónde?", pregunta el taxista.
Respiro hondo, y le doy su dirección.
Durante el trayecto, mi corazón late desacompasado. ¿Qué le voy a decir?

El taxi se detiene frente al edificio. Las ventanas del apartamento están iluminadas. Ella está en casa. Respiro hondo otra vez, pago y salgo, sintiendo las piernas sin fuerza.
La puerta del edificio está abierta. La atravieso y subo las escaleras, dejando el sonido de mis pasos hacer eco. Me detengo frente a la puerta de su apartamento. Levanto la mano para tocar el timbre, pero me detengo. ¿Y si ella no me quiere ver? Es más que justo, después de todo no es la primera vez que huyo, ni siquiera la segunda. Finalmente, toco el timbre, y el sonido parece absurdamente alto.
Con el corazón martilleando contra las costillas, oigo pasos adentro, y la puerta se abre. Mark.
"¡Renata!", exclama sorprendido, "¿Qué estás haciendo aquí?"
Me siento ruborizar. "Hola, Mark. Disculpa aparecer así sin avisar. ¿Está tu madre?" Tartamudeo ligeramente.
"Mejor que te vayas. Ella no quiere hablar contigo".
Siento la boca seca y un nudo en la garganta. Pero, al mismo tiempo, oigo pasos, esta vez más firmes, más decididos. Martha aparece en la puerta de la cocina, con un paño en la mano y se detiene abruptamente al verme. El pelo está recogido de forma desordenada, con vaqueros, camisa holgada y descalza, parece normal. Y eso hace la escena aún más irreal. La sorpresa le cruza el rostro, una máscara rápida de incredulidad antes de que la compostura habitual se imponga.
"Mark, quizás sea mejor que te vayas yendo".
"¿Estás segura?", pregunta lanzándole una mirada preocupada.
"Estaré bien. Mañana hablamos. Dale un beso a Andy".
Cuando él se va nos quedamos paradas, de pie.
"¿Qué estás haciendo aquí, Renata?", pregunta finalmente, con la voz fría, la antítesis de la mujer que se deshizo en mis brazos.
"Volví", digo, mi propia voz sonando extraña a mis oídos. "Necesitamos hablar".
"¿Hablar?", suelta una risa corta, amarga. "Es un poco tarde para volver. Dejaste una nota, es suficiente". Se acerca un paso, con los brazos cruzados sobre el pecho.
"Fui a París".

"Me alegra saber que para huir de mí tienes que irte hasta París. Debo de ser una persona importante", ironiza.
"Entré en pánico, Martha. Lo que pasó entre nosotras fue... fue demasiado. Me asustó".
"¿Te asustó?", repite, con sarcasmo. "¿Y pensaste que la mejor solución era huir? ¿Dejarme aquí, intentando entender qué demonios había pasado? ¿Intentando juntar los pedazos, que tú ayudaste a hacer añicos". Avanza un paso más. "¿Es este tu método, Renata? ¿Intensidad máxima y después huida? ¿Diriges la escena y después cortas?"
"¡No! ¡No fue así!", protesto, sintiendo la necesidad de defenderme. "Yo no sé lidiar con esto. Con la posibilidad de..."
"¿De qué, Renata?", presiona ella, ahora con el cuerpo a centímetros del mío. "¿De compromiso? ¿De tener que quedarte y enfrentar las consecuencias, en vez de saltar al próximo avión, a la próxima cama?"
La verdad de sus palabras me alcanza, y retrocedo instintivamente.
"Haz lo que tengas que hacer, Martha", digo, con la voz embargada. "Grita. Acúsame. Ódiame. Tienes todo el derecho. Pero no me eches. No huyas tú ahora".
Antes de que ella pueda reaccionar, antes de que mi propio miedo me paralice, invierto los papeles de la última noche, y, en un movimiento rápido, la agarro. La presiono contra la pared del pasillo, su cuerpo bajo el mío.
"Renata, qué...", empieza, con la voz fallando.
"Shhh", susurro, dejando que mi boca roce la suya.
La beso. El beso empieza como una disculpa, pero su respuesta hambrienta, lo transforma en otra cosa. Sus manos agarran mis hombros. Las mías exploran su cuerpo con facilidad, tocando la piel caliente bajo la camisa. No hay la pasión cruda de anoche, pero hay la intensidad mágica, de un camino conocido. La levanto en brazos, y sus piernas se enlazan en mi cintura, camino hasta el dormitorio, y la dejo caer suavemente en la cama aún deshecha.
"Esto no borra lo que hice", afirmo.
"Lo sé", responde. "Pero tal vez pueda ayudar".

Me tumbo sobre ella, y dejo que me guíe. Coloca las manos sobre mi rostro, y los labios en los míos. Hacemos el amor lentamente. Cada caricia es un reconocimiento, cada beso una pregunta silenciosa. Hay una confianza implícita en sus gestos.

Después de un placer sincrónico, un gemido al unísono, nos quedamos en silencio, sólo con el sonido de nuestras respiraciones llenando el cuarto. El tercer acto, como diría mi madre, acaba de empezar.

EPÍLOGO

Eleonor

"Qué encuentro tan..., tan previsible", dice Irene con una sonrisa, acercándose a la mesa al fondo de la librería, trayendo un montón de libros en los brazos, que deposita en uno de los estantes. Su tono es pura ironía. Previsible sería la última palabra que yo usaría para describir este momento.

Intercambiamos miradas cómplices y una sonora carcajada. Alrededor de la mesa, yo, Celine, Martha y Renata, bebemos un té. Un cuarteto improbable, unido por el azar. Conversamos animadamente sobre la película que ellas van a hacer. Renata acaba de confirmar que aceptó la propuesta de sus padres.

"¿Estás diciendo que Isabelle Glisse, la famosa Isabelle...?"

"¿Puedes parar con eso? Estás hablando de mi madre", afirma cortando la palabra a Martha que, aun callada, mantiene los ojos muy abiertos en una expresión de asombro, que nos hace estallar en risas otra vez. "Mi madre dice que quiere ser actriz en una de las historias. Peor aún, va a escribir ella misma el guion, y quiere que sea yo quien lo dirija."

"¿Y tu padre?", pregunta Celine, entusiasmada.

"Dice que mientras no le pidan actuar, todo está bien." Renata se encoge de hombros, como si la idea de que su padre, otro gigante del cine, actuara no fuera más que algo de lo más normal.

"La idea de los cortometrajes es fantástica, Renata", intervengo. "Pueden explorar momentos decisivos, da para casi todo", pienso sin decir nada más.

"Podemos usar algunas de las improvisaciones de los alumnos como punto de partida", se apresura a concordar Renata, volviéndose

hacia Martha con una complicidad en la mirada. "Aquella escena del orgasmo, por ejemplo..."
Martha se ruboriza violentamente, lanzando una rápida mirada en mi dirección y en la de Celine. "¡Renata!", reprende, pero hay un deje de diversión en su voz.
Celine se ríe abiertamente. "¿Un orgasmo en siete minutos? Me parece un desafío interesante para representar, o para pintar..."
"O para experimentar", añado, guiñándole el ojo.

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20

Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Epílogo
Acerca de la autora
Libros en esta serie

LIBROS EN ESTA SERIE

Sphere España

La serie Sphere incluye un conjunto de novelas lésbicas con historias independientes ambientadas en la actualidad, que reflejan la realidad de varias mujeres lesbianas en el entorno médico y universitario.

El punto de unión de estas historias es la existencia de la "Sphere."

La "Sphere" es un grupo formado por mujeres, en su mayoría lesbianas, de toda Europa. Fue fundado en Francia, en la década de 1920, por una estadounidense que, durante su estancia en París, formó un grupo compuesto por mujeres prominentes en diversas áreas de las artes y las ciencias, que se reunían para discutir asuntos profesionales, conversar o, en algunas ocasiones, para poder tener relaciones en un espacio seguro. El secreto del grupo se mantenía por la necesidad de cada uno de sus miembros de proteger su propia identidad. Con el paso del tiempo, el grupo se fue ampliando y pasó a contar con mujeres notables en varios ámbitos, y sobre todo con muchas mujeres en puestos de poder, tanto a nivel económico como político. Los miembros del grupo se ayudan entre sí, intercambian influencias y mantienen el propósito original de promover espacios seguros para mujeres lesbianas.

ACERCA DEL AUTOR

Maggy McAndrew



Maggy McAndrew es médica y una apasionada escritora afincada en Lisboa. Con un diverso portafolio que incluye publicaciones científicas y cautivadoras obras de ficción, el verdadero amor de Maggy reside en crear desgarradoras novelas de romance lésbico. Basándose en su amplia experiencia en el campo de la medicina y en entornos académicos, entreteje hábilmente "rebanadas de la vida diaria" con las complejidades de la dinámica hospitalaria y universitaria. La perspectiva única de Maggy y su aguda comprensión de las relaciones humanas le permiten crear historias auténticas y emocionalmente resonantes que muestran las alegrías, desafíos y triunfos de las mujeres que aman a las mujeres. Sus novelas ofrecen una representación poderosa y sin disculpas del amor lésbico en todas sus formas. Para mantenerse en contacto con Maggy y recibir ofertas exclusivas, extractos gratuitos de sus próximas obras y las últimas noticias sobre su trayectoria como escritora, por favor, escríbale a maggy.mcandrew@gmail.com. Ella valora la oportunidad de interactuar con sus lectores y agradece cualquier comentario, opinión o pregunta que pueda tener.
@maggymcandrew
www.maggymcandrew.com

LIBROS EN ESTA SERIE

Sphere España

La serie Sphere incluye un conjunto de novelas lésbicas con historias independientes ambientadas en la actualidad, que reflejan la realidad de varias mujeres lesbianas en el entorno médico y universitario. El punto de unión de estas historias es la existencia de la "Sphere." La "Sphere" es un grupo formado por mujeres, en su mayoría lesbianas, de toda Europa. Fue fundado en Francia, en la década de 1920, por una estadounidense que, durante su estancia en París, formó un grupo compuesto por mujeres prominentes en diversas áreas de las artes y las ciencias, que se reunían para discutir asuntos profesionales, conversar o, en algunas ocasiones, para poder tener relaciones en un espacio seguro. El secreto del grupo se mantenía por la necesidad de cada uno de sus miembros de proteger su propia identidad. Con el paso del tiempo, el grupo se fue ampliando y pasó a contar con mujeres notables en varios ámbitos, y sobre todo con muchas mujeres en puestos de poder, tanto a nivel económico como político. Los miembros del grupo se ayudan entre sí, intercambian influencias y mantienen el propósito original de promover espacios seguros para mujeres lesbianas.

Te Amo Más De Lo Que Te Puedo Decir

¿La vida es un conjunto de acontecimientos aleatorios o está en nuestras manos tomar el control?

Charlotte y Elena forman una pareja aparentemente perfecta. Viven en una de las zonas más elegantes de Barcelona, en una casa tan

fabulosa como su amor. Charlotte, nacida en París, es profesora universitaria de sociología, nieta de un acaudalado senegalés e hija de una reconocida pianista. Tras la muerte de su padre, lucha a diario contra la ansiedad por un futuro desamor. ¿Es mejor tener algo y arriesgarse a perderlo o nunca haberlo tenido?

Elena es una deslumbrante psiquiatra apasionada por la fotografía y la historia de Cataluña, hija de un ferviente independentista catalán. Sin embargo, siente que su vida no será perfecta hasta que logre ser madre.

En un día a día repleto de historias paralelas entre amigos, colegas e incluso algunos enemigos, Charlotte conoce a Alicia, una joven becaria de doctorado de la Universidad de São Paulo. Alicia pondrá en jaque sus convicciones y le ofrecerá salidas fáciles a dilemas complejos. Pero, ¿hasta dónde está dispuesta a llegar Charlotte ante la amenaza de perder a Alicia?

Mientras tanto, Elena se topa inesperadamente con una figura mítica y enigmática: Mercedes Ferrà, una eminente economista de renombre mundial, cuya vida privada está envuelta en el más absoluto secretismo. La irrupción de Mercedes Ferrà no solo brinda nuevas oportunidades a Elena, sino que también desafía todos y cada uno de los ideales que ha defendido hasta ahora.

Narrada en primera persona por Charlotte y Elena, esta historia de amor, seducción e intimidad explícita transcurre entre las vibrantes calles de Barcelona y París. A medida que avanzan, irán descubriendo facetas desconocidas de sí mismas, cuestionando sus creencias y poniendo a prueba los límites de su amor en un viaje personal cargado de pasión, dudas y sorprendentes revelaciones.

Esta novela te atrapará desde la primera página. Te hará reír, llorar y reflexionar. Una historia inolvidable que permanecerá contigo mucho después de haber leído la última página. ¡Prepárate para sumergirte en un relato que transformará tu forma de ver el amor y la vida!

Verdades No Dichas

Dos mujeres, dos voces, un viaje inolvidable a las profundidades íntimas del deseo, contado con honestidad cruda y pasión sin filtros. En los pasillos del Hospital Central, dos doctoras brillantes y decididas se ven puestas a prueba cuando sus caminos se cruzan. Olivia, ya apodada la Dama de Hierro, se siente vulnerable cuando asume la dirección clínica del hospital. Está decidida a transformar la práctica de la medicina y a adoptar un enfoque más centrado en las personas, enfrentándose a la feroz oposición de todos aquellos que quieren mantener el statu quo. Si la vida profesional de Olivia es complicada, su vida personal no se queda atrás, dividida entre la violencia de un matrimonio asfixiante con Javier y el consuelo de la intimidad con Úrsula.

Julia, seductora empedernida, casada con Camila y madre del pequeño Mateo, es una renombrada cirujana cardiotorácica y una de las voces más críticas hacia Olivia, al menos hasta el día en que Olivia es la única anestesista disponible para entrar con ella en el quirófano e intentar salvar la vida de un joven paciente.

Mientras las vidas de Olivia y Julia se van entrelazando, deben afrontar secretos, deseos y traiciones que amenazan con devorarlas. Desde el quirófano hasta la intimidad de sus hogares, su pasión parece superar los límites de su rivalidad. En medio de todo esto, Camila, esposa de Julia y cirujana también, vive a la sombra de la reputación de su madre, una persona tan brillante como difícil, y afronta sus propios demonios.

Como si la vida no fuera ya lo suficientemente complicada, por una extraña coincidencia, Camila y Olivia comparten el mismo psiquiatra, Felipe Rivera, sin saberlo. La historia de Verdades No Dichas nos es contada en primera persona por ambas, en sus sesiones de psicoterapia, sumergiendo a los lectores en un mundo de relaciones complejas, luchas personales y búsqueda de identidad y felicidad. Prepárense para ser cautivados por esta apasionante historia de amor, ambición y caminos inesperados que conducen al descubrimiento del verdadero yo. Déjense llevar por las emociones crudas y las revelaciones íntimas de Olivia, Julia y Camila mientras

navegan por las complejidades de sus relaciones, carreras y el poder transformador del amor en todas sus formas.

Pasiones Imprevistas

En un mundo donde el amor verdadero parece imposible, Simone, una brillante filósofa, se encuentra consumida por el dolor tras la pérdida de su gran amor, Lisa. Sumida en un océano de recuerdos, busca consuelo en las palabras, convencida de que solo a través de la escritura podrá liberar las pasiones ocultas que arden en su interior.
Pero el destino le tiene reservado otros planes cuando Nicola, una seductora profesora italiana con un pasado enigmático, irrumpe en su vida como un torbellino de deseo. A pesar de sus reservas, Simone se ve irresistiblemente atraída por el magnetismo de Nicola, y juntas se embarcan en un viaje de pasión desenfrenada que pondrá en tela de juicio todo lo que Simone creía saber sobre el amor y el placer.
Mientras tanto, Carmen, la mejor amiga de Simone, se encuentra atrapada en su propia encrucijada cuando conoce a Emily, una joven médica cuya cruda y honesta pasión despierta en Carmen deseos que nunca supo que existían. A medida que se sumergen en un romance secreto, los límites entre el amor y la amistad comienzan a difuminarse.
En esta apasionante y sensual novela, Maggy McAndrew explora los recovecos del deseo femenino con una prosa cautivadora y evocadora. "Pasiones Imprevistas" es un testimonio del poder transformador de la pasión y una celebración del amor lésbico en todas sus formas.

¿Podemos Tenerlo Todo?

Eliza y Margot, ahora con poco más de 50 años, son amigas desde que se conocieron en el primer año de la carrera de medicina. Eliza, casada con Caroline, una brillante cirujana, y madre del joven

Martin de 16 años, se ve obligada a repensar su vida cuando Caroline acepta una invitación para trabajar durante un año en un nuevo hospital en Sídney. Como si la distancia por sí sola no fuera un desafío lo suficientemente grande, el destino decide aprovechar para ponerla a prueba.
Margot es la directora médica de BioXN, una gran empresa de la industria farmacéutica, la primera mujer negra en el cargo. A pesar del éxito, Margot vive dividida entre poder ser quien realmente es y cumplir con la descripción que se le impone para triunfar en un mundo dominado por hombres conservadores. La necesidad de encontrar a alguien para reemplazar a su asistente personal que se jubilará, la enfrenta a Astrid, una joven de 29 años, que pondrá a prueba su capacidad para esconderse de la vida y del amor.
Cuando el jefe de Margot le dijo que recibiría a Stephanie, una infectóloga italiana, para ayudar en el proceso de lanzamiento de un nuevo medicamento, Margot pensó que sería una prima donna, pero no podía estar más equivocada, aunque lo que nunca podría haber sospechado es que Stephanie y su amiga Eliza se habían conocido hace más de 20 años durante unas vacaciones en Cerdeña.
Eliza se reencuentra con Stephanie y, con ella, resurgen las fantasías perdidas en su imaginación. ¿Acaso el pasado puede volver con el mismo sabor de antes?

Este libro es una historia que podría ser la nuestra, una cotidianidad llena de pasiones y angustias, sentimientos contradictorios y elecciones difíciles, que nos llevan a preguntarnos si es posible tenerlo todo.